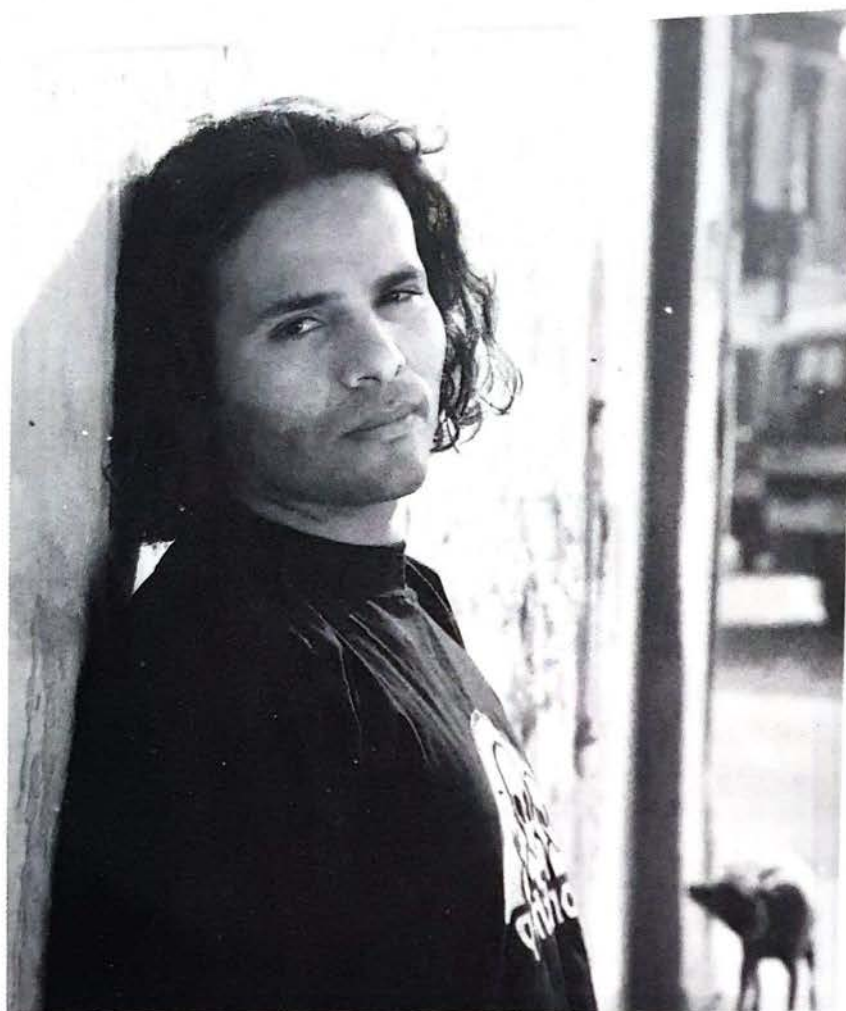


Contra El Tráfico

rilo





Se llama Rilo, tiene 26 años, vive en Lima y estudió en la Católica. Las demás señas son sólo un pretexto para establecer relaciones con un pasado personal que él considera inexistente o carente de interés. Rilo vive y escribe. Una por otra. O una para la otra. Fagocitándose ambas actividades viciosa y serenamente. El resto es ficción.

cOntraEltrÁficO

ContraEltráfico

riolo



Ediciones
El Santo Oficio

CONTRAELECTRÁFICO

1^{ra} edición, Lima, junio de 1997

© Manuel Rilo

© Ediciones El Santo Oficio. Gráficos S. R. L.

Av. Lima 194, Barranco, Lima 4. Tele / fax: 467 5978

Carátula : Roxana Naranjo

Fotografía : Regis Cebrián

I. S. B. N : 9972-9006-9-9

Impreso en el Perú

*Para Patricia,
con amor,
con sordidez.*

1 AMOR SOLO

Tengo veintiún años, una chica que acaba de dejarme y mi nombre es Rufo. No estoy bien considerado por la mayoría de mis semejantes, si es que así puede llamárseles. Para algunos soy un tipo curioso o quizá exótico, mientras que para otros lo peor de este mundo, casi repulsivo, en sus tranquilas y soleadas vidas. Pienso que no me importa. Sin embargo, hay momentos en que el espíritu se incendia y siento que ya he atravesado el límite y el cuerpo pide su negado descanso. No soy mal parecido ni por dentro ni por fuera (ya van a saberlo); es más, soy atractivo para todo aquel con cuatro dedos de frente. A lo mejor se deba a la mezcla de sangres que hay en mí. En fin, vivo en Lima y sé que pertenezco y no pertenezco a este lugar. Todos estos detalles me hacen terrible y encantador al mismo tiempo.

Lo que deseo es vivir intensamente; me aburro mucho de la vida. Los días se hacen insostenibles uno tras otro, pero no quiero perderme ni uno solo. Todo un dilema, ¿no? ¡A la mierda!, de nada sirve pensar en estos tiempos. Definitivamente todo estaba cambiando, las cosas ya no eran las mismas y yo tenía que prepararme. Aquella noche estuve

mirando el mar por varias horas, no me inquietaba nada sino que por el contrario capturé la suficiente fuerza como para embroncarme y darme un par de vueltas con la realidad. De regreso a casa la oscuridad acogió mis pasos, era muy tarde, las calles estaban vacías a no ser por uno que otro animal nocturno y mi alma embotada. Abrí la puerta a esta pequeña tierra baldía que es mi cuarto. Ya en la cama saboreé un olor caliente y dulzón escapando de mis sobacos, una mosca gorda y verde revoloteó alrededor hasta posarse sobre un libro tirado en el suelo. La contemplé con una fascinación espantosa. Al hacerlo con más cuidado, envidié sus alas. De pronto, emprendió el vuelo. Salió por la ventana y se perdió en la noche. Cerré los ojos e imaginé que yo también volaba.

Me encontraba en esa fiesta deprimente, decepcionado por el pésimo día: mi anillo mágico extraviado y una plantada. Cuando me acercaba al grupo acompañado por la risa de mi amigo Tortuga, pasó la dicha por mi lado. No podía dejarla escapar.

Sentados en el gras empezó todo.

Perdido en su mirada, comprendí que al fin había encontrado la pureza de las formas. La quietud que nos da la santidad me fue mostrada. Iniciar un diálogo nunca fue tarea complicada para vuestro querido amigo.

—¿Puedo darte un beso? —pregunté y extendí la mano para acariciar sus rizos que caían como lluvia ausente. Cerrando los ojos le dije: —¡Me encantan!

—Hoy no tengo ganas. Nada de besos —respondió—. Por favor sigue hablándome, no te quedes callado.

—Bueno, si eso es lo que quieres.

—Sí, sí. Cuéntame algo.

Y comencé, sin reparar en lo que iba diciendo. Me sentía tremendamente feliz. Ella me reclamaba por el tema de la charla —las mujeres—. Así, era yo quien soltaba las palabras

y no pedía más. Bastaba ese instante. Supe que se llamaba Sofía y que estudiaba periodismo. Bebimos bastante y a cada rato se acercaban sus amigas a interrumpirnos, querían llevársela y yo cruzaba los dedos y miraba la luna, suplicándole un milagro. El cielo escuchó mi ruego y abandonamos la fiesta con el ansia de seguirnos conociendo en cualquier otro lugar. No pasó nada aquella noche. Quedé en telefonarla a los dos días. No lo hice. Tuve miedo.

Al despertarme, estaba intranquilo, sin muchas ganas de enfrentar la jornada. Era mediodía. El sol y el calor del apestoso verano hacían muy bien su trabajo. No aguanté la cama y corrí por un buen duchazo. Luego, mojadito, empecé a elegir la ropa que usaría, lo cual nunca, pero nunca, ha sido una tarea fácil para éste su amigo. Siempre hay que considerar cómo quedan las prendas sobre el cuerpo, sin dejar de tomar en cuenta que éstas nos representan. Para que al verse la punta de nuestros zapatos o el cuello de nuestra camisa se sepa muy bien quién va dentro y qué intenciones trae. Unos golpes en la puerta interrumpieron mi delicada labor. Salí en calzoncillos y con una mediana erección. Al pasar frente al espejo, me detuve un segundo al ver mi cuerpo reflejado. Pensé en hacer unos quinientos abdominales para marcar los músculos y me golpeé la barriga. Estaba dura como piedra.

Ahí estaba Visor sonriéndome, enterito en cuerpo y alma. Tenía muchos años más que yo. Era mucho más delgado y callado. Los rasgos de su rostro podían sugerir una transparente satisfacción o cualquier infierno de los que hay bajo los cielos. Nos habíamos conocido un par de años atrás por intermedio de mi yunta Pepe Resina. Simpatizamos y digamos que empezó la amistad. Hablábamos de poesía o me narraba sus extenuantes encuentros amorios. De ahí a que yo, un jugador como pocos, creyese esos aires de Don Juan, había no un único paso sino un inmenso campo por cruzar. De

todos modos, a pesar de su pródiga imaginación se contaba entre mis escasos elegidos en esta city.

—¡Oye! ¿Y? —se limitó a decirme esas dos pequeñas palabritas a modo de saludo. Enderezó el cuerpo y entró.

—Ahí, pasándola.

—No hay duda de que el amor ha dejado sus huellas.

—Una sonrisa cortada y veloz cruzó sus labios.

—Debe ser. Pensé que al fin había encontrado la felicidad, pero me equivoqué. Ahora estoy solo otra vez.

Visor volvió a reírse como era su costumbre y se quedó mirando el cuarto. Agarró un libro y lo hojeó. Yo terminaba de vestirme.

—Mira lo que ha salido ayer en el periódico —me dijo, alcanzándome un recorte.

Le di una rápida leída. Era un anuncio que solicitaba actores con o sin experiencia para el próximo rodaje de una película experimental. Un anuncio muy pequeño y austero. Me imaginé un montón de cosas y la falta de magnificencia me animó. Ahí había algo y mi a pego a la verdad me empujaba a descubrirlo, no se daban muchas referencias ni requisitos para los interesados. Sólo una dirección: Balta 256 -1302. Miraflores.

—Hasta que al fin traes algo interesante —le solté esa frase de aliento a Visor.

—¿Qué crees? —preguntó Visor—. A lo mejor sólo buscan hembritas o patas bien plantados.

—¡Como las güevas! Vamos a meter una chequeada.

—Pero, ¿qué sabemos de actuación?

—Eso es lo de menos. ¿Qué sería lo peor?

Visor se quedó callado un instante. Le saltaron los ojos y añadió.

—Que nos rechacen.

—Eso aún no se sabe. Hasta ahora hay las mismas oportunidades, para cualquiera decidido a intentarlo.

—Puede ser. ¡Dejémonos de cosas! Ajustémonos los pantalones y...

—Y si es necesario bajárselos para meter un buen polvo.

—Pan de todos los días para nosotros, ¿no?

—Sí, Visor. Sí.

No era momento para demostrar mi incredulidad sobre Visor y este último punto. Necesitaba ir acompañado en la travesía y ya había escogido tripulación. No podía dejar que me abandonaran antes de hacernos a la mar.

Agarré un casete de Bryan Ferry. Quería escuchar *Slave to love*. Lo puse en el walkman y salimos. Caminamos unas cuadas y trepamos al primer micro que paró. No encontramos un mismo asiento para los dos. Visor se sentó al lado de una chiquilla preuniversitaria, qué iría a contarme después. Y yo, al lado de un abuelito que intentaba entablar una conversación sobre el gobierno o una güevada igual de atroz. No respondí a ninguno de sus comentarios. Ya no había lugar para más tristeza en mi corazón. El trayecto no era muy largo, pero sí lo suficiente para que Fortuna nos deparase algo. Y el viejo seguía jodiendo con su canto, ¡vaya mierda! Dejé el asiento acomodándome de pie como pude. El micro estaba repleto. Para entretenerme y olvidar el fastidio del viaje miraba los árboles de la avenida y las tetas de una tía. Cuando en eso noté que un tipo ubicado a mis espaldas se encontraba más cerca de lo que manda la prudencia y demasiado pegado a mi trasero. Al parecer se olvidó de las buenas costumbres. Pero, antes de seguir, quede claro que no tengo prejuicios, aunque sí hartó mal carácter. Volteé a ver quién ocasionaba las molestias. Tenía una barba canosa y una calva reluciente; por la grasa que la cubría parecía un bancario o una cojudez parecida. Una corbatita lila colgaba sobre una camisa gastada.

Era un tipo dichosamente horroroso. Cruzamos miradas y se atrevió a mandarme una sonrisita. ¡Qué! A este infeliz había que ponerle el parche en prima, y lo peor, su entusiasmo no decrecía sino muy por el contrario se alentaba notoriamente. Muy bien, ya era hora de actuar. Levanté un brazo para coger el pasamanos, abrí un poco las piernas (por el equilibrio, sólo por el equilibrio) y esperé con la calma del guerrero antes de la batalla y cierta incomodidad en el trasero. Esperé que frenara el carro y entonces le lancé un potente codazo de frente a la naricita. Ahí pues, ordena tus jadeos, maldito pendejo. ¡Dios, qué he hecho yo para merecer esto! La sangre brotó como un caño abierto salpicándole toda la cara y las ropas. Un empujón y aterrizó encima de unas mujeres cargadas de bolsas y niños en brazos (ustedes ya saben, esas cosas desagradables que se ven en el transporte público). Se arrancaron a insultarlo.

—Me ha robado la billetera —clamé indignado; hay que aprovechar todo lo que el señor nos envía. La gente estaba de mi lado.

—Eh... ¿yo?... no he hecho nada —gimotéo el maricón. Estaba asustado. Sabía que era su turno.

—Visor, ven para acá. ¡Bajan, bajan! Puta, me ha bolsiqueado este güevón.

Arrastré al tipo del brazo y lo empujé fuera del carro. Los pasajeros me alentaban, no era de extrañarse. El común de la gente no simpatiza con los perdedores y mi nuevo amigo se encontraba en las malas. Visor se contagió de esa febril oleada de odio y aprovechó para encajarle un cachetadón al tipo; sabía aprovechar esos momentos. Noté que unas lágrimas salían de los ojos del broca y busqué en mi corazón un poco de piedad. No la encontré.

Ya en la calle, lo primero que hicimos fue arrinconarlo contra la pared y, veloz como el viento de otoño, le quité su

billetera. Saqué sus documentos con una mano y con la otra el dinero.

—Escoge, fogoso. Ya sé quién eres y dónde vives.
—Lo miré con amor y sordidez para iluminarle la existencia. Todos tenemos nuestro corazoncito—. No quiero hacerte un escándalo.

Cogió sus papeles y trató de decirnos algo, pero no se le entendía. Tartamudeaba por el miedo.

Puse una de mis manos en su rostro y lo acaricié. Guardé el dinero en el bolsillo y le encajé un patadón en los güevos. Le di la espalda abandonándolo en su dolor.

No estábamos lejos de la dirección que buscábamos, se podía llegar a pie. Encendimos unos cigarros y continuamos el rumbo. Miraflores es un lugar agradable, fresco y simpático; aunque adolece de blandura. Le falta esa dureza que se encuentra al filo de sus acantilados y solamente ahí. Al fin llegamos a la calle que señalaba el anuncio. Buscamos el número. "Es ahí", dijo Visor, señalando con un movimiento de cabeza un imponente edificio. Al parecer había dinero en el asunto y eso da cierto nivel de confianza incluso a los más románticos como nosotros. Vuestro amigo se acercó a la puerta y tocó el botón del 1302. Primera tocada, silencio. Segunda tocada (más larga), se escuchó una voz muy dulce en el intercomunicador.

—¿Sí? —la voz muy dulce se dejó oír con más claridad—. ¿Qué desean?

—Hola, vengo por el anuncio. Bueno, somos dos personas.

—Les abro. Suban.

Atravesamos el umbral y cogimos el ascensor. Mientras ascendíamos al 1302 pensé en varias cosas. En la mosca de la noche anterior, en lo que me esperaba allá arriba, y en que mi corazón no estaba dentro de mi pecho sino en la distancia. Agarrando viaje en solitario.

2 ALGÚN TIEMPO ATRÁS

Soñé con encontrármela y llevármela bien cogidita de la mano hacia el amor. Como dije, nunca telefoneé. Días después Sofía apareció de la nada. Lo primero que me acarició fue su voz. Al verla sentí que ya no estaba solo en el mundo. A pesar de haber permanecido al margen, mantenía el oculto deseo de un encuentro. Quise decirle cuánto la esperaba, cuánto podría amarla y cuánto la deseaba aun antes de conocerla. El encuentro fue de lo más insólito, en medio de la calle sancochaditos por el calor de diciembre. Acordamos salir esa noche. A las once frente al *Liverpool*, dijo. Curiosamente llegué antes de la hora y cargado de un montón de expectativas. Había otro montón de gente lateando por Miraflores debido a unos juegos artificiales que se montaban en la playa. La niñita se estaba demorando y yo comenzaba a impacientarme. Trataba de recordar la noche que nos conocimos en esa fiesta de la universidad a la que me llevaron Tortuga y Bombo. Estábamos en el pasto, chupamos un culo y dejamos el lugar; luego yo la dejé. Ella dijo que la telefonara. La niñita me gustaba. Yo no quería enamorarme. Preferí no hacerlo.

Un taxi se detuvo al otro lado de la pista y la vi descender con los bucles al viento. Vestía un pantalón pura sangre de *El Rastro* y una blusita negra de *Dior* que le caía como un huracán nocturno sobre las tetas; no me fijé en sus zapatos. Me acerqué y supe que ya me estaba perdiendo en los misterios del amor. Sofía rió con delicadeza. Me clavó los ojos encima. Aguanté la respiración. No podía soportar aquel instante. Algo que había permanecido en el fondo de mi alma esperando desde el comienzo de los tiempos por fin salía al exterior. Ambos comprendimos que era el inicio de una travesía plena y excitante.

—Me demoré por el tráfico, está espantoso. ¿A dónde vamos?

—Unos tragos y de ahí a bailar, ¿qué te parece?

—Perfecto. —Lanzó un suspiro. Era obvio que era por mí—. Tenía miedo de que te hubieses aburrido de esperar, y ¿qué haría un sábado por la noche sola y sin nada programado? —Eran sólo excusas.

—Quería verte, por eso me quedé.

Con unos elegantes pasos cortos cruzamos el Parque Central. Sofía no dejaba de sonreír y terminó por contagiarme un poco de su alegría. Abrí mi mente y dejé a un lado el escudo que me protegía del mundo. Me sentía como un niño. Entramos en un barcito, el *Chicken Pier*. Pedimos unas cervezas. La conversación no tenía un tema determinado. Saltábamos de aquí para allá. Le conté detalles de mi vida con mucha soltura. Esta vez me cuidaba de no hablar tanto de mujeres. Ya no mencioné a Dalma. Aunque no pude evitar que apareciesen los nombres de otras damas. Creo que no tengo otro tema de conversación con las mujeres. Sofía empezó a hablar de su padre. Un sujeto importante en la escena política. Lester, un loquito amigo mío, me había dado algunos datos al respecto. En realidad no me interesaba el

asunto. Pero por el contrario ella se notaba orgullosa del padre, con un orgullo melodramático. Esas cuestiones de padres e hijos y del orgullo por el otro me son desconocidas. Encuentro imposible admirar a alguien que no sea yo. Y en la familia nunca he creído. Me parece una de las taras más grandes de la humanidad. Seguimos conversando, las palabras eran lo de menos. El asunto era otro. Yo ya quería dejar el lugar. Se suponía que debía efectuar algún avance en la estrategia de conquista. Decreté momento adecuado.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó la niña.

—En febrero, el veinte. —Éste era el momento. Cosa fácil para uno—. ¿Me regalarías un beso por mi cumpleaños?

—Te lo regalo, pero no olvides que estamos en diciembre.

—Los cachetes se le pusieron rojos como una manzanita chilena.

—No soy tan despistado. Me refiero a un regalo adelantado. —Más pasión en su rostro. Acercó sus labios y sentí por vez primera su carne.

Gitano 2099, más conocido como *Gitano* a secas. A mi juicio una de las mejores discotecas de esta city tan monse y atorrante. Me enteré de su existencia por Fifi Dextre. Hay una nueva discoteca que se ha traído abajo a *Splash*. Queda donde era *La Gata Caliente*, me dijo Fifi un día que comíamos en el *Bembos*. La principal ventaja es que una vez que entras te olvidas de todas las preocupaciones. Los concurrentes habituales poseen un suprasentido de la alegría. A lo mejor se deba a la condición de gueto que los acoge. El portero, al verme llegar con Sofía, nos advirtió que la disco era de ambiente. Advertencia por lo demás ilógica. Yo no creo que las cosas o lugares tengan género. La sensibilidad y el erotismo son criterios infinitos. Lo único que nos debe guiar es una suave y delicada moral de la piel.

Entramos a la pista de baile. En la barra nos atendieron unos modernos aladinos sin lámpara maravillosa. Tenían una pinta de fletes tercermundistas que ni el ridículo disfraz lograba camuflar. Pedí dos gin tonics y trepamos a la galería para apartarnos del ruido. En la escalera me encontré con un par de profesores de mi pontificia universidad. Cruzamos miradas y cada quien por su lado. En la pista estaban Las Pozo; yo había tenido un amorío con una de las hermanitas hasta que de un día para otro fui reemplazado por la otra hermana. Charly Lion, pintor pop, me mandó un besito volado. Le devolví la gracia.

Toda la gente se mataba divirtiéndose. Muchísimas botas y casacas de cuero. Politos pegados al cuerpo. En los bíceps curiosos tatuajes de florecitas sangrantes o serpientes enroscadas. El cabello, por lo general, cortado al rape. En los de más edad un bigotito de charro sobre los labios (tributo al Freddy). Donde fueran tus ojos, miles de sonrisas y manos solícitas al cariño. Las damas también tenían lo suyo, pero era demasiado tarde. Los tiempos han cambiado. Un par de chicas bailaban al compás de *Tainted love* de *Soft Cell*. Una era rubia, casi albina, con unos profundos ojos celestes, y la otra de sedoso pelo negro con un collar de espinas tatuado en el cuello. Tenían unos culos riquísimos. Yo miraba con precaución, pues estaba acompañado. Y Sofía, aunque todavía no la agüeitaba como debe ser, se manejaba sus sinceros encantos. Pedí otra ronda de gin tonics. Cogí a Sofía de la cintura atrayéndola hacia mí.

—Ven, esta noche vamos a conocernos. Quiero ver qué llevas dentro de esos ojos tan lindos.

—Como tú quieras —sonrió—. ¿Sabes?, hace tanto que no me sentía tan a gusto con alguien—. Dijo esto y me besó. Su boquita era pequeña y profunda. Ajena al mundo. Me sentí conmovido.

—Eres el amor, Sofía.

Comenzó a sonar *I will survive* de Gloria Gaynor. Pensé que Alá me cogía suavemente de los hombros y me empujaba dulcemente a realizar lo que temía. Laberinto la vida, laberinto la muerte. Y entonces qué diremos del amor. Salimos a bailar. Sofía se movía con una serenidad celestial. Los cabellos ensortijados caían tapándole un poco el rostro como cuando caminas contra el viento. Ella sugería sosiego y quietud, pero al mismo tiempo el expreso deseo de quebrantar esa hipnótica paz que la envolvía. Yo no iba a quedarme quieto. Repentinamente su espalda atravesó mi campo visual y azotó mi líbido. Me acerqué para fundirme con ella en un prolongado y duro abrazo. La música señalaba nuestros movimientos. Le toqué las tetas. Ella dijo algo en voz muy baja y tiró la cabeza hacia atrás. Una marea de visiones arribó a mi mente. Se apartó de mí y giró. Su cuerpo iluminaba las penumbras de la pista de baile. Sentía su respiración. Tiró sus brazos sobre mis hombros y apretó con fuerza. Sus uñas se clavaron en mi piel. Pegó más su cuerpo. Colocó mis manos en su cintura. De inmediato éstas bajaron hasta tocar el culo. Le acaricié la raya que separaba las nalgas. Cerré los ojos. Respiré fuerte y hondo. No podía controlar mi excitación. Bajo mis pantalones la erección estaba más y más dura. No sé cuánto tiempo estuvimos bailando. La canción ya no era la misma, me había extraviado en Sofía. Mis pensamientos no se encontraban en la tierra, sino colgados de un bello arcoiris sangriento goteando en el horizonte.

Salimos de *Gitano*. El cielo se pintaba de un azul transparente. La luna corría a ocultarse al otro lado del cielo, tomaría un estimulante y luego regresaría al juego. Faltaba muy poco para amanecer. Estábamos solos en medio de la ciudad dormida. Repletos de gozo y sufrimiento.

3 EN LA ARENA

¡Mierda! Sí era elegante el departamento. Una cortina lila separaba el cielo de Lima de este otro cielo. Un inmenso sofá de cuero blanco con manchas negras servía de lecho a un lindo gatito de espeso pelaje. Bello el animalito. Era un persa punto azul. Nos recibió una mujer atractiva. Entre ella y el gato no había ninguna diferencia; al parecer estaban en lo suyo. Vestía de un modo curioso. Bueno, curioso no, sino como una mal instruida esnob. Unas sandalias de cuero color natural tipo franciscano. Un vestido de gasa o tela parecida. Su moda era un desastre, pero el cuerpo una maravilla. Nos miró y sonrió. No sé si por estupidez o por costumbre. De cualquier manera le devolví el gesto.

—Siéntense. Regreso en un ratito. —Señaló el sofá del minino. Éste ni se movió cuando nos acomodamos. Pensé en tirarlo al suelo y agarrar un poco más de espacio. Terminé por quedarme quieto. No era ése el lugar para hacer problemas. La mujer desapareció dejándonos en la sala.

—¿Has visto ese gato, Rufo? Si existe la reencarnación, ya sé lo que quiero.

—No pienses mucho. Tú no eres bueno con eso.

—¡Qué gracioso! —Visor juraba que tenía una de las mentes más lúcidas de nuestra ciudad, y lo único que tenía dentro de la cabeza eran sus enormes delirios arribistas y una minúscula autoestima. Era un hombre que necesitaba mucho del mundo, y el problema estaba en que éste nunca lo ayudaría. Visor se rascó la ceja y preguntó:

—¿Y ahora?

—Putá, no tengo ni la menor idea.

La mujer se demoraba. La espera me ponía nervioso. No lograba mantenerme quieto. Cogí mi lapicero y se lo metí al minino por el culo. El persita se despertó sobresaltado y me mordió la mano. Visor se rió. Reconocí un cuadro de Porasco. Una de esas calaveritas cargando unos pallares o unas canastas o algo parecido.

—Manya, un Porasco.

—Sí. Es el mismo que usaron en un afiche para un recital de *Cloaca*. Lo debes haber visto en casa de Dalmacia, ¿no?

—Ya, ya me acuerdo.

La mujer regresó cargando unos papeles y entonando una canción idiota que hablaba de un deficiente mental que está enamorado de la soledad. Tuve que quedarme quieto y callado. Si otras hubiesen sido las circunstancias, habría abandonado el depa inmediatamente. Soy un alma sensible y no soporto el mal gusto.

—Me llamo Mariana. Les explicaré qué es lo que estamos buscando.

—Perfecto —habló Visor; yo no abrí la boca.

Mariana se acomodó en el suelo sobre unos cojines. Mientras hablaba jugueteaba con su pelo. Agarraba mechones y los enrollaba en sus dedos. Los estiraba y con éstos se frotaba la sien izquierda, lentamente, muy lentamente. El ritmo que ordenaba sus caricias me llevó al recuerdo. Para mí lo del sexo de verdad empezó cuando estaba a punto de

cumplir los cinco años. Es decir, me refiero al primer contacto carnal. Una tarde, mamita tenía que salir y me dejó en casa de una vecina. La vecina tenía una hija de unos quince años. La hija estaba en cama por una gripe. Me mandaron a su cuarto para que no jodiese por la casa. Cuando entré en su habitación, ella no se levantó de la cama. Estiró los brazos preparándose para un abrazo y sonrió de un modo que para mí no era conocido. En su sonrisa no había alegría, existía otro sentimiento o estado de ánimo. Ya me daría cuenta.

—Hola, bebé, acércate que estoy enfermita.

—Hola, Lili.

Trepé a la cama acomodándome a su lado. Estaba ahí sentadito con los pies en el borde, acariciando el pequeño vacío que existía entre la cama y el piso. Cierra la puerta con llave, dijo ella. Hice lo ordenado. Lili se quitó lo que traía puesto. Su pijama reposaba a su lado. Yo estaba de pie y veía a esa chica tirada en la cama que me llamaba. No tenía miedo; era raro lo que pasaba, pero no sentía temor.

—Tienes que escoger. —Se señaló las tetas y la entrepierna. Esto último con un vello negro y compacto. Preferí la blancura de sus tetas. Los pelos me dieron asco.

—Las tetas —contesté sin dudar mucho.

—Cógelas —puso mis manitas sobre éstas y comenzó a frotarlas con demasiada fuerza para alguien tan pequeño. Las puntitas se le iban poniendo duras.

No entendía lo que estaba pasando. Demasiada prisa. Ese anticipo temprano de los misterios de la carne no fue anunciado. Me gustaba. Era entretenido, novedoso y muy inquietante. Nunca antes había tenido ese calorcito interior que se encontraba más abajo de la pancita y subía y bajaba hasta chocar con lo que tenía dentro de la cabeza.

Mi amiguita de juego corría a mil por hora con su propio calorcito, aunque para ella debía ser todo un infierno.

La escena progresó. Ahora Lili me toqueteaba. Desabrochó mi pantaloncito corto y con un par de dedos sacó mi pinguita. Era como cuando quería orinar y no encontraba baño y la casa quedaba lejos y no podías descargar en ningún lugar a la vista. Mi calorcito ya no estaba metidito en el cuerpo, perdió su timidez y salió a dar una miradita al mundo. Mis ropitas fueron a hacerle compañía a la pijama de Lili. Recién me di cuenta de que lo que hacíamos era algo oculto. La sangre se me agolpó en las manos. Cerraba y abría las manos para hacerla circular. Mis pensamientos ya no se ocupaban de los soldaditos, sólo se dirigían a mi adorada maestra y amiga. Yo me dejaba llevar por la corriente. Lili me colocó sobre su pubis y se movía apretándome mucho a su cuerpo. En eso me hizo a un lado y me dijo que me echase tranquilito, que no tuviese miedo, que me iba a enseñar algo bien rico. Se inclinó sobre mí y me besó. Una boca muy grande para mí. La sentía inmensa y húmeda. Me metió la lengua. No me agradó. Percibí que yo no controlaba la situación. Mi papel era asistir a ese extraño y oculto aprendizaje. Siguió con los besos, pero en otras partes. Hasta que su cabeza se detuvo entre mis piernas. Veía su negra melena —potro salvaje corriendo en la llanura—, levantó el rostro haciendo a un lado sus azabaches cabellos. ¿Se la había comido?, pero no había sentido ninguna mordida. Lili sonrió como pudo y continuó con lo que estaba haciendo. Mi pequeño instrumento supo responder a las exigencias, enderezando el cuerpo. Durita como roca y perdida en medio de la ciudad, perdida en aquel dormitorio y sobre todo durita en la boca de mi amiga. Era lo más paja que había conocido hasta ese momento. Algo fabuloso, decidí aprender muy bien acerca de esta ocupación. Ella seguía chupándomela con mucha ternura y de rato en rato se la sacaba de la boca y la acariciaba con suaves lenguazos. Parecía que tuviera en sus

manos algo muy valioso. Las sensaciones eran oscuramente sagradas. Una sacudida como de electroshock entre los ojos me hizo comprender a corta edad la vida. Lili me llenó de más besos y caricias. Abrochó los cordones de mis zapatos. Me acomodé la ropa y me ordenó guardar silencio con respecto a lo ocurrido. Lo dijo con seriedad y afecto, me desconcerté. Le haría caso. Aquello era un secreto por descubrir. Tenía la vida por delante.

—¿Tienen alguna experiencia? —preguntó Mariana. Yo estaba en otra. Mis manos estaban mojadas de sudor. Las sequé en mi pantalón. Escuché la voz de Visor.

—La verdad no he actuado, pero he chambeado haciendo crítica teatral en *Caretas*.

Algo había de cierto en las palabras de Visor. Había trabajado en *Caretas*, por un mes. Lo despidieron porque siempre llegaba resaqueado. Ahora, si poner comas y acentos en un texto es hacer crítica, tranquilamente puede decirse que soy Eliot. ¡Ay, Visor! ¿por qué eres tan player?

—¿Y tú? —Mariana me preguntó.

—Estuve en un taller cuando iba al colegio. Pusimos una obra, a lo mejor la viste, *Pop por el gato de la otra piel*.

—Era la que dirigían Fifi Dextre y Platón Ichu, ¿no?

—Esa misma.

—Bien. —Mariana revisó los papeles que tenía entre las manos—. Lo que más nos interesa es encontrar gente que encaje con los personajes. Al director le interesa la espontaneidad, trabaja unas teorías sobre eso. No vamos a usar actores reconocidos. El casting es quien decide todo. Olvídense de la experiencia, pasan el casting y están adentro.

—Así de fácil —dijo Visor.

—Como lo escuchas —habló Mariana—, de hecho que conocen a Stanley Kurry.

—Claro, el de *The orange clockwork*, es alucinante —contesté.

—¿No me digas que él dirige la película? —me interrumpió Visor.

—Sí. Viene a Lima en un mes. La selección de los actores está a cargo de Paquita Lamborghini, claro que es Kurry quien da la última palabra.

Me estaba metiendo en un rollo simpático. Podía ser lo que buscaba. Habría que probar. Actuar, no sonaba mal la idea. Con Kurry, ¡carajo! Resultaba difícil de creer. Mariana nos entregó unas hojas para llenarlas con nuestros datos. Dijo que nos llamarían para lo de la prueba. Lo de las hojas no era nada complicado, cuestión de meter datos como cuando se te ocurría la estúpida y decepcionante idea de buscar chamba. Me tomó mi tiempo. Un dato aquí y otro allá. Visor miraba de reojo mi hoja y hacía consultas. Segurito que se estaba inventando un prontuario en actuación que dejaría por los suelos a Hopkins y De Niro. Entregamos las hojas. Hablamos algunas palabras más. El minino había vuelto a treparse al sofá. Mariana se agachó a recoger no sé qué del suelo, aproveché para contemplar ese poto tan bello que me coqueteaba desde hacía rato. Nos acompañó hacia la puerta. Los estamos llamando. Nos vemos, dijo.

¿Y ahora qué pasaría, eh?

4 UNA NOCHE DE VERANO

La universidad. El máximo engaño perpetrado contra el conocimiento. Era época de exámenes y se suponía que debía dársele un poco de atención a los libros. Sonreírle a los profesores y ganar su estima. Congraciarse con los condiscípulos por los apuntes de clase. Y otros esfuerzos más con la única y desesperada intención de aprobar. Andaba en eso, aunque con pésimos resultados; mi —también pésima— reputación me precedía en la apreciación de los otros.

Nunca he creído en la pedagogía o en cualquier tipo de orientación, por ahí arranca mi malestar. Descontando a los pocos amigos que he conseguido en mi alma mater, los cuales puedo contar con los dedos de la mano, reconozco que la u es uno de mis errores más grandes. No soporto al estudiante universitario con toda esa capacidad para hacerle frente a la vida y ese petulante modo en que se empeña en demostrarlo.

Tenía clase de Hispanoamericana del XIX, empezaba a las tres. Yo llevaba media hora de retraso y media caja de cervezas dentro de la cabeza. La culpa la tenían Salmonela y el Chavo. A la hora del almuerzo, me convencieron para chuparnos la plata de la merienda. Ya en el salón, la pequeña

profesora me regaló una miradita que decía bastante del escaso aprecio que me tenía. Agarré sitio cerca a Miky Fonso, el poeta triste, e intenté conectarme con la exposición. Una muchachita de cabellos sol día de playa en Bujama hablaba del *Facundo* y sus influencias en... Eso era mucho pedir para vuestro amigo. Mi sensibilidad se retorció desesperada en mi interior. Busqué con qué pasar el rato. No era fácil, con qué podía entretenerme. En eso vi las piernas de la pequeña profesora. Poca cosa como toda ella. Sin embargo, me propuse joder. Me resbalé en la carpeta para conseguir una visión más amplia del objeto de estudio. Entonces, imagínense, ahí estaba yo tirando lente a los muslitos de mi pequeña y brillante profesora. Ella la de ph. d. en Yale. Ella la que lo sabía todo. Ella la que iba a seguir los pasos de Flora. Ella la que nos llevaría al éxtasis de la sabiduría. Ella la de ojitos vizcaínos. Ella la única mujer que no conseguiría arrechar a hombre alguno. ¡Oh! qué cague de risa, nada de morbo ni erección de por medio; esto último sería un milagro total a decir verdad. Únicamente las ganas de joder a una persona insoportable. Y yo le daba con eso.

Miraba su calzoncito color pericote. Subía la mirada hasta su desabrido rostro. Volteaba hacia Fonso y me cagaba de risa. La pequeña profesora no pudo aguantar mucho tiempo. Se movía en el asiento. Se agarraba el pelo. Me miraba y se atracaba con las palabras. Dijo que Neruda escribió el *Facundo*, la clase entera se despachó sus buenas carcajadas. Regresó la calma y yo continuaba con el sabotaje anónimo. Los únicos que sabíamos de esa guerra éramos la pequeña profesora, el poeta triste y su noble amigo. Tengo que decirles que si la llegasen a conocer, comprenderían el porqué del celo puesto en el cumplimiento de mi misión. Pienso que se puede tratar de soportar a un fulano pedante, pero a una mujer ni de vainas, chinito. Con ellas siempre mano dura pase lo que

pase. La pequeña profesora juntó fuerzas. Cerró los ojos. Respiró hondo como para lanzarse a una piscina y me miró a la cara. Conmigo no era. Le paré la miradita. Uno, dos, tres segundos. Bajé la mía hacia sus calamidades inferiores. No aguantó. Se paró de su asiento y escogió otro lejos del alcance de mi inquisidora pupila. Se quedó en la nueva ubicación hasta el final de la clase.

Cuando salíamos del salón, ella me llamó.

—Aún no presentas el informe de tu exposición. —¡Uy!, pensé que me haría el pare y sale con otro rollo. ¡Pobrecita!

—Lo traigo la próxima clase.

—Hoy es la última fecha. —Habló mi little teacher. Comenzaban los golpes bajos.

—¿Qué?

—Si no lo tienes ahora, mala suerte.

—Cómo se pone profesora. Nadie ha hablado de plazos.

—Lo siento. —Tomó aire. Yo esperaba el remate con tranquilidad. Con lo que me interesaba su curso, aunque quería aprobarlo—. Además has estado faltando demasiado, tus intervenciones ni se han notado.

Eso era cierto, para qué iba a abrir la boca en medio de tanto deficiente mental.

—Ya veré qué hago, profesora. —En ese momento, supe que Hispanoamericana no lo pasaba ni con ayuda del Papa. Me di la vuelta. Ella siguió hablando. Traía mucha cólera la mujercita. Salí del salón.

Acababa otro día más en la universidad.

No recuerdo dónde nos encontramos. Estaba borracho. Sólo me acuerdo de que bajamos por las escaleras del Puente de los Suspiros. Quería seguir tomando. Sofía llevaba puesto un pantalón de seda repleto de colores trabajado en batik, de *Old Fashion*, un polito amarillo de *The Limited* y unas san-

dalias de Bass. Poco maquillaje: los labios sobresalían por encima de todo. Rojo rojo era el color que los embarraba. Rojo el color más fuerte y atractivo de la naturaleza.

Barranco se veía casi desierto. Poca gente en las calles. Como en los antiguos tiempos. La época de Hugo y mi ferviente admiración. Los paseos bajo los enormes y callados árboles que acogían cómplices mi entonces tierna soledad. Mis primeros desencuentros entre el mundo y lo que llevaba adentro. Barranco con esa bajadita loca a la playa: pechito desnudo, piecitos descalzos y risas. Risas de los que como yo se zambullían en la espuma de las olas. Ojitos absortos y bien abiertos. Ojitos de niño aguardando el amor y más días de verano. Como les iba contando, muy poca gente en las calles. Mucho mejor: no deseaba encontrarme con caras conocidas y tener que charlar. No. Quería estar únicamente con la mujercita que llevaba de la mano.

Entramos a un bar desde el que se veía el mar. Estaba en el acantilado. Apenas nos sentamos las sonrisas y la atracción se dispararon a mil por hora. Andábamos con pasos seguros. Sofía pidió un *ruso negro*, un trago hecho con vodka y licor de café. Yo, fiel a mis costumbres, un gin con gin. Di el primer sorbo y supe que iba a aguantar hasta la aurora.

—Estás bella como la noche.

Me quedé mirándola a los ojos. Ella sonrió y puso mis manos entre las suyas. Por un momento nos quedamos seducidos por un silencio profundo y perturbador. No se escuchaba ningún ruido alrededor. Entonces vi reflejada en sus ojos a la noche, quieta y serena, acostándose junto a la mar. La espuma blanca brillando bajo la luna fría y metálica. Fue una visión fugaz y muy sensual. Suspiré y tomé la determinación de no hacer cualquier tipo de esfuerzo por aparentar. Mostraría mi piel y la triste canción que llevo en el alma.

—Choqué mi carro.

Se ríe y coge un cigarrillo. Se lo enciende y ella hace a un lado un rizo que le cae sobre la mejilla.

—¿Cómo fue? —pregunto sin mucho interés en las palabras. Toda mi conciencia se había quedado en ese movimiento del rizo cayendo sobre su mejilla.

—Se vaciaron los frenos. —Abre los ojos un poco más de lo normal. Y no deja de sonreír—. Me estrellé contra un *corolla* nuevécito.

—Pero no te pasó nada —continúo contemplándola, cuidándome de que ella no se percate de mi labor.

—¡Nada!, cómo se ve que no has estado ahí. —Sube el tono de su voz y se acelera—: Del *corolla* bajó una vieja que apenas podía caminar y se la agarró a gritos conmigo, que vamos a la comisaría, me armó un escándalo atroz. Al final, fuimos a mi casa y le di plata para la arreglada del carro.

—¡Ah! ¿Y el seguro?

—No tengo brevete.

¡Uy!, la miro. Es imposible dejar de hacerlo. A cada instante me sorprende más su arrebatadora y santa belleza. Toda ella es tan solemne y sensual. Y sus movimientos son como música para mis deseos.

—¿A qué hora tienes que regresar? —pregunto. Cruzo los dedos para invocar a la diosa Fortuna.

—Me puedo quedar hasta las cinco.

—Entonces tenemos tiempo.

—¿Pedimos otro trago?

—Todos los que tú desees.

Ambos reímos.

Sofía cambió a whisky. Yo seguí con el gin. El licor avanzaba en nuestras cabezas. El ritmo cambió automáticamente como cuando pones el superbass del walkman. Y es que si no

sabemos aquello de que la vida es más perfecta, más completa y más sexy desde el fondo de una borrachera, nos estamos perdiendo uno de los más caros y sublimes extravíos del espíritu. El licor, el dulce licor. Maestro y guía de la sensibilidad y perfección del alma. Íbamos por el camino correcto —doing the right thing— y lo mejor era que faltaba un montón para terminarlo.

El bar estaba desierto. Sonaba en la radio una canción de Julio Iglesias. Me emocioné hasta los huesos. Mis primeros contactos con la música, mamita encendiendo la radio en esas noches tristes de invierno y yo acurrucadito en la cama. La reconocí al toque, era *Por el amor de una mujer*. Nuestro romance nocturno caminaba bien. Se decidió cambiar de córner. Pedimos la cuenta y arrancamos.

Habíamos estado haciendo algo en lo que respecta a la atracción sexual. Unas cuantas tocaditas bajo la mesa o encima de ésta. A fin de cuentas, no había que dar explicaciones a nadie. Caminamos unos cuantos metros y reanudamos lo interrumpido. No vayan a pensar que la conversación. Un caballero sabe qué hacer en el momento adecuado. ¿Puedo ponerme al día? Le apreté la cintura y ella inmediatamente pegó su cuerpo al mío entreabriendo las piernas, metí un muslo entre ellas y lo moví lentamente esperando que Sofía pidiese lo que quería. Los besos eran más oscuros y más profundos. Ya no bastaban, era necesario ir a otro nivel. Sin embargo, aguantaba el deseo, me obsesionaba experimentar el terror y la fascinación que acompañan a esa espera. Sofía tenía que actuar primero, así me gusta. Coloqué toda mi confianza en ella. No me dejaba ganar por la compulsión de meterle la mano bajo el polo o apretarle con fuerza el culo. Le tocó su turno, se alzó el polo y me enseñó sus jóvenes y ricas tetas. Jaló mi cabeza hacia ella. Besé primero el pecho izquierdo, quería sentir su corazón latiendo locamente. Du-

rante un rato no hice nada más que perderme entre esas preciosas naranjitas. No podía pensar en nada. Me abandoné al dominio de los sentidos. Una vez más experimentaba el goce del amor. Levanté mi rostro hacia el suyo y la encontré dentro de una inmovilidad total, sin escapatoria posible. Su boca se abría ceremoniosamente dejando escapar musicales gemidos mientras cerraba sus párpados y me tocaba lo que yo tenía cada vez más duro. Aquellas manos, que tanto me fascinaban, aquellas manos de angelito malo que se mete en lo que no le importa, en aquello que se prohíbe por ser puro y embriagador. Aquellas manitos desnudas se desplazaron por mi cuerpo. Sentía sus duros pezones contra mi pecho. Me recorrían con lentitud. Al llegar al botón del jean, lo hicieron a un lado y extrajeron lo que andaban buscando. Acarició la cabeza y cerró los dedos con harta fuerza sobre mi miembro. Quise llegar a la locura (no tuve miedo de hacerme el viajecito, ya la conocía), pero no me iba a dar el lujo de dejar sola a esa damita. No me era posible seguir al margen. El suplicio había agotado mi templanza. Me arrecosté en un muro que nos separaba del acantilado y agarrándola de las caderas la coloqué sobre mis piernas. Como pude le bajé el lindo pantaloncito que horas antes atrajo mi atención.

Comencé a friccionar mi pene contra su calzón mojado. Ella me pedía que la penetrara y con los puños cerrados golpeaba mis costillas. Sus caricias adquirieron un ritmo desacompasado, eran suaves y de ahí saltaban a una ferocidad absoluta. Corrí el calzón hacia un lado y se la metí. Apreté sus nalgas al mismo tiempo que vigilaba que nadie apareciese por ahí. Estábamos en plena calle con el aire de la noche azotando nuestros cuerpos. Cada movimiento nos acercaba más al límite y no pensábamos detenemos. Nada está hecho para ser contenido. Perdí la cuenta de todo. Ya no importaban los detalles. Sólo nosotros dos. Mis manos sujetaban su

cintura y ella continuaba moviéndose con una violencia audaz y delicada. Sus frescos rizos se mecían con el viento cálido del cercano verano.

Me decía palabritas que no me preocupaba en descifrar. Lo que importaba era su voz y su carne. El conocimiento debía obtenerse a través de la pasión.

Cerramos los ojos. No podía ser de otro modo. Y fue entonces cuando conocimos las delicias de las que se hablan en los relatos de Sheherezade.

5 SIN RUMBO

Nunca he hecho planes. Siempre he andado sin preocuparme por el mañana. Guiándome por mis vivos instintos. Sin rumbo, ésa es la consigna. He tenido buenos y malos momentos. A veces cerca al borde, pero teniendo en cuenta que sobra tiempo. Sin apresurarse. No concilio con un proyecto de vida y con aquello que implique orden y sosiego.

La gente que me interesa, definitivamente debe tener poca, muy poca facilidad para conectarse con sus contemporáneos. Pienso que lo diferente y lo combatido por la moral y las buenas costumbres de la época, pueden ofrecer una visión del mundo más lúcida, más completa y más humana que la venerada por la gente normal y triunfadora. Detesto a los hombres con vidas y destinos ordenados: la corbata al cuello. Las manos en el volante. La mujer esperándolos en casa. Los niños correteando en el jardín. La sonrisa siempre con ellos. La libertad, ausente. Por el contrario, lo que me atrae son aquellos individuos, hombres o mujeres, totalmente desesperados con sus vidas cubiertas de mierda y locura. Alejados de las normas y obligaciones, y cuando se topan con éstas es únicamente para quebrantarlas. Encuentro en tales

existencias la luminosa virtud de revelar los misterios del alma encerrados en la carne. Algo que venga acá y no se vaya para arriba. Poco me interesa su aspecto: trajes sucios y pasados de moda, caras hinchadas por el alcohol, miradas extraviadas en el horror de la droga, espíritus repletos de miedo y rencor ante el mundo. Gente al margen. Buscando sus propios paraísos en medio de este infierno llamado Lima.

Voy por donde me llevan mis pasos. Es cierto: también busco un paraíso y una mujer a quien amar y un mundo mejor y algo en qué perder los días. Ya pasó la moda del chico malo, del rebelde sin causa. Cuando niño el abuelo me dijo que el amor no existe en esta tierra. Sin embargo, tengo la mala costumbre de navegar contra la corriente, ha de ser para fortalecer los brazos. Mi concepción de la vida es trágica, pero me imagino una tragedia dulzona, donde el héroe puede escapar a su destino y al final de la story besar a la amada.

Había quedado con una gente en el *Leo*, un bar frente a la universidad. Visor no quiso acompañarme, tenía sus temores respecto a los jugadores que me esperaban. Pobre Visor, esa cobardía tan suya era lo que lo arruinaba. De no ser por esa característica sería el audaz arribista que tanto anhelaba ser. Y no estaría perdiendo el tiempo en los cínicos versos que solía escribir o en ejercitar esa lengüita tan venenosa que se manejaba. ¡Pobre amigo mio! No tardé mucho en llegar al place. Salmonela, el Chavo, Tortuga, Miya y Bombo me habían sacado una ventajaza; la mesa estaba repleta de botellas de cerveza. La dueña del *Leo* me advirtió que no quería peleas. Conmigo no era: vuestro amigo sólo dialoga con gente a quien le han presentado. La miré y pasé de largo hacia la mesa de mis brothers in arms.

—¡Mira quién llega! —anunció Tortuga y su feo rostro se deshizo en una sonrisa de niño.

—¡Habla jugador! —gritó Salmonela y se levantó a abrazarme—. ¿Por qué te demoraste tanto?

—Estaba arreglando un asunto relacionado con mis dotes artísticas.

—Segurito que has estado con los cabritos de Humanidades —añadió la Salmonela. Asentí con la cabeza. No quería hablar mucho sobre lo del casting para Kurry. Tenía mis cábalas.

—Saluda pe rosquetón —ése era el Chavito. Mis respetos con ese muchacho. Toda una joya. Me serví un vaso y saludé al resto de la mancha.

—Oe, hay un tono de los de Derecho. Entrada gratis, chelas igual —dijo Tortuga.

—¡Pst! la pintas bien, no baboso, como si fuera tuya —lo cortó Salmonela—. Esa visión es mía. Mi pata Muni nos va a dejar entrar gratis y las chelas las pone la Chito.

—¿Estás seguro, Salmonela? No quiero ir por las güevas y que a la hora de los loros no pase ni la fiebre. —Había que poner las cosas en claridad.

—Mientras haya lornas, todo fácil —dijo Salmonela.

—Ya, ya. Chupen que de ahí vemos —habló el Chavo y le pasó la botella al Bombo. Bombo estaba stone y lo único que hacía era reírse como imbécil. Me contó que había estado curseando a la hora del almuerzo con Marshal y Orgus. Habían computado una scan diez puntos.

Las cervezas empezaron a venir con mucha reticencia, la pitufa que atendía las mesas se vio obligada a confesar. Ya la jodíamos demasiado. Dijo que la gorda (la dueña) no quería vendernos más trago porque ya estábamos muy borrachos y fijo que arrancábamos a pegarle a alguien. La fama nos precedía en ese antro de imbéciles. Mala reputación, pero al fin y al cabo reputación. Además, en eso de hablar mal o reprobar la conducta de otros se esconden muchas cosas.

Cuando en verdad todas las peleas que habíamos tenido en el *Leo* no fueron culpa nuestra, bueno, una o dos, el resto (aproximadamente tres por semana a lo largo de un año) habían sido empezadas por nuestros oponentes. Las caras de Chavito y de Tortuga ya se estaban poniendo pendencieras. Esa noche yo quería descansar, quizá más tarde, por el momento un poquito de calma.

—Ya los viste —le dijo al Salmonela.

—Hace rato que están así. Chupan y no piensan en otra cosa más que en bronca.

—Yo estoy cansado, Salmonela, no quiero broncearme. Mejor vamos zafando.

—Aguanta un ratito. Estoy esperando a una ruca. Llegas y arrancamos.

—¿Y qué tal está la jugadora?

—Ta bien, aunque es narizonaza. Por si acaso ya está reservada, Rufo.

—Qué vas a hacer tú, cuñao—: Salmonela me puso una carita de pitufo triste al escuchar mi réplica—. Mira, primero pasa tu maestro y de ahí desfilas en segundilla, calichín.

—Putas que te pintas bien.

—Las verdades hay que decir las de frente.

—Ya veremos —anotó esperanzado Salmonela.

—Qué vas a ver. Si tienes ganas de usar el ojo anda al cine. Si le rompen la puerta a esa jugadora es con ésta palanca.

—Poco floro, Rufo, poco floro. Y además esa puerta estará más abierta que puerta de bar de vaqueros.

Nuestro ameno e instructivo diálogo acerca de uno de los representantes del sexo débil fue interrumpido por la aparición de la dichosa mujer en autos. La amiga de Salmonela (en adelante la Pelucona) entró al *Leo* hecha una putaza. La gente se puso recontra alerta, al Bombo se le fue la voladera y pisó tierra con las mismas. La Pelucona no había arribado sola, la

acompañaba un cabrito. Mi enamorado, dijo. Estaba para darle. Tenía el pelo largo, le caía hasta el culo. Unas tetas duras y grandes y una boca deliciosa a mis ojos. Tenía una pinta de saber lo que quiere. El pantalón lo llevaba ajustado y despertaba el deseo ajeno. Chato, perdiste. A esa cojuda había que ponerle la mano encima.

—¿Y ése quién es? —preguntó Tortuga refiriéndose al cabrito.

—¡Así no vale! —apuntó el Chavo.

—A ese compadre me lo despachas —le dije al Salmonela.

—No hagas roche, ahora lo choteo —contestó.

Se les hizo sitio en la mesa. La Pelucona se sentó a mi costado y al cabrito de su enamorado lo acomodaron al otro extremo. El cabrito se puso un par de chelas, no le quedaba otra. Al primer saqui, metí mano bajo la mesa. Agarré un pedazo de pierna y le solté unos cuantos piropos. Yo apenas la conocía. Mis amigos también querían apuntarse, ya era demasiado tarde. El merfi ni enterado. Yo metía y metía, por el momento, sólo letra. Había tiempo. La Pelucona se animó a acompañarnos a la fiesta, no puso objeción en que se abriera a su pata. Salmonela se encargaba de preparar al infortunado para recibir la mala noticia. Salimos del bar y el cabrito desapareció no sé en qué momento. Teníamos que ir a La Victoria a recoger a Mac Giver. Protesté, era un viaje de mierda, que no me preocupe, por ley un taxifuga, dijeron. Se escogió un carro grande y cómodo. Quién aguanta a los *volkswagen* con esa bullaza que suelta el motor y con el tamaño, parecen unas cajas de fósforos. Faltando unas cinco cuadras para llegar a nuestro destino sucedió lo acostumbrado.

—¡Suelta toda la plata, conchetumadre! —habló el Chavo y colocó la punta en el cuello del taxista. Sin perder ni un segundo Tortuga y Salmonela rebuscaron en sus bolsillos.

El carro se cuadró al costado de un parque. No había mucha luz. El toque perfecto de sombras y sordidez. El taxista no podía ni hablar. Agarren todo, no me hagan nada, dijo y soltó varias lágrimas. Le quitaron la plata y le encajaron un par de puñetes. La ñata se le tiñó de rojo con la sangre. Estiré la mano. Cogí las llaves del auto y las arrojé a través de la ventana lo más lejos que pude.

Bajamos del taxi y el Chavo le zampó un último golpe. Se le fue la mano, la cabeza del taxista fue a golpear el timón y sonó el claxon. El sujeto se había desmayado. La Pelucona se quedó con la boca abierta. Escenitas así no conocía en su tranquila vida. La cogí de la mano, estaba como pegada. Cruzamos corriendo el parque. El lugar del delito fue quedando atrás. Fiel a su promesa, Mac Giver se portó con unas botellas.

Mis drugos mojaron la garganta y decidieron comportarse como ejemplares universitarios por un par de horas.

Rumbo a la fiesta. La noche iba bien. Movimiento. Sangre. Una hembra al costado. Pero me faltaba pasión, el recuerdo de muñequita castigaba a mi tonto corazón. El amor no iba conmigo por mucho tiempo. Sus visitas eran de pasada, por compromiso. Miré al Salmonela y a Tortuga que discutían por no sé qué asunto. Casi siempre discutían, ya me aburría averiguar de qué. Bastaba una miradita para regalarte un buen pedazo de alegría. Mis drugos eran los mejores drugos del mundo. Violencia ven a mí. Junté mis pasos a los suyos, me estaba quedando atrás.

—¿Por qué le hicieron eso al taxista? —preguntó la Pelucona, cuidando de que los demás no escucharan.

—No sé, para ponerle color a la noche.

—Está hasta las güevas. Pobre hombre, era sólo un taxista.

¡Carajo! ¿Por qué yo? Se han puesto de acuerdo, mucha-

chas. Díganme cuándo van a dejar de hablarme de ética y cojudeces parecidas. No me gustan las preguntas. No me gusta pensar.

—Sí, sí, tienes razón; pero cambiemos de tema ¿quieres?

—Como quieras. Oye, a propósito, ¿cuál es tu nombre?

—Rufo, preciosa.

Terminamos los tragos en un parque cercano a la fiesta. Me sentía mal, el ron siempre jode mi delicado ser interior. Vomité todo lo que había chupado. El malestar continuaba, ya no era físico. La pequeña conversación con la muchacha me jaló las orejas. Yo con la vida corriéndose de mis manos, sin saber qué hacer. No podía dejar de pensar. Ustedes lo han intentado, sean sinceros, ya nos conocemos, ¿no? El saber que no encajas en ninguna parte, que eres lo que se dice un bueno para nada. Recién me doy cuenta de que no suena tan mal. Tiene elegancia, ritmo, clase. Escuchen bien: bue-no para na-da. No les dije.

Una lágrima se escapó del ojo izquierdo y rodó mojadita hasta llegar a mis labios. Saqué la lengua y la lamí. Por un brevísimo instante, pensé en todo lo que había perdido en los últimos tiempos y volví a muñequita. Siempre lo hacía. Lo único que saqué en claro de esa apresurada, nocturna y citadina cita con mí mismo fue que las cosas no eran claras, para qué complicarnos. Ya vendría alguna señal, tenía que averiguar cómo sería esa señal.

—Ya. Entramos —dijo el Chavo.

—De a pocos para no hacer luz —anotó Salmonela. Se las sabía todas ese pitufo.

Yo no tenía mucha experiencia tonera. Las fiestas de la Universidad me parecían una güevada. La gente me parecía una güevada. El mundo me parecía una güevada. Con esos drugos nos manyábamos de borracheras en el *Leo*. Una que otra pelea. Me alistaron en su mancha el día que un broca de

letras se me bajó. Vieron en mí un buen prospecto y no defraudé sus expectativas.

—Primero que entren Mc Giver, Chino, Chavo, Bombo y Tortuga —habló otra vez Salmonela.

Otra vez discutieron. No me interesé. Pensé en largarme a casa. Desistí por dos razones. Primero, estaba muy lejos de mi cubil felino. Segundo, no tenía ganas de estar solo. Mejor mal acompañado que solo.

—Entramos —era Salmonela—. Tú también —refiriéndose a la Pelucona.

—Veamos cómo está esta fiesta —dije.

En la entrada, algunas caras sorprendidas al vernos aparecer. Chato se encargó de evitar el pago. La hizo bien. Ya dentro, una ojeada a la party. Psst! Ni siquiera buenos culos. Bueno, un par; pero les faltaba estilo. Muchachitas blandas y delicadas que buscaban un rayito de sol para que les alumbre el camino. No eran el tipo de hembras que me atraían. Yo tenía mucha dificultad para encontrar bella e interesante a una fémina. En lo físico, lo que me vuelve loco son las partes bajas. Lo que es el culo y las piernas. El culo firme y gordito. Las piernas parejas y macizas. Otra cosa que me hace perder la respiración son los rizos, rulos o bucles. Para que resulte interesante debe ser inteligente, con personalidad y con el corazón atormentado; a veces, lo último es lo mejor.

La música era una completa mierda. Sonaba algo de eso que denominan grunge. Reconocí una canción cagada de un grupo llamado *Pearl Jam*. Supongo que me dan la razón. Un montón de fronterizos se deshacían en la pista de baile. Yo cogí una cerveza y le di de nuevo al trago. Aproveché para cogerle la pierna a la Pelucona y decirle cualquier cosa. Yo no conocía a nadie y no me quedaba otra que meterle mano a la supuesta hembra de Salmonela. La muchacha empezó con las risas y entonces le mandé un beso con su buen pedazo

de lengua. La amiga del Salmonela era una chica atractiva. Destacaba su melena azabachadamente loca. No la encontraba interesante, pero eso no era motivo para parar el coche. Fierro a fondo, corredores. Le dimos a los besos y tocaditas por un rato más. La jalé hacia un lugar más oscuro y apartado. Me apoyé contra la pared y desabroché mi bragueta. Saqué mi filuda navaja. Le bajé la cabeza y se la metí a la boca. La agarré de ese hermoso pelo negro que le caía hasta el culo y olvidé mis tristezas. Les diré que las mamadas (fellatios para mentes más cultas) son otro detalle a considerar en mis gustos personales, y resaltan cuando estoy erguido y la mujer a mis pies, donde es su lugar por propia naturaleza. Cerré los ojos para ver las estrellitas que se encenderían dentro de mi cabecita cuando la diera. ¡Aaayy! Dios, es en estos momentos cuando sé que no me has abandonado. Abrí los ojos luego de contemplar el paraíso y en prima me doy con los cacharos de la Salmonela y del Chavo, amparados en las sombras. Sus rostros se veían muy felices. Ya sabía que me querían en un plan varonil, por si acaso, pero a qué tanta alegría. Bajo un poco la mirada y los encuentro con la mano ocupada. Cada quien hace lo que puede. Qué tales granputas. No le dije nada a la Pelucona, ella continuó chupándomela hasta que la pinga se me puso fláccida. Me acomodé la ropa. La cogí de la mano y me la llevé a bailar. Sentí la pena alejándose de mi corazón.

6 SOMOS NOVIOS

Así comenzó el romance. Sin darme cuenta. Su belleza era la droga más exótica que me había administrado en mis incontables jornadas de placer y desenfreno. La presentaba como mi enamorada, hembrita, gila o como mierda se nombra a la mujer que se ama. Sofía era una niña espléndida. Todo lo que yo buscaba en una mujer se encontraba en ella. Su pelo era una enredadera de bucles rojos como el atardecer. Su boca chiquita y cargada de pasión. Sus ojos quietos y santos. Y unas piernas fabulosas, realmente fabulosas. Me había vuelto a enamorar. Me propuse evitarlo, pero como con muchos otros intentos no pude. Las mujeres siempre nos siguen y es imposible hacerlas a un lado. Quién sabe qué vemos en ellas, siempre consiguen meterse en nuestro corazón, y una vez ahí o nos destrozan o nos la hacen muy feliz. Saben aprovechar muy bien el amor de un hombre. Te van exprimiendo a lo largo del día y mucho más en la noche. Nunca quedan satisfechas y andan quejándose perennemente. Uno trata de complacerlas y no es suficiente. No es suficiente ni el amor, ni el sexo, ni las penas, ni tú mismo. Evité pensar en cómo se complicarían las cosas con el paso del tiempo y sólo

me imaginé metidito en la cama con mi muñequita. Pancita con pancita dándole al viejo y venerado uno dos.

Me levanté de la cama, no sin antes mandarme un recito a la virgencita de Chapi y a San Judas, el de los imposibles. La quería a mi lado y que no se me vaya con el viento. Abrí la ventana y el sol ya se me había adelantado. Miré mi reloj, un *Laura Bacoccoli* obsequiado por un antiguo embrague. Lo único que quedó entre nosotros era esa esferita dorada que marcaba los minutos y las horas de mi, ahora otra vez, hermosa vida. Las diez de la mañana, hora adecuada para iniciar mis actividades. Me miré en el espejo y decidí ponerme al día con el cuerpo. Los infaltables abdominales. Un duchazo rápido y punto final. Cogí un pantalón blanco de *Levis*, mi camisita ploma de *Perry Ellis* y unos zapatos negros de *Fila*. Prendí la radio y justo pasaban la cancioncita de *Grease*, la del "u-u-u-". Me mandé con un par de pasos en el estilo del incomparable Travolta. Lástima que haya favorecido con su encanto y talento a ese filme estúpido y posero de *Pulp Fiction*. Si te viera, Tarantino, te rompía la cara. Escorias como tú no merecen misericordia. Nuevamente otra chequeadita en el espejo. Desayunaría con Sofía, yo hubiese preferido o un almuerzo o mejor unos tragos para arrancar el día. Les diré lo que pienso de los desayunos. No están hechos para varones y jugadores. A cada quien lo suyo, y yo no atraco mariconadas ni engreimientos. Los desayunos para los niños y las hembritas.

La encontré paradita bajo el cielo azul. Apenas me vio, sonrió y corrió a mi encuentro. Pensé en mi suerte y en cómo se les iban los ojos a los hombres que andaban por ahí. Sofía estaba maravillosa con una minifalda pequeña, pero muy pequeña para todas esas piernas, era de *Kasso*. Tenía puesto también un polito escotado, me pareció que era de *Paul Klee* y unas sandalias de *Beast boys*. Dijo que las había comprado

en esa tienda esnob de *Youtoo*. En fin, por qué hacerse problemas.

—Hola mi amor.

—Hola MI AMOR —rió otra vez y me dio un beso—. ¡Qué linda tu camisa!

Ahora el de la sonrisa era yo. Lo de la camisa ya lo sabía. Tengo absoluta confianza en mi gusto al momento de escoger mi vestuario.

La cogí de la mano y caminamos. Sentía cómo era envidiado por todos. Respiré hondo y contuve el aire sacando pecho. Sí, señor, esto era la felicidad. Sofía quería tomar un jugo. Bueno, vamos, le dije.

Me llevó a un lugar muy de moda, para mí resultaba una patada a los güevos. Se llamaba algo como *té-té* o *café-café*. El lugarcito destilaba un lujo enteramente positivista (en el sentido filosófico del adjetivo) y una serenidad apestosa. Felizmente no había mucha gente de la que suele llenar esos lugares. Cerca a nuestra mesa se encontraba un grupito de lindas muchachitas llenas de risas y esperanzas. Todas ellas de cabellos color dorina, claro que algunas con ayuda. Uñas muy bien cortadas. Y ni una temprana arruga en sus estúpidos rostros. Al parecer su único e ineludible problema era su existencia. Sofía fue al baño y me dejó solo. La camarera trajo la carta y esperó a que me decidiese. Pedí por los dos. Las chicas de la mesa cercana me miraron y empezaron a hacer comentarios entre ellas. Reconocí a una de ellas, estudiaba en mi porquería de universidad. No aguanto pulgas a nadie. Hombre o mujer, no importa. Sus coqueteos se los podían guardar para sus galanes del *Markham*, a mí que me dejasen tranquilo. Mirándolas una por una, escupí en el suelo. Bastó con eso, por un momento desapareció el paraíso de su felicidad. Demasiada sordidez para sus costumbres. Eso era para que aprendan que cada oveja con su pareja. Sofía regresó

a la mesa sin enterarse de lo ocurrido. Al poco rato mis nuevas amigas pidieron su cuenta y se largaron.

—Me recomendaron que no salga contigo —dijo ella.

—¡Anda, sí? —quería saber quién andaba maletéándome.

—Fue Tower. Dijo que me cuidase de tu voz.

Era de esperarse que un sujeto como aquel viviese pendiente de los demás. Había que tratar de entenderlo. Qué puedes hacer si eres casi un deficiente mental con inclinaciones suicidas y una enorme neurosis a cuestas y una autoestima más pequeña que un piojo. A un tipo así no le queda otra más que pegarlas de sereno y bien hablado. Ya nos cruzaríamos y entonces le zamparía un par de cachetadas y a ver si se le quitaba tanta demencia y estupidez. Ya es hora de sepultar al psicoanálisis y a la terapia; a estos loquitos mándenmelos nomás y van a ver cómo los arreglo. Mano dura. Pura mano dura.

—¿Y qué hay con mi voz? —pregunté. Ella rió, nunca paraba de reír, y dio un sorbo a su jugo.

—Es como hipnótica.

—¡Qué! —Oculté mi cólera y hablé con mucha calma—: entonces, casi no vuelves a verme.

—Al contrario, eso fue lo que me animó.

—Así que te gustan los malcriados.

No me agradó lo que escuché. Detestaba ser una suerte de nueva experiencia para alguien y mucho más para una mujer y peor aún si esa mujer me traía loco de amor. Qué se iba a hacer, así son ellas. Siempre con ideas contrarias a las nuestras.

Acabamos con el desayuno. Sofía tenía que ver a su padre, no vivían juntos y ella tenía que recoger un dinero. Preguntó si no me molestaba acompañarla. Dije que no había ningún problema. La oficina del padre quedaba en el centro de Lima. Ella estaba emocionada, como una escolar que recibe una

distinción frente a todo el plantel. Al parecer le gustaba ser hija de un fulano conocido, pues no perdía oportunidad para soltar alguna referencia con respecto al padre. "Mira, ése es el club" o "¿conoces el *Bolívar*?", he venido al bar con mi papá". Yo no tenía ni el mínimo de interés o apego por ese estilo de vida, pero no todos somos iguales bajo el sol. Me entienden, ¿no? En fin, yo ya la amaba demasiado y no me interesaba lo demás.

—Espérame un ratito. —Estábamos en la puerta de un edificio.

—No te demores mucho —le advertí.

Entró. Prendí un cigarrillo y me dediqué a observar la plaza. El libertador sentadito en su caballo parecía no darse cuenta de cómo había cambiado la ciudad. Recordé el comienzo de la novela de Reynoso. "Gira que te gira que te gira..." Eché un vistazo a los periódicos. Lo de siempre: el monstruo de Pachacamac o el de San Juan o el de Comas rapta, mata y viola. Los culos de las vedetes: Mónica Cabrejos, Rocío Polo, Mónica Adaro. Compré un *Macho*, pasquín porno del que era asiduo lector. Sus historias sobre gays eran un cague de risa. Me apoyé en una pared y le di a la lectura. No estuve mucho en eso. Demasiado ruido y calor. Mezcla que siempre mortifica a mi sensible ser. Boté el periódico y caminé algunos pasos, dedicándome a ver pasar a los peatones y a los ambulantes ofreciendo sus mercaderías. Me quedé parado frente a un tío que vendía unos pedazos de caca, es decir en realidad no eran y sí eran unos pedazos de caca. El hombre me preguntó si quería uno. Le dije que me bastaba con la propia.

—Vámonos.

Volteé y era Sofía. Ella propuso almorzar y yo unas cervezas. Optamos por lo segundo. Todo el mundo tenía que hacer con las piernas de Sofía. Creo que esa minifalda era

inadecuada para las calles del centro. Yo imaginaba que en cualquier instante cualquier cholo se le tiraría encima a arráncarsela a mordiscos y yo tendría que batirme en duelo cual moderno Lancelot. No me cuadraba la idea. Por las hembras no peleo muy a gusto.

Entramos a un bar. Poca gente. Poca luz. Harto amor.

—Mañana es cumpleaños de un amigo —habló Sofía.

—¿De la universidad?

—Sí. ¿Quieres ir?, te aviso que es un poco aburrido.

—¿Hay trago?

—Un montón.

—Entonces no me voy a aburrir.

—¿Quedamos?

—Te acompaño, muñequita, cuenta conmigo.

Me acerqué a su silla y le di un beso mientras que una de mis manos se dirigió a sus piernas.

—Mi papá dice que tengo unas piernas perfectas.

—Coincido con él.

—¡Me estás excitando!

—Recién. Yo ya te llevo bastante ventaja.

Di un sorbo a mi cerveza y moví la cabeza. Quería despejarme antes de lanzarme con fuerza hacia el deseo.

—Sácate la trusa.—Mis dedos acariciaban sus muslos, acercándose.

—¡Acá!

—Sí.

Sofía se movió un poco en su asiento y un calzoncito minúsculo quedó colgando en sus bellos muslos. Lo jalé hasta sus rodillas. Cayó al suelo y lo recogí para guardarlo en uno de mis bolsillos. Metí uno de mis dedos y lo saqué empapado. Lo olí embelesado y me lo llevé a la boca.

—¡Tengo ganas! —me dijo.

—Vamos a un cine.

—Pero yo no quiero ver una película.

—Yo tampoco, muñequita.

Sofía me regaló una sonrisa.

7 PURO VERSO

Aguardaba noticias sobre el asunto del work con Kurry. Había pasado una semana desde la entrevista con Mariana Byron. Aquella tarde estaba intranquilo, necesitaba algo que moviese los resortes de mi cabeza. Me acordé que presentaban una revista de poesía en el *Queirolo* del centro. Eso podía ser lo que aliviara mis preocupaciones. Muchos de mis conocidos se caerían por ahí.

El barcito se encuentra haciendo esquina con Quilka y Camaná. Downtown de Lima la pacharaca, donde ni te imaginas lo que puedes encontrar. Sí, es feo el sitio, pero eso es lo de menos. Lo que te pega es aquella visión del país bien sazónada con harta dosis de violencia y de pobreza. Criaturas a las que hay que temer merodean por esas calles: niños con la nariz metida en sus bolsas de terokal, volando sobre las estrellas; maleantes con los brazos y rostros llenos de chuzos, y derramando fieras miradas; homosexuales y pajeros iniciando su comercio por la Plaza del Libertador o en las puertas de los cines porno; prostitutas de todas las edades en plan de chamba; y una inmensa multitud caminando presurosa y ajena a todo completa el paisaje. En la acera del *Queirolo*

me esperaba una rara comitiva. Unas quince o veinte niñas ofertábanse a quien busque amor o extravío. Deberían estar por los trece y diecisiete, aunque la ternura de sus cuerpos sólo estaba en la piel. Su bajeza se tornaba deliciosa dentro de sus mallitas de colores y de sus chuscas minifaldas; atrayéndote con un cargado aroma a sexo y a hotel. Hay que decidirse: o vomitas o te desabrochas la bragueta.

Cuando entré al bar divisé a las almas más puras y más cínicas de la city, naufragando en un barco ebrio de alcohol y poesía. Eran los poetas, peligrosos bichos de la realidad. La mayoría había decidido no hacer nada por la vida y si lo hacían era con mucho desgano. Su misión en la tierra se reducía a "crear". ¡Carajo! unos dioses en esa chamba. Les interesaban el trago, el trago, el trago, la fama, la fama, la fama y la poesía. Modernos Lipos deambulando por estas calles.

Cerca a la barra estaban Miky Fonso, Micci Presbiteriano, Viernes Santo, los dos Willy (Willy trago y Willy fototrago), Juan Vega. Visor, el adelantado en esas lides, aún no arribaba. Se preguntarán por qué no hay ni una mujer en esta pléyade. Por favor, creo que ya nos conocemos, no vamos a discutir por causas perdidas. Mi pata preferido era el gordito Micci, también conocido como loco Cailloma. Nos habíamos hecho bien brothers desde mis lejanos días de hambruna. Las tripas se pusieron de acuerdo para reclamar eso de que de pan sí vive el hombre. Sin plata en los bolsillos, acababan de despedirme de la revista por haber escrito un artículo que hacía apología del sexo anal. Ya no daba mi resistencia, en cinco días un paquete de galletas y litros de limonada. Él propuso jamear algo. Tuve que decirle que estaba misio. No hay problema, dijo. Caímos en un chifita de mierda donde probé la cena que más he disfrutado en mi azarosa existencia y no por su exquisitez, sino que simplemente después de un

forzado y para nada voluntario período de ayuno y abstinencia hasta una galleta animalito te parece deliciosa y tratas de disfrutarla como si fuese lo más sublime que puede darte el mundo. Incluso, el sexo pasa al destierro. Cuando realmente tienes hambre acumulada de varios días, se produce una extraña metamorfosis conceptual. Sólo piensas en imágenes, en imágenes de comida. Recuerdo que el día anterior regresando a casa casi se me ocurre la idea de comerme una cáscara de plátano que vi tirada en la calle.

El bar estaba repleto. Aún faltaba una hora para empezar. Todo el mundo le daba duro al trago. Pocas mujeres, no me hice paltas por eso. No iba en plan de puterío.

—Oye, matador, ya no te dejas ver —Micci se acercó a saludarme. Me dio un abrazo de oso. Aguanté la respiración. El gordito olía a mierda.

—Qué te cuentas, Micci —le metí un empujón para sacármelo de encima.

—Ahí, loquillo —Micci estaba contento de verme. Una sonrisita obligaba a su chivita roquera a tomar extrañas posturas—. ¿Vamos a un concierto? Es el domingo acá cerca.

—Puede ser.

—¡Anímate! —El rok traía loco a este chanchito—. Me pongo unas chelas y vamos, ¿ya?

—Atraco, pero ponlas ahorita.

Micci llamó al tipo que atendía las mesas y pidió un par de chelas.

Mientras el gordito me había estado convenciendo de su interés por el rok, anunciaron el inicio de la presentación. Habría una leído de poemas. Arrancó Viernes Santo con un poema espantoso que hablaba de un cholo bruto y feo cuya delicia era caminar por unos cerros llenos de arena, y que descubre la belleza de la vida un día que encuentra a un perrito chusco (igual de feo y bruto que él). Al animalito de

cuatro patas, no se vayan a confundir, lo había arrollado una combi asesina y no dejaba de gemir. La combi me la imaginé camino a uno de los conos, repleta de pobres apestados a pescado y a chuño. ¡Puag! El poemita era largazo y dudo que alguien se interesase en el asunto. Le tocó el turno a mi amigo Visor, el esmerado profesional del verso, desde el escenario mandó un escueto saludo, quería pegarla de solemne y maldité. Está mamadazo, dijo una tía. En efecto, esos ojitos simpsonianos ya tenían vida propia. Leyó un poema sobre una pared o una casa y una fulana a la que comparaba con la liturgia. Hablaba de ladrillos y de causas primeras y segundas, de ahí saltaba a una imagen espantosa y ofensiva: el señor con la boca torcida no podía comerse un muslito de pollo. La remató con un rezo por una fulana (no se la conocía) y qué solitarios son los actos del poeta. Antisocial el hombre. Continuó Willy trago, subió a leer e iba a comenzar cuando lo atizaron con una botella que fue a caerle en la jeta. Nadie dijo quién arrojó la primera piedra. Él se la agarró contra una pareja de metaleros. Cruzaron unos cuantos golpes hasta que terminaron reconciliados en una mesa con un trago no muy decente. La cosa continuó, una bronca no puede parar a la poesía. Turno de éste su querido amigo. Había colocado unos versos en la elegante publicación. Yo no tenía mucha experiencia en eso de verse con el público, sin embargo no me achiqué y salí al ruedo. Imaginé que era como salir a una pelea. Pararte con las piernas abiertas. Mostrar tu mejor perfil al respetable. Y pegar de frente y con fuerza para tumbar al otro antes que él lo haga contigo. Cosa fácil, hermanitos. Leí un poemita de amor. Yo soy simple en esto del verso: las cosas claras, sin amaneramientos. No podía con mi corazoncito, siempre habría un lugar para muñequita. Mis versos hablaban de una mariposita que soñó haberse convertido en una mujercita de rojos cabellos, a quien su padre le arranca

las manos para evitar que toque a hombre alguno. De pronto, la desdichada mujer despierta y recuerda que soñó con una mariposa. Rematé el poema con una sentencia sobre la huida. Decía que al final no existe una razón de ser. No se le encuentra jamás, y lo único que queda es o seguir a su espera o acariciar la muerte.

Estaba en la mesa con Micci. Siento un pequeño toque en el hombro. Volteo y me encuentro con una mujer de novela. Un pelo negro, negro y largo, enmarcaba un rostro de seductora Morticia. Una quieta y blanca palidez. Los labios rojos, por supuesto. El cuerpo listo para aplacar a cualquier desquiciado sexual. Le alcancé el encendedor, ella traía un cigarro en la mano.

—¿Puedo? —No esperó respuestas, se acomodó en la mesa. Micci y yo nos quedamos mudos de la impresión—. Me gustó tu poema.

—¡Ah! —no salía de mi asombro. Toda esa mujercita sentada a mi lado al alcance de mis manos. ¡Dios, no me habías abandonado!

—¿Aún la quieres?

—¿A quién?

—A la chica del poema —se lo había dedicado a Sofía. Ella debía haber leído la revista, pues yo no dije nada en la lectura.

—No lo sé.

—Me llamo Hélene.

—Micci y Rufo —realicé una rápida presentación.

—Mucho gusto —habló el gordo y estiró su manazo—: ¿Escribes? —Ella negó con la cabeza—. ¿Cómo te enteraste de esto?

Yo estaba callado, tomando aire para zambullirme de cabecita en ese cuerpito. Apuré mi trago y le dediqué una de mis mejores sonrisas.

—¿Te comió la lengua el ratón? —Mandada la chica. Me mostró su vaso vacío. Lo llené—: Bueno, hagamos un brindis.

—¿Por qué? —pregunté

Ella acercó su rostro y en un susurro me dijo: por el amor. Me gustaba la chica, había terminado de gustarme. Chocamos los vasos.

—¿Sólo escriben poesía?

—Rufo le entra a la narrativa entre otras ocupaciones, yo sólo únicamente verso —respondió cachaciento el gordo.

—Me gusta la literatura. —Hélene se acomodó la camisa que traía puesta, era de *Body Glove*. Se soltó un botón, a Micci casi se le caen los ojos—. Lo paja es cuando las palabras llevan sangre y sudor.

—Así tiene que ser —dije—, tienes que acercarte al mundo. Yo no creo en cojudeces de arte puro o en un lirismo rosquete.

—Disculpen que interrumpa —Micci me señaló a Visor.

A un par de metros nuestro Visor había armado un alboroto y recibía sus buenos quiñes. Pensé en dejarlo a su suerte, y sin embargo me levanté a ayudarlo. Noté que Hélene se inquietaba. El adversario era un tipo bastante grande y con cara de no quedarse tranquilo fácilmente. Micci la informó de mi esmerado curriculum en esas lides. Ya regreso, dije. Primero tuve que discutir con los sparrings del grandote y en un descuido tirarme encima de los combatientes. Jalé a Visor, recibí un puñete. Traté de hablar, recibí un puñete. Pedí disculpas, recibí un puñete. Por un instante, llegó la calma. La cosa no es contigo, por qué te metes en la bronca, habló el grandote. Volví a intentar con la palabra, aduje que Visor tenía la culpa, propuse olvidar el asunto. Está borracho, dije. Nada. El grandote y sus patas no entendían razones. Un empujón me lanzó contra una mesa.

—¡Tú y yo! —dijo el grandote.

—Tú y yo —respondí desganado.

Hubiera preferido no pelear. Un angelito me esperaba en mi mesa, tenía que cuidar el cuerpo y el contrincante era algo grande para mí.

—Así que eres padrino —el grandote se estaba comunicando conmigo y al mismo tiempo me regaló un cachetadón.

Ya me estaban maltratando demasiado. Hice un quiebre y me aparté de él. Cruzamos varios golpes. Quiso barrerme con una patada que esquivé a tiempo. No sé cómo lo tumbé al suelo y delicadamente le descargué un patadón en las tripas. Salté sobre él y cogiéndolo de la cabeza lo estrellé contra el suelo. El grandote se quedó quietecito. Ojitos cerrados. La gente intervino ayudando a los heridos (el grandote y yoni). Me llevaron a la mesa y Hélene me miró asustada.

—¡Aay! te abrieron la ceja. —Hélene sacó un pañuelo y limpió mi herida. Acercó su cuerpo. Sentí su aroma y decidí quererla con la mayor perfección que pudiese sacar de mi corazón—. Si te duele, hablas.

—Te jodiste el caramelo —Micci movía la cabeza reprobatoriamente— y por qué, por ayudar a Visor. Hubieras dejado que lo chanquen.

—Ya está hecho —dije.

Las manos del grandote eran bien duras. Me palpitaba la ceja.

—Mejor nos vamos para evitar más problemas —propuso Hélene.

—¿Y Visor? —pregunté. No podía con mis buenos sentimientos.

—Tu protegido salió mientras te rompías los huesos —informó Micci.

Caminamos hacia la Plaza San Martín. Micci invitó a Hélene al concierto. Ella se entusiasmó. Se acordó ese

domingo para destrozarnos los oídos con algo de rok. Se hace tarde, dijo Micci. Tengo que chambear temprano, agregó. Lo vimos alejarse. Hélene enroscó su brazo al mío y me pegó sus caderas.

—Mi ángel exterminador. Mi bello y arrebatado angelito exterminador —Hélene me miraba sin miedo a los ojos—, eso es lo que vas a ser para mí —sonrió suavemente y me besó.

Un miedo quieto y desolado me acarició el cuerpo con una pericia inigualable. Empezó por la nuca dándome pequeñas sopladitas, de un brinco bajó hasta el estómago para apretarlo tres veces. Corrió por toda mi espalda empapándola de una plateada frescura y desapareció en el aire.

Hélene me guiaba. Seguí sus pasos, confiando en que me llevaría a mar abierta. Lima, mi querida mamá, se alegró al vernos juntos y me alcanzó su bendición.

8 DIME CON QUIÉN ANDAS Y TE DIRÉ

QUIÉN ERES

Era viernes sangriento y tenía que haber movimiento. Acabé temprano con las ocupaciones relacionadas a mi supervivencia. Antes de salir, metí un poco de yerba en el bolsillo. Sofía me había pedido que consiguiese un poco, sus proveedores la habían descuidado. Me esmeré en mi arreglo: un lompa rojo de *Mango*, un polo blanco de mangas largas de *Cavaricci*, unas botas negras de *Tosco* y unas gotas de *Incense* de *Givencchi*. Por supuesto que no cargaba pañuelo. Su amigo es bien machito por los cuatro costados.

Tenía hambre. Comí un sandwich de jamón y queso, pedí que le quitaran la corteza al pan. Lo acompañé con una lata de cerveza. Miré el reloj, ya era hora para que fuese apareciendo mi muñequita. No estaba muy entusiasmado con la fiesta del amigo. Los amigos que le manyaba no cuadraban con mis modelos de personas capaces y soportables. Chiquillos engreídos que abrían la boca para soltar cada estupidez, además eran universitarios. Y por último, no me interesaba ampliar mi círculo de amigos. Ya había decidido dedicarme al trago en esa fiesta.

Apareció mi niña. Cogimos un taxi y enrumbamos hacia sus amigos. La puerta de la casa estaba abierta. Sofía quería tocar el timbre. No hace falta, está abierto, dije. Entramos. Un flaco de lentes se acercó a saludarla, resultó ser el dueño de casa. Se saludaron y yo aproveché para darle una chequeada al lugar. En un extremo de la sala un ejército de jóvenes en camisas a rayas o a cuadros, lo peor es que eran de *Gap* o de *Guess*. Con esos precedentes, ni miré qué pantalones llevaban. Sin duda alguna, esos pequeños eran aprendices de leyes o de economía. Sentadas en los modulares unas cuantas fulanas con pinta de quinceañeras de telenovela peruana. Ninguna pasaba piola.

—Él es Beto.

Tuve que adecuarme a la presentación.

—¿Cómo estás? —dijo Beto y me palmeó el hombro. Respondí a su saludo—. Por favor, están en su casa. —El muchacho me regaló una de esas sonrisas que quieren darte a entender que se las sabe todas.

De ahí me presentaron a un par de fulanas. Hicieron las preguntas de siempre. Qué estudiaba y si conocía a fulanito, estudia lo mismo que tú, decían. Mis relaciones sociales no escogían cualquier cosa, y díganme qué podría encontrar en la universidad. Casi no conocía a nadie ahí. Conseguí un trago y me senté más cómodo a escuchar lo que se hablaba.

—¿Aburrido? —preguntó Sofía.

—No te preocupes.

—Espérate a que lleguen MIS amigos, ahí esto se va a poner bueno.

—Esperaré.

Mi esforzada tranquilidad se acababa. Al menos, hasta ese momento, no me veía obligado a hablar con alguien. No quería complicarme la velada. Fui por otro trago.

Un alboroto cerca de la entrada anunció la llegada de más invitados. Reconocí al cabrito de Louis, eran SUS amigos. Acabé mi trago de un empujón. Todo el mundo se mezcló en abrazos y saludos. Me fue difícil escapar a esa marejada de amistad y estupidez. Entre tanto apretón conseguí otro trago y me acerqué donde Louis. Ese cabrito era el amigo preferido de Sofía. Demasiado autóctono y amanerado para mi estética personal. Sofía me había comentado que estuvo enamorada de él un par de días el año anterior. Tendría que darle algunas enseñanzas a la sensibilidad de mi niña. De todos esos engendros me parecía el más tratable.

—Hola Louis.

—Hola, supongo que te estás aburriendo.

—Se hace lo que se puede.

Sofía se me había perdido de vista. Los recién llegados propusieron bailar y toda la gente se desplazó hacia el jardín.

—Vengo de la filmoteca.

—Nunca voy.

—Pasaron una película buenaza. *Paris Texas*.

—¡Ag! —Le di un buen sorbo a mi whisky— detesto a Wenders.

—¿No te gusta? —Negué con la cabeza—. Pero ¿no te gusta? —No era de extrañar que a él le agradase. Esas pelis de autor eran tan sensibles, tan imaginativas—. ¿Y qué te gusta?

—Soy poco de cine. Me gustan Almodóvar y Sondergsson.

—¿Quién es ese Sondergsson?

—Un cineasta alemán que hace pornogore.

—¿Porno qué?

—Necrofilia, sadismo, cosas bien eróticas.

—¡Ay! no, no, no. Muy sórdido para mí.

Sofía se acercó seguida de dos compadritos. Nos miró y sonrió. Se quedó parada junto a Louis. Llevaba el ritmo de la

canción que sonaba en el equipo golpeando el suelo con sus zapatos. Sus dos amigos se quedaron mirándome.

—¿Trajiste? —preguntó Sofía

—Alcanza para un par de bates.

—¿Armamos uno?

—Yo paso —saqué un paquetito del bolsillo de mi pantalón y se lo di.

—Ya regreso.

Se fue con sus dos patas. Louis dijo que quería tomar algo. Conseguimos más trago y volvimos al jardín. Una chica se acercó a conversar con Louis, no la había visto antes. Ella quería bailar y él no. Louis le dijo que bailase conmigo. Acepté. Bailamos un par de canciones. Me quedé conversando con la chica. Era muy bonita, una carita de bebé, una frente amplia y un peinado alcachofa, y un buen par de tetas. A Sofía no la veía por ningún lado. La situación empezaba a disgustarme. Mi niña afuera curseando y yo tirado en medio de tanto imbécil. Felizmente tenía a ese bomboncito a mi costado, en último caso podía meterle mano. Todos esos jóvenes estaban tan contentos. Un tipo se acercó a pedirme coca. Dije que no tenía. Pienso que no escuchó lo que le dije. Siguió insistiendo cargosamente. Volví a decirle que no tenía nada para ayudarlo. No entendía.

—¡Cómo no vas a tener!

—No tengo.

—Al toque se nota que estás en chamos.

—¿Por qué no te vas a la mierda? —El tipo se ponía más insoportable a cada minuto. Mi amiguita y yo sufríamos.

—Sólo un par de tiros. —Dirigiéndose a la chica, dijo—: flaca, dile a tu pata que se juegue algo.

—No jodas, imbécil —respondió la pequeña alcachofa.

Ella estaba de mi parte. Pondría orden. Mi vaso estaba lleno. No iba a desperdiciarlo todo. Di un buen trago y arrojé

lo que quedó a la cara del tipo. Solté el vaso vacío y le encajé un rodillazo en el estómago. Cogí a la alcachofita del brazo y lo dejamos saboreando su dolor. No pasó mucho tiempo para que se acercaran a pedirme explicaciones. Exigían que me disculpase con el tipo. Me negué. Consideraba que las disculpas me las debían a mí. Alcachofita quiso ayudarme, pero no le prestaron atención. En plena discusión apareció Sofía ya enterada del escándalo. Me miró sin nada de ternura y dejamos la fiesta.

—No tenías por qué pegarle. Ese idiota estudia conmigo

—Discúlpame —preferí no dar explicaciones, sería complicado. Ella sería democrática y le daría la razón al grupo ese de imbéciles.

—Ya me imagino qué estarán diciendo.

—Que le pegué a ese baboso, ¿no?

—¿Y te parece bien?

—Discúlpame, por favor.

—Crees que basta con eso —Tomó aire—. No quería creer lo que me habían contado. La culpa la tengo yo.

Otra vez esos cuentos de que yo era un mal chico.

—Mira, no me parece justo que un tipo a quien no conozco y que además no puede dominar su borrachera ni su coqueada venga a molestarme de esa manera.

—Y por eso los golpes, ¡qué bonito! Eso era una fiesta, no una pelea de boxeo. ¿Te diste cuenta? ¿Te parece justo?

—No, pero él se lo buscó.

—Bonita respuesta.

Sofía se ponía más y más histérica. No podía creer que se preocupase tanto de las opiniones ajenas. Uno de los dos estaba equivocado. Ya no tenía nada que decir. Meterle un golpe a un borracho no se me presentaba como algo de magnitudes ingobernables. Lo hice porque quise y punto. Ése era el motivo y yo no me veía como un desequilibrado o un

futuro prospecto de serial killer. El problema no era mi violencia, era su interés por quedar bien con SUS amigos. Su necesidad de quedar bien con el mundo, de cuidar las apariencias; era cosa suya. A ese respecto mis ideas son claras. Lo importante es la sinceridad con uno mismo y me importa un rábano la moral del otro.

Sofía me pidió que la dejase en su casa.

Ese primer encuentro con SUS amigos no resultó muy simpático para nadie. Yo también estaba decepcionado, pero al parecer mi opinión no se tomaría en cuenta.

9 UN CONCIERTO

Malambito. ¡Vaya nombre de esa lleca! ¿Por qué hablo de esto? Excuse, me estoy yendo muy aprisa. El flyer del dichoso concierto de Micci anunciaba: "Local de la CGTP. Malambito 238, por la *Villarreal*". Adjuntaban un croquis desastroso.

Llegué con Hélene una hora antes. Micci nos esperaba junto con Visor. Habían estado poniéndose a tono con la ocasión, unos tragos en *Las Rejas*, dijeron. Querían seguirla hasta que empiece el concierto. Hay que buscar un bar, dijeron. No fue necesario, Hélene sacó una botella de su bolsa.

—¡Uy, un *absolut*! —apuntó Visor. Ni conocía bien a Hélene, y ya se sentía dueño del trago. Visor, amigo mío, a ese ritmo no te espera un buen final.

—Buena, flaca. Estás con ficha —anotó Micci.

—Es un regalito.

—Nos quedamos acá, pues —dijo Visor

—Sí —dije. Me había desentendido un poco del diálogo por observar a un grupo de jóvenes que se acercaba al local.

Nos acomodamos en la acera y empezamos. Hélene se enroscó en mi brazo y se unió a la charla que sostenían Micci y

Visor. Hablaban sobre unos estudiantes desaparecidos y una universidad. *La Cantuta*, creo. No sabía mucho de eso; y del ejército y de quién tenía la culpa. Daban sus respectivas teorías y discutían. Yo seguía al margen y volví a dirigir mi atención al grupo de hace un rato. Estaban en la puerta del local.

Eran jóvenes. Serían alrededor de una docena, a cada cual más espantoso. No es que ellos fuesen feos, eran sus indumentarias. Había hombres y mujeres. Sus ropas eran feas y viejas y muy sucias. Ellos también se habían ocupado de mostrarse sucios y repulsivos. Casi todos llevaban casacas de cuero negro como las de los obreros de la *Telefónica*, el resto de sus ropas eran del mismo color o sino jeans destrozados. Sus zapatos eran las botas que dan en el ejército a los soldados. El cabello lo usaban extremadamente corto, cortado a la mala, como si ellos mismos lo hubiesen hecho. Me hicieron pensar en enfermos de un sanatorio mental. Todos ellos estaban cubiertos de imperdibles y cadenas, no sólo los traían en la ropa. Uno de ellos llevaba un imperdible colgando de la nariz. A pesar de todo ese decorado de campo de concentración lucían irresistibles ante los ojos de mi ciudad. ¿Quiénes serían? Destacaban entre toda la gente que se agolpaba en las afueras del local.

—¿Has visto a esos patas de negro? —le pregunté a Micci. El que sabía de rok era él. Todos nosotros volteamos a observarlos y quedaron igual de intrigados que yoni. Algo nuevo pasaba en mi ciudad y seríamos testigos de los hechos por venir.

—¡A su madre! —exclamó Visor.

—Se les ve asquerosos —dijo Hélène.

—Primera vez que los taso —agregó Micci.

—Deben ser un grupo de teatro —dijo Visor.

No, ahí había una sensibilidad auténtica y además era exigirle demasiado a nuestro pobre teatro.

—Ya se sabrá —dije—. Alguien tiene que informarnos y por último uno se puede acercar a hacer un trago con ellos.

—Conmigo no cuentas —habló Hélene.

Continuamos chupando. La gente seguía llegando y ya se podía ingresar al local. Apuramos el *absolut*, no estaba permitido meter trago. No la pasaba mal. Con Hélene a mi lado, feliz y contento. Siempre me sorprendía cuánto te cambiaba la vida el simple acto de tener una woman a tu lado. Dentro del local se empezaba a escuchar algo de música. La gente decía que ya estaba por empezar el concierto.

Nos sacudimos el culo y entramos. Me encontré con Pietro y me preguntó si tenía algo para la cabeza. Respondí que no. Si quieres no si tienes, dijo. Pregunté qué ofrecía y habló de su mercancía. Traía de todo lo que se conoce en la ciudad. Metí mano a mi billetera y le compré algo. Sería para después. Me dio los últimos chismes de la gente que manyábamos. Principalmente ésa era nuestra relación. Intercambiar información, lo de la compra y venta era muy esporádico. Quizá tocaba, dijo. Me despedí. Corrí hacia Hélene. Ella me cogió del brazo y subimos unas escaleras. El vodka había trepado bien. Tenía ganas de hacer un montón de cosas, y ella subía las escaleras delante de mí con todo ese pelo negro cayéndole sobre la espalda y un poco más abajo ese culo tan fabuloso. No pude aguantarme y lo toqué.

No sabía nada de ella. Únicamente nos habíamos visto la noche del recital. Terminamos en un hotel apestoso amándonos y tirando con una furia ciega como temiendo que alguien apareciese a pedirnos explicaciones. Luego, la llamé por teléfono para el concierto y ahí estábamos.

La sala del concierto estaba a full. Ni me di cuenta en qué momento entró tanta gente. El público era digno de una peli de horror o de una sobre juventud descarriada. Me gustó el

ambiente. El escenario se encontraba al fondo y un grupo de pelucones afinaba sus instrumentos para arrancar con su tocada. Compramos más trago.

—Ese grupo no es tan bueno —dijo Micci.

—¿Cómo se llaman? —pregunté.

—*Sombras*

—¿Qué música hacen?

—Covers de grupos españoles. Pop. Esa mierda de *Radio Futura*, *Gabinete*, y uno que otro temita suyo en la misma onda.

—Ya empieza —intervino Hélene.

Nos quedamos callados cuando empezó la tocada. En efecto, se mandaron con una cancioncita de *Gabinete* —*Olor a carne quemada*—, poca cosa. Dejé de prestar atención a lo que hacían los músicos. Bebía cuando se armó un lío cerca del escenario. Los tipos que había visto a la entrada armaban un escándalo de los mil demonios. Tiraban botellas a los músicos y los insultaban. Algunos de ellos se treparon al escenario y arrojaron a los de *Sombras*. Cogieron los instrumentos y el del imperdible en la nariz se plantó frente al micrófono y comenzó a insultar y vociferar contra todo el mundo. Me agradaba su actitud. Un enfrentamiento directo contra lo que le llegaba al pincho. Dijo que se llamaban *Eutanasia* y siguió con su rollo en una lengua fresca y extremadamente salvaje, donde sus insultos y reclamos sonaban como las palabras más bellas del mundo. De un momento a otro le imprimió cierto ritmo a lo que iba diciendo y pude escuchar algo: "en los rincones de cualquier lugar, en sucias calles de un asqueroso muladar, entre basura que vomita la ciudad." Volvió a repetir ese estribillo y arrancó la música a cargo de sus secuaces. Era lo más espeluznante y bello que escuchaba hasta ese día. Yo tenía la boca abierta. Las guitarras no mostraban piedad alguna con los acordes y el bajo junto con la batería parecían

un toque de batalla. Los que no subieron al escenario gritaban y se empujaban entre ellos. Primero pensé que era una pelea, pero no. Realizaban una especie de baile. Todos se arrojaban contra todos y daban saltos y gritos. Otros que no pertenecían a esa mancha se contagiaron de la ferocidad y entraron en el baile que se aglutinaba frente al escenario. Continuaron con otra canción en la que hablaban de anarquía y de tirar abajo la cultura y la ley. Todo era muy bello y espontáneo. Definitivamente se constituirían en un hito en lo que conocíamos como rok nacional. Supe que eran necesarios e imprescindibles en lo que quedaba por venir. Pietro se acercó a nosotros. Si alguien podía decirme quiénes eran esos *Eutanasia* y esa gente de negro era él.

—¡Habla! ¿Y éstos?

—¡No sabes? —Pidió un trago a cambio de la información—: son punks.

—¿Qué? —exclamó Visor. Todos estábamos en las mismas. No la parábamos.

—Punk. Música punk —dijo—. Sonido simple y furioso, y las letras son contra la sociedad o burlas.

—Pero son nuevos, ¿no? —preguntó Micci.

—En Lima recién, creo que es la primera vez.

—Parecen ese grupo que me prestaste para escuchar, *Pistols*. No me acuerdo bien el nombre —dije.

—Claro, es el mismo tipo de música. —Miró al escenario donde esos muchachos seguían haciendo de las suyas—. Suenan bien los *Eutanasia*.

—De puta madre —exclamó Micci.

—Mucha bulla —intervino Hélene—. Creo que no saben tocar bien.

—De eso se trata —añadió Pietro. Dirigiéndose a mí, dijo—: ¿Y la probaste?

—Es el momento adecuado —respondí.

Saqué algunos cigarrillos. Visor me ayudó con la armada, colocó los palitos en el filtro. Yo no era bueno para eso.

Salieron seis claveles. Hélene y Pietro no se interesaron en el asunto. De ella no sabía si era afecta a estas sensaciones, Pietro no le entraba. Cosa curiosa, era el único vendedor conocido que no chocaba con su merca. Mientras se le daba curso a esos clavitos *Eutanasia* terminó de tocar. Bajaron del escenario. Los perdí de vista y me interesé por mi fumada.

—Casi me olvido, tenemos que ir el martes en la tarde —me habló Visor.

—¿A dónde?

—Al casting. Llamaron a mi jato.

—¡Chucha! me alegraste la noche, jugador. Primera en tus treinta primaveras que dices algo bueno.

—Así soy yo.

Las cosas mejoraban poco a poco; pero mejoraban. Ya me veía en la peli de Kurry. Mi nombre escrito en el ecran, y esta carita de niño bueno contemplada por los simples y numerosos mortales. La buena nueva me excitó. Cogí a Hélene y me alejé de mis patas. No tardamos, dije. Micci asintió con la cabeza. Esos dos estaban bien duritos.

Me dirigí hacia los baños. Bueno, hacia el baño. Sólo había uno. Quise pensar que era por lo de la igualdad de los sexos. Hélene y yo nos pusimos en la fila. El sitio apestaba a meados y a mierda.

Cogí a Hélene por la cintura y la miré a los ojos. No hizo falta cruzar palabras. Nuestro amor florecería aderezado por los aromas de mi ciudad. Como ajos y zafiros en el fango.

10 EL PRINCIPIO DEL ETERNO FEMENINO

Mujeres. Siempre las tengo en mi cabeza, hasta sueño con ellas y en esos sueños estoy dándole al rico uno dos. Es perfecto. Nunca conversamos, sólo movemos los cuerpos. No tengo que escuchar sus quejas ni lamentos. Tampoco tengo que verles sus rostros enojados y tristes. En mis dreams siempre muestran unas caras de gozo absoluto, y los únicos sonidos que salen de sus boquitas pintadas son "ohs" y "ahs". Cosa buena sería vivir durmiendo.

Suena el hijo de puta del despertador. Abro un ojo. Estiro la mano, lo cojo. Y lo arrojo contra la pared. Me levanto de la cama a enfrentar otra vez el mundo.

Aguardaba a Sofia. Llevaba veinticinco minutos de retraso. La paciencia no es una de mis cualidades. El sol se había puesto de acuerdo con la niñita para mandarme sus mejores rayos. Un calor de mierda. Todo quemaba y quemaba: las pistas, la acera, el aire, la gente, mi alma. Tomaba *Coca Cola* tras *Coca Cola* y no conseguía apagar el calor. No tenía sed, pero sentía que me quemaba por dentro.

El cuento ése del infierno lo inventó alguien como yo en un día igual de caliente que éste.

La vi cruzar la pista y respiré aliviado. Llevaba un vestido corto floreado de no sé quién diablos. No pude reconocer la marca, ustedes saben: siempre hay una primera vez. Y unos zapatos de *Boss*. Le miré las piernas. Perfectas. Me toqué lo que traía entre las mías y rogué que no estuviese molesta por lo de la fiesta. Se acercó y me estampó un beso. Hay que apurarse, dijo. Quería ir al centro para enseñarme un video. Pregunté por qué era necesario ir hasta Lima. Mucho calor, dije. Me contestó que era indispensable. No entendía de qué iba la cosa.

Entramos al *Bolívar*. Ella me condujo al bar y me dejó sentadito en una silla muy cómoda. Al menos ahí no hacía calor. Hacía fresco. No me preocupé por lo que ella fuese a hacer. Me bastaba con estar fuera de las quemantes avenidas. Conversó con el barman trepada en uno de los bancos de la barra. Su precioso culo se desbordaba dentro de ese vestidito tan corto. Había cruzado las piernas y el muslo que iba encima se marcaba como una soberbia escultura del renacimiento, aunque algo más quemadita.

—Ahora sí, mi amor—se sentó a mi lado. Dirigiéndose al hombre de la barra dijo—: puede encenderlo.

—¿Qué película vamos a ver?

—Espérate. ¿Por qué eres tan nerviosito?

La pantalla se encendió. Un documental sobre el hotel comenzó a pasar delante de mis ojos. Yo no entendía ni jota. Una voz en off parecida a la de un anuncio de pasta dental narraba la historia del hotel y describía el estilo de tal o cual habitación. Tal mueble. O esta alfombra. O este foco. Las escenas eran de lo más raras. Digamos, una toma de una cama. Otra de una alfombra, en la que la cámara corría y corría tras una alfombra roja de filos dorados. La cámara daba

quiebres, finteaba, subía y bajaba escaleras. No aparecía ni una sola persona en todo el documental. Bueno, los porteros y camareros; pero no creo que los considerasen bajo esa clasificación en la historia natural del hotel. De ahí se mandaban con unas tomas de exteriores. El telo por fuera se veía asqueroso y sucio y viejo. No pude evitarme una sonrisa. Y para hacerla peor una multitud caminando por las afueras. Una toma de la Plaza del Libertador casi me envía al ñoba. Caramba, me di cuenta quién iba ganando en mi Perú. Pensaban estar seguros, pero no. Cuidado. El enemigo se reproducía por miles. Son feos y retacos y huelen mal. No tienen ninguna alegría en sus caras ni el color de la mantequilla en sus cabellos. Sin embargo, son tantos y cada vez son más. Y "ellos" perdían, ya habían abandonado su hotel. Ahora nadie lo quería. Si veías bien el documental podías darte cuenta de que los muebles se notaban viejos, les hacía falta una mano de pintura. Esa inmensa alfombra roja se estaba deshilachando. Las arañas y los broncees no brillaban. Ni me preocupé ni me alegré. Yo no pertenecía a ninguno de los dos bandos. Ambos me resultaban igual de despreciables. Me había aprendido muy bien mi papel de lobo estepario como para identificarme con algún otro. Prendí un cigarro y me pegué con una nueva toma de la alfombra roja, ya estaba en un segundo piso. Le iba agarrando cierta adicción a esa lengua roja que lamía todo el suelo del hotel. Me parecía lo mejor del documental. Probé un poco del pisco sour que nos trajo el mozo. *Pisco cathedral*, me informó Sofía. Milagros de la sinonimia, yo lo que probaba era un cañazo común y corriente, y me lo querían bautizar con un chaplín eucarístico. Solté la copa. Demasiado fuerte para mi gusto. Miré la pantalla. Una toma de la entrada. Supuse que ya iba a terminar porque todo empezó cuando la cámara entraba por ahí y de fresa se encontraba con la alfombra roja. La pantalla

se pintó de celeste y aparecieron los créditos. Mi muñequita era la responsable de esa obra de arte. Inmediatamente hallé mil y una virtudes para el documental. No era malo. No era ni bueno ni malo. Era algo extraño y desatinado en las intenciones, pero no era un atentado contra la estética del cine. Mi problema era el amor. Yo amaba a esa bella mujercita y en todo lo suyo yo podía ver ese "amor". El documental cambió por completo ante mi entendimiento, ahora era una proeza cinematográfica. Juro que no fingía con este cambio de apreciaciones, sino que simplemente se dio.

Echémosle la culpa al amor.

—Me encantó —dije—, un tema muy original.

—¿De verdad?

—¡Oh! claro. Las formas, los estilos. Muy bien.

—Pensé que era mejor hacer algo con clase a hacer lo que siempre hace todo el mundo. Niñez desvalida o Barranco de noche.

—Tienes razón, eso ya está muy toqueteado —después de un pequeño silencio, agregué—: aunque lo de con clase no suena muy acertado.

—Elegante, con clase. ¿No?

—No es lo mismo. En la elegancia estoy de acuerdo, pero...

—No te comprendo. El hotel tiene tanta clase. Míralo e imagínate la de gente que ha pasado por aquí. Ahorita mismo ni sabes quién ha podido sentarse en esa silla en la que estás —me imaginé al barman secándose el concho de una botellita de whisky. Tenía una cara ese jugador—. Tanta gente importante. Tanta clase.

—Clase no es únicamente ser elegante o ser importante. Es algo que supera a esos fabricados límites. Clase es ángel, muñequita. Es saber caer —le iba a decir que me eche una miradita, pero uno es modesto—. Se nace con clase, no te la

dan ni la elegancia ni la fama ni nada parecido. La clase en el hombre es como esa aura que tienen los santos en las estampitas. No se la regalan a cualquiera.

—Considero que es importante la elegancia. Mi papá siempre habla de cómo hay que comportarse. Uno no puede ir por la vida haciendo lo que se le ocurre.

—No repruebo la elegancia. Me gusta. Tú eres el ejemplo palpable de mi apego a las formas cultivadas. —Ella se ruborizó y sonrió delicadamente—. Lo de comportarse es otro cuento. Considero que uno puede tener clase hasta cuando pelea. Puedes tener clase cuando te metes a la cama. Puedes tener clase al tirarte un pedo. La clase es algo muy aparte de la elegancia y de la fama.

—¡Ay mi amor!, mejor olvidémonos de todo este asunto y enséñame un poco de tu clase —cogió mi mano y la colocó entre sus piernas.

Sofía se levantó de la mesa. Miré su cuerpo. ¡Carajo!, sí que tenía clase. Su trasero capturaba al universo en cada vaivén que soltaba. Y esas piernas tan ricas asomándose de ese vestidito. Decidí consagrar la ocasión y no dejar que acabe el día sin regalarle algo de mi amor.

Y así fue.

11 SHOULD A STAY OR SHOULD A GO

—¿Qué tal estoy?

—Me has hecho esa pregunta más de veinte veces, Rufo.

—Los nervios, jugador.

—A la hora de la acción te me desinflas.

—A este pechito no se lo baja nada ni nadie.

Dentro de quince minutos nos encontraríamos con Paquita Lamborghini. Qué sería de éste su querido amigo.

—¿Has preparado algo? —preguntó Visor.

—Un monólogo, *Castor busca castorcita*, es de Kurt Cobain.

—¿El de *Nirvana*?

—Sí. Antes de ser roquero estuvo en el *Missing theatre*. ¿Y tú?

—Sabes que soy más clásico. *Medea* de Sofócles.

—Animal, de Eurípides.

—No. De Sofócles Batsu. Un travesti japonés que está rayando en Londres. Ha reescrito toda la tragedia griega.

—¿Cómo supiste de él?

—Quijada me pasó un libro.

Miré el reloj. Ya era hora.

Mariana Byron nos entregó un papelito con un número. Dijo que nos llamarían, que estemos atentos y suerte. Me tocó el número uno. Eso tranquilizó mis nervios. El minino de la vez anterior no estaba por ningún sitio. Nos sentamos al costado de un par de chicas. Una de ellas tenía el pelo pintado de verde y no dejaba de mover los dedos de la mano. La otra llevaba un corte a lo garzón y se había dibujado un lunar con forma de estrella en medio de la frente. Estábamos callados. Apareció un gordo con una cámara y pidió que nos levantáramos. Enfocó la cámara con cada uno de nosotros y filmó. Terminó y volvió a meterse a la otra habitación.

—¿Y eso para qué? —preguntó Visor.

—Ven si cuadras con el personaje —respondió la del pelo verde.

—Fisonomía —dijo la del lunar.

—Sex appeal —dije yo.

Las dos actrices me miraron indignadas. De la otra habitación salió Mariana.

—Los números uno y dos —dijo.

El dos era la del pelo verde. Me pasé una mano por la nuca y caminé hacia mi destino. En la otra habitación nos esperaban Mariana Byron y Paquita Lamborghini. La del pelo verde y yo saludamos. Luego no supimos qué hacer.

—Mirsa y Rufo, ¿no? —preguntó Paquita Lamborghini.

—Yo soy Mirsa.

Me quedé callado, obvio que yo era el otro.

Paquita Lamborghini miró unos papeles. Se sirvió un vaso de whisky lleno hasta el tope y se lo mandó directo al estómago. Movía los labios. Los abría y los cerraba. Nuestra mejor cineasta nacional poseía su fama de buena bebedora y de un apego muy marcado por las muchachitas. No era mi problema.

—¿Qué han preparado? —preguntó la directora.

—He preparado *Griego busca griega* de Durremant
—respondió Mirsa.

—Yo, *Castor busca castorcita* de Cobain.

Todos se miraron.

—¿No estarás bromeando? —me aclaró Paquita.

—Cómo se le ocurre. Es de su época con el *Missing theatre*, antes de meterse a la música.

—Les voy a pedir que a sus representaciones le añadan dos detalles adicionales: nada de palabras y en simultáneo, ¿entendieron?

Asentí con la cabeza y pensé en qué cojuda era la idea. Me complicaban el espectáculo. Lo mío era un monólogo en el que un castorcito junky busca desesperadamente a su proveedor de crack quien ha sido asesinado por una banda de chicanos y fondeado en lo hondo del río. El castorcito compara su búsqueda por la droga con la búsqueda amorosa de una castorcita. Finalmente, al no encontrar lo que anda correteando, se suicida en medio de una noche llena de estrellas. Imagina a esas estrellas cristales de crack. Se lanza al río y en el fondo de éste se encuentra con su proveedor bien tieso y mojado. El texto era fundamental para mi trabajo. Lo de Mirsa no sé cómo iría. De teatro alemán no sabía nada.

Arrancamos. Me sentí ridículo gesticulando como un mudo. La chica del pelo verde estaba feliz. Ponía toda el alma en cada gesto o movimiento. Se había quitado el cubretodo que llevaba. Tenía un cuerpo esbelto. Una barriguita dura y marcada. Y unas piernas firmes y apetitosas. Nos cruzábamos en el escenario. Y se decidió ayudarnos mutuamente. Coordinamos nuestros movimientos. Agarramos el mismo ritmo y como güeveando se acabó mi monólogo.

Paquita Lamborghini nos dedicó unos aplausos.

—Me gustó bastante. —Lamborghini y su asistente intercambiaron unos papeles y añadió—: están seleccionados.

—¿De verdad? —ésa era Mirsa. Yo había escuchado claramente.

—Tienen que regresar el viernes para algunos detalles.

—Sin falta —habló Mirsa y se tiró encima mío llenándome de besos.

Me crucé con Visor al salir. No hubo tiempo para decirle cómo me había ido. Mariana nos acompañó a Mirsa y a mí hasta la salida. Hélene me esperaba en el *Haití*.

—Imagínate trabajar con Kurry —dijo Mirsa.

—Sí, es increíble. —No lo creía. Resultó tan fácil—. ¿Qué iremos a hacer ahora?

—Lo bacán es que ya somos parte de la tripulación. —No me gustaba la noción esa de ser parte de... Mi espíritu no dejaría nunca de proclamar su singularidad—. Esto hay que celebrarlo, ¿no te parece? Lo hemos hecho juntos.

—Me encantaría, pero hoy no puede ser. Tengo una cita.

—Será para otro día entonces.

Claro, amorcito, te voy a dar unas inolvidables celebraciones.

Mirsa pelo verde cruzó la pista y se alejó con rumbo al malecón. Caminé en dirección contraria. Hélene ya se estaría inquietando.

12 CHRISTMAS MERRY CHRISTMAS

Era esa época del año en que se supone todos son felices aunque no coman perdices. Ya tenía algo de entrenamiento en estas fechas del corazón y los buenos sentimientos. La soledad había sido mi fiel compañera en esas ocasiones desde hacía varios años. No me hacía roches con mi tranquilidad. Lo único que echaba de menos era mi panetoncito. Moría por ese bizcocho salpicado de frutas confitadas y pasas, y lo peor de todo es que es lo más difícil de encontrar fuera de la mesa de nochebuena. No me imagino mordiendo una tajadita de panetón en una fuente de soda, como hacen los pacharacos. Lo demás no me importaba. Las aves nunca han cautivado a mi paladar. El resto era poca cosa: chocolate caliente, ensaladitas, puré de manzanas. Mariconadas.

Sofía me invitó a cenar a su casa. En la víspera me dijo que la cena había sido trasladada a casa de su abuela. Ella quería que no deje de ir. No podía privarla de mi presencia. Era navidad, no olvidemos. Llega temprano, me dijo. No conocía la casa, ella me esperaría en una avenida conocida por ambos. Marcaban las siete cuando nos encontramos. Yo llevaba un pantalón amarillo de *Diesel*, una camisa blanca de *Oaktree* y

unos zapatos negros de *Yellow army*. Sofía estaba en bermudas y polo, eran de *New rules* y de *Polo*, aún no se había cambiado para la noche. Lucía un comienzo de bronceado. Había pasado el día en la playa con una prima suya de quien siempre hablaba y que conocería ese día. El sol daba los últimos toques al firmamento. Caminábamos. Me sentía desolado. Era de esos momentos en que te das cuenta cuán solo estás en el mundo. Un dolorcito en el alma. Duración: quince segundos. Descripción: el peor de los infiernos. La más espantosa de las muertes. Sofía estaba a mi lado, era lo único que poseía y no poseía, y además con la certeza de que tarde o temprano iría a reunirse con todos mis recuerdos. No existía la felicidad eterna. Pensé en mamita y en el nono y en cómo el amor no bastaba para salvarnos. Imágenes dispersas y dolorosas salían desde los bordes del alma y no podían volver a entrar. La pena y el sufrimiento escapan a todo cautiverio, escapan al olvido, escapan cuando uno menos lo piensa. Una lágrima corrió por mi mejilla. La sequé con el dorso de mi mano. No quería que Sofía me viese llorar. Eso era sólo mío.

Buscamos a una amiga de ella. Conversaron y recogimos un paquete. Ya de camino a casa de su abuela prendimos un bate. Sentado en la sala mientras ella se arreglaba para la cena. Un perrito enano jugueteaba a mi lado. Un animalito horrible. Parecía una rata mojada. Su prima pasó por mi lado. Un saludo. Una mujer bien rica. Grande y maciza. Me llevaría unos cinco años. Llevaba un shorcito que dejaba desamparadas unas magníficas piernas. La gracia era común. Entró la familia de Sofía. Sus dos hermanitas vestían la misma ropa en colores diferentes. Me miraron. Siguió la madre. Me regaló una sonrisa cortita. Me levanté para saludar al padastro y volví a sentarme. Me dejaron solo en la sala. Al rato bajó Sofía con un vestidito corto lleno de flores, era de *Liberty*. Y unos zapatos negros de *Bluemoon*. Dejamos la casa en busca

de unas cervezas. Nos metimos en un restaurancito. En el camino había estado saludando a harta gente. Jóvenes todos. Según me contó ella había vivido un montón de tiempo en ese barrio. Me habló de un antiguo enamorado que la debía estar pasando muy mal. Lleno de pena. Me amaba demasiado y lo dejé de un día para otro para estar contigo, dijo. Usos son del amor vencer y ser vencidos. La dejaba hablar. Qué podía decir. Cuando las mujeres hablan de sus antiguas relaciones son tan complicadas. Tenía experiencia en situaciones semejantes, y por otro lado nunca me han visitado los celos. Me informó que en la casa la única que sabía de nuestra relación era la prima buena, los demás no estaban enterados, ella prefería no decir nada. Todos querían un montón a su ex, lo conocían un montón de años. Ten en cuenta que le han cogido cariño y no es fácil que tú les caigas bien, dijo. No reclamé nada. Ese tema de las familias me importaba un pito. Un par de chicas con facha de rucas de barrio entró al restaurante. Saludaron a Sofía. Ella les hizo un gesto con la mano y las cortó. Dijo que fijo soltaban por todo sitio que la habían visto con un pata. Hace falta un poco más de tiempo. Siguió hablando.

Sofía quería un poco de coca para pintar su blanca navidad. Yo no conocía a nadie por ese barrio. Telefoneó a un fulano que distribuía por el barrio. Orgullosa de tener un amigo dedicado a la venta de tiros. ¡Esta juventud! La equivocada cultura de la droga. ¡Uf! Doble nueve. ¡Puuta, esta grifa está buena! Es scan, cuñao. Detestaba a esos drogadictos de alma corazón y vida. Por eso prefería a los pasteleros. Gente sobria, carajo. La droga es la droga. No es una tarjeta de presentación en sociedad, ni un estilo de vida audaz y descubridor. El pata no estaba en su casa. Regresamos a casa de la abuela de Sofía. Se quedó en que luego de la cena se haría otro intento. Me daba igual. La coca no excitaba mucho mi ser interior. Lo mío era el trago. Me encantaba estar borracho.

Llegó la hora y todo el mundo repartía abrazos y felicidades. Me encontraba un poco avergonzado representando el papel de joven inmerso en las buenas costumbres y en medio de desconocidos. La excepción era Sofía. En casa, cuando la tuve, las navidades eran una fiesta serena y elegante; no con la chabacanería con que solían cargarla en otras moradas. Le regalé a Sofía un arlequín de porcelana. Lo compré en una tienda de antigüedades de Miraflores. Ella me regaló un *Eternity* de Klein. Todos se sentaron a la mesa. Su madre intentó algunos chistes sin muchos resultados. Casi nadie hablaba. Terminó la cena y dejamos la morada.

Encontramos a Mimita, una amiga de Sofía. Compramos unas cervezas para ponernos de acuerdo sobre la blanca navidad. Sus contactos estaban de descanso. Recordé que en Magdalena tenía unos patas diestros en la cuestión.

Bombo no estaba en su casa. Agüeité por el barrio y ni rastro de él. Nos quitábamos hacia otro hueco cuando divisé al Gualas y al Murci. No te preocupes, dijo Gualas. Solucionado el problema. Me explicaron que ya estaban a tono y me propusieron ir a una fiesta en Jesús María. Murci remató la invitación con una risa salvaje y desordenada. Jalé a mis chicas. Nosotros pondríamos el trago y ellos los tiros. Más que fiesta era una chupeta. Nos emborrachamos y coqueamos sin compasión. Dejamos el sitio con destino a la playa para seguir con la juerga. Mimita se despidió en el camino. El ritmo era excesivo para Sofía y yoni. Mis dos patas reventaban mi resistencia. La conversación se puso cojuda y sin sentido. Mucha coca. Los dejamos en la arena frente a las aguas aplicándose los "últimos" tiritos de la noche, perdón del día. Hace rato que la luna se había ido a dormir.

Dejé a Sofía a un par de cuadras de su casa. Le di un beso y caminé hacia la Brasil. Tenía sueño.

13 SÓLO GARRA

El trago estaba por acabarse. Nadie se entusiasmaba mucho con quedarse a dormir en el cuarto de la Salmonela. Chavito y el Chino habían caído privados sobre la cama. Quedábamos en pie Bombo, Tortuga, Salmonela y éste su querido amigo. Salmonela nos contaba por enésima vez cómo hizo el robo de los mil dólares al centro de estudiantes de letras. Al Pitufu le brillaban los ojitos con cada palabra que iba soltando.

—Me quito —dije y solté un bostezo.

—Quédate a jatear, ya son las cinco —me señaló Salmonela.

—No. Quiero comer algo y arranco a la jato de mi embrague.

—¿Tienes hambre? Yo tengo un sevillano y gratis. —intervino Tortuga.

—Calla mentiroso. ¿De dónde vas a sacar un cebiche a estas horas? —le objeté.

—¿No me crees? —Miró al Bombo—: dile, Bombo, dile a este pavazo.

—Sí, que... una gente de *La Turba* ha hecho un sevillano en *La Huaca*.

—Ya me tienen cojudo con su *Turba* —replicó Salmonela
—¡Apágate oe! —dijo Tortuga—. A la firme, Rufo. Si
quieres vamos y luego te abres.

—¿No me estás toqueando?

—No, cuñao.

Salimos con rumbo a Magdalena

—A tres cuadras del mercado de Magdalena, jefe —le
dijo Bombo al taxista.

—Tres lucas, sobrino.

El taxi se cuadró frente a *La Huaca*. Bajó Tortuga, se supone que a traer dinero para pagar la carrera. Bombo y yo quedamos en garantía. Regresó con una mancha más brava que la mar brava. El fercho nos dejó bajar sin hacer ningún reclamo. Saludé a un par de puntas que ya conocía. Entramos a *La Huaca*.

El cebiche nos esperaba en la casa del Mono. El cielo ya estaba destiñendo ese azul casi transparente que se ve al amanecer. Aplacamos el hambre y nos pasaron unas cervezas. Seguí para adelante, ya estaba como nuevo. Me enteré de que se jugaba un clásico dentro de unas cuantas horas. Había una bronca pendiente con los *Genocidas*, y después querían agarrarse con los de *La Barraca* (en el segundo enfrentamiento los apoyarían *Los Sicarios de Saint John*. Por lo que sabía *Sicarios* era la facción más temida que tenía la barra crema y *La Barraca* eran los respectivos abanderados del mal para los aliancistas). Eso era asunto de Tortuga, Bombo y sus amigos. Yo lo que quería en ese momento era meterme en la cama con Hélene y tirar pestaña. Alguien armó unos clavos y me apunté en el grupo que salía a darles curso. En *La Huaca* te podías prender tranquilo, la police nunca iba a aparecer. Tenían miedo. *La Huaca* había ganado su buena reputación. Y no era para menos, bastaba dar una miradita. *La Huaca* no era otra cosa que una huaca prehispánica ubicada a unas cuantas

cuadras del mercado de Magdalena, en el cruce de Castilla con Huamanga. Dentro se había levantado una peculiar arquitectura. Unas cien familias tenían sus moradas en esa antigua tierra santa. Se le conocía como punto de expendio de buena droga. Encontrabas buen pay y coca decente y de regalo a los maleantes más temidos del distrito.

Tortuga me dio el alcance y comenzó a joder para que fuera al estadio con ellos. Un vacilón de la puta madre y una bronca buenaza, dijo. Tanto le daba a su labia que terminó por convencerme. Esperaríamos a los demás y de frente a la bronca. Me dio instrucciones de cómo comportarme. Qué debía y qué no debía hacer. La bronca sería entre dos grupos bien numerosos. Cada bando con unas cincuenta puntas. La people de *La Turba* se terminó de juntar a las nueve de la mañana. La cabeza me dolía por habérmela mandado de largo. Reconocí en la mancha al Negro Puño, a Chapulín, al Loco Siete y a Manrique jr. Lo primero que hicieron fue repartir las entradas. Después de eso pasaron revista a sus armas de combate. Discutían sobre el largo de las cadenas. Unos opinaban que eran más efectivas las cortas, otros decían lo contrario. También llevaban palos y fierros. Y unos pocos escogidos, lo que se conoce en la terminología policial como armas punzocortantes. Para evitar que me confundan a la hora de la acción, Tortuga me fue presentando a todos uno por uno. Ya me estaba llegando al pincho ir dando la mano. La bronca con *Genocidas* sería en La Marina a la altura del *Midway*. Los *Genocidas* se reunían en un corralón donde se arreglaban carros. La noche anterior los calichines de *La Turba* transportaron un buen número de rocones hacia puntos estratégicos de la Av. La Marina. Esperábamos al Químico para partir. Él era quien se encargaba de preparar las molotov. Llegó y emprendimos el viaje. Ahí me veían con ese enjambre de jóvenes locos a quienes lo único que les importaba era

destrozarle la cabeza a cualquier semejante. Decididamente unos excelentes proyectos de criminales urbanos. Sabía que dentro de poco la cosa se pondría interesante y peligrosa. No me desalentó el último detalle. La vida debe estar bien sazónada. Sus altos y sus bajos, aunque casi siempre tenía más de los segundos. No importaba, vendrían mejores tiempos. No hay que perder la esperanza. No pesa nada. Es ligera como una pluma, me aconsejaba mamá antes de desaparecer de mi vida.

Llegamos al lugar del encuentro. Era domingo por la mañana. Poca gente en las calles. Cruzamos la avenida. No había señal de los *Genocidas*, al parecer se les sorprendería. Unos diez caminábamos por delante; para desgracia o suerte mía, me contaba entre los de avanzada.

—Es cosa suave, ¿no, Bombo? —pregunté.

—Y que no tengas miedo, Rufo —me respondió despreocupado.

Tortuga discutía con Mono y Chapulín. Se ponían de acuerdo sobre cómo empezar la bronca. *La Turba* se separó en tres grupos. Unos regresaron al otro lado de la avenida cerca al *Midway*. Otro, un poco más allá, cerca a Universitaria. Y el tercero, nosotros, cerca al corralón. De pronto, los *Genocidas* salieron de su guarida. Un culo de gente, muchos más que nosotros. Yo paraba mi bronca, pero eso era una cuestión de aritmética. Chapulín se separó y les dio el encuentro. Escuché algunos insultos y él repartió el primer combo a un fulano. Inmediatamente todos mis acompañantes se acercaron y arrancó la acción. Los *Genocidas* eran más y nos hicieron retroceder; entonces los nuestros que estaban en Universitaria corrieron a apoyarnos. La bronca dejó de moverse y se plantó en un sitio. Me encontré dándole de patadas a un fulano que nunca había visto en mi vida. El resto hacía lo mismo ya sea con manos y pies o con palos, cadenas

o fierros. Vino más gente de *Genocidas*. Volvimos a correr. Uno de nuestros perseguidores que iba en la delantera resbaló y Puño, junto con un par más, retrocedieron para rematarlo en el suelo. Loco Siete le clavó un verduguillo en la panza. Los nuestros que estaban al otro lado de la pista cruzaron enardecidos por la sangre. Ahora era *Genocidas* quien retrocedía hacia su huarique. El Químico lanzó un par de molotov. La gente se veía un tanto maltratada. Los curiosos comenzaron a espantarse y corrían a protegerse. Las piedras acariciaban primero el aire y luego el rostro de algún desafortunado. Arrinconamos a los de *Genocidas* a la entrada del corralón. Mono y Chapulín dirigían a los más inexpertos en el arte de la guerra. A pesar de estar casi entre la espada y la pared, los de *Genocidas* seguían respondiendo con el mismo nivel de locura que traían sus atacantes. Tortuga y Manrique jr. golpeaban a un chiquillo que no quería soltar una mochila. Finalmente el dolor lo convenció. La abrieron y sacaron una banderola de los cagones. La desenrollaron, era inmensa. El Químico tiró otra bombita para asegurar la retirada. Los de *Genocidas* aflojaron. *La Turba* entera corría por la avenida con dirección a Sucre. De una de las calles laterales, sale un patuto y se planta en medio de la pista cortándonos el paso. Bajan un par de tombos, uno de ellos saca el revólver y dispara al aire, mientras que el otro aprovecha y agarra a uno de los más chibolos. La bronca había sido como un viaje exploratorio a zonas olvidadas de mi naturaleza animal. Una vorágine de terror y locura poseía a esos jóvenes. En ese momento, no existía el mundo, lo andaban buscando. Todos se avalanzaron sobre los asquerosos policías y a pedrada limpia se les hizo cruzar la calle. Las lunas del patuto quedaron reducidas a inmensos vacíos. El Químico sacó la última de su bolso y la arrojó dentro del carro. El fuego se extendió sin demora. El tráfico se detuvo y desde los carros

caras asustadas presenciaban la implantación del terror en su ciudad. Menos de quince minutos se requirió para sembrar las semillas del nuevo orden. Yo aún no me recuperaba de la bronca con *Genocidas* que terminó siendo el aperitivo del día. Corrí otra vez. La cabeza me daba vueltas, sentí que mi existencia era una suerte de acuerdo entre el embrutecimiento y el delirio. No quise pensar en mi breve viaje por la locura. Los actos salieron por sí solos. No me habían empujado, pero esa pequeña respuesta no me daba tranquilidad. A veces es tan difícil arreglarnos con nuestros pensamientos.

Me dolía la rodilla, sin dejar de correr la toqué. Sangraba y estaba hinchada. En la bronca, un negro me había estampado un fierrazo ayudando a un pata suyo al que yo le chancaba la cabeza contra el pavimento. A mi lado corrían los demás muy alegremente. Soltaban bromas y comentaban su hazaña. Faltando una cuadra para Sucre me escabullí del grupo. Doblé por una calle y dejé de correr. Caminé hasta un parque. Me tiré en el gras. Suponía que no lamentarían mucho mi desertión. ¡Qué chucha!, no estaba programado para labores de equipo. Sí, me gustó el correteo, pero como cosa propia. No compartía mi rencor contra el mundo de manera tan abierta y colectiva. Yo tenía una búsqueda. Búsqueda al fin y al cabo aunque no supiese lo que andaba persiguiendo. Y ésta debía ser hecha en solitario.

Clavé los ojos en la cúpula celeste y me prometí una vez más no tener una vida común y opaca como cualquiera de mis contemporáneos.

Esperé un rato a que el dolor se calmara y partí.

14 VOYAGE AU BOIT DE LA NUIT

La cama no dejaba de sonar con cada movimiento que efectuábamos.

El sudor mojaba nuestras pancitas y como un potente pegamento no permitía que no separásemos. Sofía colocaba mi boca en sus pezones. Me encanta que me los besen, me había dicho. Los metía en mi boca. Los mordía. Sacaba la lengua y la agitaba locamente sobre ellos. De pronto, nos quedamos dormidos.

Habíamos estado chupando toda la noche en varios lugares. Arrancamos con una amiga suya en Miraflores. Ahí fue un ron con *Coca Cola* y probamos una pipa de agua que tenía loca a Sofía. Una cojudez, lo que conseguí fue atorarme con el humo y toser como tuberculoso. Después caímos en el *Superba*. Un amigo mío festejaba la presentación de su novela —*Los eunucos inmortales*—. Particularmente me interesaba más su primera época. Lo seguí fascinado hasta *El escarabajo y el hombre*. De ahí decayó.

En su mesa no manyaba a nadie, todos eran demasiado viejos para Sofía y yo. Nos acomodamos cerca de mi amigo y apuramos a nivelarnos con las cervezas. La velada marchó

bien hasta que uno de los viejos molestó a Sofía. Mi muñequita era demasiado para los ojos de esos cochambrosos a los que ya no les funcionaba ni la lengua. Además, ella estaba arrebatadora en una falda gris larga con una abertura delantera muy generosa que dejaba al aire gran parte de sus macizas y espléndidas piernas. Era de *Gitano*. Ella no supo manejar la situación, a fin de cuentas era casi una niña. Noté que se incomodaba demasiado y opté por una retirada. Dejé escapar al viejo malcriado, no era momento para un escándalo. Y por último, Sofía debía aprender a cuidarse.

Lo único que hicimos fue cruzar la pista y meternos al bar del frente. Íbamos a sentarnos y alguien me pasa la voz desde el fondo del local. Achico los ojos para ver mejor. Una cara golpeada por el acné. Una mano que me indica acercarme. Una sonrisa en la que faltan varios dientes. Hubiera empezado con eso. Era mi brother Rayita. Nos acogió en su mesa. Estaba con un pata que editaba *El Chino*, un pasquín sensacionalista y reaccionario. Se realizaron las presentaciones del caso y arrancamos a conversar y a chupar. El pata de *El Chino* no tardó en dejarnos. Rayita me conversaba de pasadas malogradas y al primer descuido de Sofía me preguntó si tenía coca. Negué con la cabeza y con una seña le dije que hablase con confianza. Mi acompañante no se hacía paltas.

—No tendrás unos tiritos —le preguntaron a Sofía—. Ponte unos y me pongo las chelas toda la noche.

—Lo que tengo es yerba —contestó Sofía.

—¡Con la lechuga no pasa nada! —Rayita poseía uno de los C.V. en drugs más sólidos de la Lima señorial. Y la grifa había sido ejercicio de aprestamiento en el jardín de infantes para este jugador—. Pero sabrás dónde venden por acá cerca.

—Cuando compro lo hago en el Callao. Conozco un pata que te da una buenaza...

—No seas loca, chiquilla, de San Isidro al Llauca mucho trámite —la cortó Rayita—. ¿Y tú? —me preguntó.

—Lo mismo, nada cerca. —Pensé un momento—. Se podría ir a la calle de las pizzas. Le pasamos la voz al mozo del *Tockyn* y hecho.

—Buena voz. Acabamos esto y zafamos.

En *Miraflowers* computamos de la buena para Rayita y escogimos el *Nautilus* para continuar la juerga. Escogí el lugar por tres motivos. Es tranquilo y discreto. Los mozos son de lo más ridículos: el cubano —un cabrazo que se las quiere dar de hombre— y el hijo de Drácula —uno que siempre viste con ropa entallada de color negro. Y la música, quería deleitar a mis oídos con una dosis de música disco; *Nautilus* era lo indicado en este tercer punto. Me acerqué al discjockey y le pedí que pusiese todo lo que tenía de *Village People*. Este sexteto nació a finales de los setenta en la loca Niuyolk. Todos sus integrantes se distinguían por una cualidad en común: eran los gays más encantadores del panorama musical. Cualquiera se acuerda del Indio o del Motociclista. Sus canciones fueron hechas para triunfar en las agitadas pistas de baile de las discotecas. Conquistaron miles de corazones con temas como *Can't stop the music*, *In the navy*, *Macho man*, *Y.M.C.A.* (ésta, entiéndase mejor en su fonética: guayensiey). *Village People* se dio una vuelta por el Perú a comienzos de los ochenta y ofrecieron un concierto en un teatro de *Lookingflowers*. Concierto muy comentado en esos años por dos razones. Primero porque nunca venía un grupo extranjero. Y segundo por la hazaña del Indio. Se cargó en peso a Sonia Oquendo agarrándola de las nalgas. Siempre que escucho sus canciones me acuerdo de mamita. Fuimos juntos al concierto. En la puerta del teatro me compró un algodoncito de azúcar. Teníamos entradas en primera fila. Mamita era amiga del dueño del teatro. Hoy en día es tan raro

escucharlos. Ni siquiera en *Gitano*, aunque en verdad qué se puede esperar de semejante antro de depravados. No les puedo exigir que conozcan a *Village People*. La música disco y el glam los remite a arrumacos en el baile y punto. Esas locas sólo se ocupan de cuántos días a la semana van al gimnasio o de si ya empezó a caérseles el pelo. El encanto del glam es chino para ellos. El glam es Gary Glitters, *Roxy Music*, Marc Bolan, el caprichoso de Bowie, los *New York Dolls*, *The Sweet*. Qué buena música y no las atrocidades de hoy. No hay armonía. Ni glamour. Ni talento para ser más exactos. Felizmente que me preocupé desde temprana edad por mi cultura musical, sino qué sería de mí. Empapándome el cerebro con ese alud de bandas que en nombre de la originalidad destrozan los principios básicos de la melodía. O peor aún, tener que soportar el creciente auge de la escena roquera nacional (made in Lima —soy roker). Amigos míos, soy de placeres cultivados y no soporto cualquier combinado melódico. ¡Caramba!, estamos hablando de arte. No vayan a creer que estoy en contra del rok, me gusta el rok pero cuando es rok. Pienso que basta con *The Clash*, *Ramones*, *Sex Pistols*, *Black Sabbath*, *Agnostic Front* y Rod Stewart (aunque se le chorrea el helado no tiene que ver con el glam, más bien con el whisky). En mi maltratada ciudad escojo a *Eutanasia*, *Kranium*, la guitarra de *Cachorro* en cualquiera de sus proyectos musicales y Patricio Suárez Vertiz. Las cosas se dicen de frente o mejor no se dicen.

—Rayita es Chauchilla el datero —le informé a Sofía. Rayita movió la mitra negándolo.

—Yano, yano. Y a pasaronesas épocas. Ahora trabajo en *Crack*.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía. No entendía nada de la charla y yo andaba muy ebrio para ir explicándosela.

—Un periódico deportivo —dijo Rayita—. Y gano mil dólares.

—¿Y quién te preguntó? —le respondió Sofía.

—Cómo te pones, flaca —Rayita se decepcionó. No habíamos apreciado su éxito—. Te cuento nomás.

Sonaba la ya mencionada *In the navy*. Subimos a bailar a la mini pista de baile del *Nautilus*. Cuando estás lo suficientemente borracho y te metes a tirar ritmo en esa pista, que por el tamaño más parece una mesa de ping pong, tienes la impresión de que la pista gira bajo tus pies y lo más extraño es que piensas estar mareado por las vueltas y en realidad el mareo te viene del trago que has estado chupando. Le había comentado a Sofía de la pista giratoria que se manejaba el *Nautilus*. Esa noche me metió un puñete por mentiroso. Detesto que me engañen, dijo.

Sin darnos cuenta, amaneció. Rayita quería convencerme de que choteara a Sofía y nos fuéramos a fumar pay en el cercano Sullorqui. No tenía que preocuparme, él estaba con plata. Ganaba mil dólares. No dudaba de que se reventase el sueldo entero en lo que lo traía loco. Le dije que no podía. Rayita reclamaba. Mujeres sobran, dijo. A toda costa pretendía que lo acompañe. Agarré a Sofía de la mano y lo dejé hablando en la puerta del bar.

Nos despertaron unos desafinados gemidos provenientes del cuarto del costado. Sin nada de trago encima veías que el hotel era una pocilga. Las paredes eran de madera. El cuarto excesivamente pequeño, no dabas un paso y chocabas con los muros. La cama seguía sonando aunque no te movieses encima de ésta. Nos vestimos y dejamos el cochino cuarto que nos acogió. En la calle, un sol de los mil diablos. Se había acabado el dinero y además ya no estaban Rayita y sus mil dólares.

15 CONFESIONES

Esa noche nos quedamos en casa. Veíamos *Return of the living dead III* dirigida y producida por Brian Yuzna. Era la quinta vez que la veía. A mi juicio, una sólida muestra del gore norteamericano. Me trastornaban las nociones de mortalidad e inmortalidad manejadas en esas películas. Los muertos jamás encontraban la paz del sepulcro. La muerta viviente sadomasoquista lucía muy provocativa. Yo estaba burrito y eso que había estado tirando con Hélene. La muerta se llamaba Julie en el film. Tenía diecisiete años. Una historia de amor con un alfeñique llamado Curt que no le llegaba ni a los talones. Y un impulso incontrolable de automutilación, sadismo y hambre de cerebros que se apodera de ella al ser revivida con el gas trioxina. Su pinta se asemejaba a los malditos demonios de *Hellraiser*. Sus largas piernas con tajos recién abiertos, y el resto del cuerpo clavado de vidrios, fierros y púas. La escena en que se come los labios de una chica es so nice! El maquillaje de Steve Johnson merecía por lo menos un Oscar de la Academia. La sangre chorreando de los cuerpos desviscerados o haciendo burbujas en alguna garganta cercenada. El terror en el cine es un regalo de los

dioses hecho a los tontos mortales. Las escenas de sexo entre posesos, sucubos, incubos, demonios o otras criaturas del averno con los habitantes de la tierra son tremendamente eróticas. De hecho que el horror pasa a un plano lejano y brumoso, y lo que adquiere plena vigencia es esa conducta sanguinaria y cruel mostrada por los personajes. Es una estética de la noche oscura. Lo inesperado sale a escena a devastar a quien se ha osado convocarlo. Sangre. Sadismo. Nada de sobriedad. Son las características imprescindibles de estas modernas obras de arte.

Hélène se fue por algo de comer. Yo pegado a la película. No tardó en regresar. Me dio un pedazo de pizza. No podía quejarme, me iba de maravillas con esta muchacha. Ella tenía una cualidad escasísima en las mujeres: inteligencia. Y como si fuera poco, era preciosa. De verdad, preciosa. Consiguió que le agarrase gusto desde el primer momento en que apareció frente a mí. Me convenció su entrada, aunque siempre es así, ellas tienen que mandarse con la suficiente audacia. El día anterior habíamos salido de compras. Hélène se trajo un vestido de hule rojo de *Sedittionares*, un top negro lleno de greviches (lo compró por sugerencia de su solícito amante) de *Charvet*, unas botas negras de *Sketchers* y unas medias a rayas turquesas y blancas de nylon hasta la rodilla de *Basta*. Yo cargué con un pantalón azul tormenta de *Klee*, un polo negro pegado al cuerpo de *Free Spin* y una correa de cuero de cocodrilo de *Virgina Masias*. Fueron obsequios de Hélène. Al principio, me sentí incómodo por la atención, pero el malestar me abandonó rápidamente. De dónde sacaba el dinero para mantener el ritmo de vida al que estaba acostumbrada, era un enigma. Siempre gastaba y gastaba. Su apartamento era fabuloso. Ni qué decir de su guardarropa. Parecía que fuesen a hacer un desfile de modas de la vanguardia londinense. Su gusto en el vestir era atrevido y sensual.

Algo digno de elogiar en cualquier dama. Cuando se ponía sus vestidos cortos me recordaba a Sofía. Varios meses que no sabía nada de ella, desde esa tarde en que me dejó tirado con mis penas. Ahora sólo habitaba mis recuerdos. Extrañaba sus rizos y esos muslos tan ricos que se manejaba.

—¡Ay!, por fin acabó ese espanto —habló Hélene.

Ella estaba intranquila. Se movía desordenadamente por el dormitorio.

—¿Pasa algo? —pregunté.

Me miró y apagó el televisor.

—Tengo algo que decirte.

—Te escucho, bonita.

Se quedó callada por un largo rato. Únicamente se limitaba a mirarme.

—¿Te has preguntando de dónde saco tanto dinero?

—Supongo que tienes un magnífico sueldo.

—No estoy bromeando, Rufo. ¿Acaso piensas que una fotógrafa gana tanto?

—No lo sé.

—Mira. La verdad es que no sólo trabajo de fotógrafa. Eso es una pantalla. También lo hago para un servicio de acompañantes. Chicas hermosas para quien pueda pagarlas.

—Cogió mi mano. La apretó con mucha fuerza y agregó:

—En palabras más simples, soy una puta. No creo estar orgullosa de ello, pero tampoco es una carga insoportable. Por ahora no voy a dejar de hacerlo. —Soltó un suspiro como si estuviese cansada por una rutina de ejercicios—. Quería que lo supieras, no era justo ocultártelo.

Me serví un vaso de *Capitan Morgan*. La miré a los ojos. Un breve espasmo en mi interior. Hice el movimiento aquel que indica un brindis y dejé correr el ron por mi garganta. Las palabras estaban de más. Estiré mi mano para acariciarle esa carita tan pálida y atrevida que me traía loco. Mi sincero y

apasionado elogio to a love of a dame. H elene apagó su *Winston light* en el cenicero. Se sentó en el filo de la cama. Y tomando aire me pregunt :

—  Y qué vas a decirme de ella?

—Se llama Sofía. Peleamos de una manera tonta e infantil y dejó de verme. Ya es casi un año que no s  de ella.

—  La extrañas?

—Se quedó en los recuerdos. Creo que yo no encajaba con sus expectativas.

Cogí otro *Winston light*. También cogí fuerza. Era doloroso hablar del pasado. Una grieta imperceptible se abrió en mi corazón. La vida, esperamos cosas tan distintas de ella. Sofía escogió y yo me march  con mi tristeza.

—En nuestro último encuentro trat  de matarme. —Hice una pausa—. Es decir cogí una pistola y disparó, no s  si lo intent  o era sólo un susto que quiso darme.

—Sabes, hace unas noches dijiste su nombre mientras dorm as.

—Estaría soñando. —Me sent  incómodo. Después de todo no era muy agradable la escena—. Cre  que no estábamos hechos el uno para el otro.

—Bueno, el amor es cruel,  no?, pero hasta lo más hermoso se olvida. Los recuerdos son como fotografías de nuestros sentimientos, sirven para dar una mirada atrás y ofrecernos melancolía cuando el día es triste.

—Tienes razón.

—Pero ya es hora de dejar esta charla tristona. Vamos a darnos un baño,  te parece?

—Me parece perfecto, señorita tentación.

Camino al cuarto de baño H elene se fue desvistiendo. Un cuerpo de país de las maravillas. Ella me miraba y reía. Yo cómo no iba a mirarla, si poseía a la hembra más linda y pura que se podía encontrar en mi madre Lima.

16 WHEN THE CAT IS OUT OF HOME, THE MOUSE IS THE KING

—Aló, ¿Sofía?

—Hola, mi amor. —Su voz me sonaba como canto de angelitos—. Ven para mi casa. Te invito a almorzar.

—Me da vergüenza por tu familia. Mejor como algo en la calle y voy.

—Estoy sola. Se han ido a la playa. Regresan mañana por la tarde.

—Si así es la cosa, en una hora estoy allá. Chau.

Colgué el teléfono y me sumergí en la tina. Tomé unas burbujas para el baño de *Rembrandt*, en el frasco decía que estaban hechas de colágeno y aceites naturales. Apachurré el frasco hasta que no quedó nada dentro. Cogí una esponja y me froté con fuerza todo el torso. El movimiento frágil y voluminoso de la esponja sobre mi piel me excitaba. Encontré una cápsula de vitamina E para la piel, las recomendaban para el cutis. Reventé cinco y me las apliqué en el rostro. Se me fue la mano, la piel estaba muy grasosa. Perdí tiempo al volver a enjuagarme. Me coloqué unos calzoncillos de *Adidas*. Bajé a la cocina. Abrí el refrigerador y saqué un pomo de yogurt. Lo bebí de la misma botella, para qué iba a ensuciar un vaso.

Me parecía una pérdida de tiempo. Agarré un pedazo de queso y lo deslicé hacia adentro.

Estaba en casa de Fifi Dextre, quien había salido de viaje a un festival de cine erótico africano en Holanda. Lo traía loco ese tipo de arte. Mientras duraba su ausencia disfrutaba las comodidades de su casa.

Terminé de vestirme. Me decidí por unas bermudas a cuadros de *Náutica*. Un polo negro con un estampado de un bebé gruñón de *Efetus* (industria nacional), y unas zapatillas negras de *Topaia*. En la mochila metí otras prendas para la noche. Un jean desteñido de *Canal* y una camisa verde de *Marithe Girbaud*.

Sofía esperaba impaciente. Eso me alegró. Subió a tope mi alegre autoestima. Un refuerzo diurno para el ego. Aspiré hondo. Me felicité en silencio. Le di un beso y la cogí del culo. Claro que suavemente, no tenía por qué correr. Ella llevaba un shorcito a rayas de *Guess* y un bvd rojo de *APC Cotton*. Iba descalza. Unos ladridos se oyeron en el fondo de la casa. Una mata de pelos negros se plantó frente a mis pies ladrando desquiciadamente. Me dijo que era Jessy, su perra. Una fox terrier, agregó. Repasé mis sólidos conocimientos sobre razas caninas y dudé que "eso" fuera una fox terrier. El pedigree no lo tenía ni en los sueños de su ama. Me advirtió que mordía a los desconocidos. Con tanto ladrido era fijo que no pasaba de ahí. ¿Acaso no recuerdan el refrán "perro que ladra no muerde"? Y si muerde, se le revienta a patadas. Felizmente bastó con mi sex appeal y lo oloroso que venía (usaba *Excess* de *Paco Rabane*) para conquistar a la mascota de mi amada. Le ofrecí la mano y me la llenó de babas. Un par de cariños y todos contentos. Lo que hace el amor, amigos míos.

Almorzamos. Sofía quería descansar un poco. Las labores en la cocina la habían agotado. Subimos al cuarto de su madre a ver teve. Me tiré en la cama. Agarraba una almohada cuando me advirtió que no la tocara, pertenecía al cholo de su padrastro. En cierta forma se disculpó porque el marido de su madre fuese indio. Se apellida Waman, dijo, y se sonrojó con una vergüenza estúpida que no sé de dónde salió. A Sofía le mortificaba el simple hecho de tener un padrastro demasiado peruano. Yo la escuché y me reí. No había nada que discutir. Los cholos tienen el desprecio colectivo en el Perú, incluso el de ellos mismos. Esto es muy complicado. La raza es intrascendente y no determina nada en absoluto. Si bien es cierto que un cholo puede ser apestoso o espantoso es porque ese individuo en particular tiene esas cualidades y no toda su especie. De igual manera puede haber un japonés apestoso o un gringo espantoso. Pero regresando a lo nuestro, confieso que no debe ser nada grato tener entre tu parentela un sujeto apellidado Waman. Jugadas del destino, les diría yo.

La teve nunca atrajo nuestro interés y decidimos dedicarnos al simpático uno dos sobre el lecho de su progenitora. Al pie de la cama, la perra nos miraba con ojos ya acostumbrados. Le tiré un almohadazo. No aguanto a los fisgones. El olor de otros cuerpos se sentía en las mantas. Para apartarme de esos olores desconocidos metí la cabeza entre las piernas de Sofía y aspiré profundamente su olorcito a mar de semana santa. Metí la lengua entre los labios y lamí ese líquido pegajoso. Le di un rato al sexo oral. La puse boca abajo y arrastré mi lengua por su espalda. Seguí bajando y llegué a las nalgas. Ella se inquietó, pero no presentó queja. Besé las nalgas y apliqué unos mordiscos. Por mi parte, yo estaba tremendamente estimulado. La tenía grande y dura. Traté de separarle las nalgas para tocarla por dentro. Ella se sacudió

como una yegua salvaje y giró dándome la cara. "Oye" fue el comentario. Me besó con toda la boca usando la lengua y me empujó contra la cama; se colocó encima y cogiendo a mi muchacho se lo metió. Dio un suspiro y comenzó a moverse. Estiré mis manos para agarrarle las tetas. Las apreté y miré hasta el fondo de sus ojos. Su mirada me aturdí, me ponía en órbita. Su color miel y la forma en que caían los párpados, como la mirada de la Inmaculada Concepción en las iglesias. Esos detalles le conferían un sesgo atemporal y eterno. Podías clavarte en esos ojos y pasarte la vida entera bajo su hermético encanto.

—Mi amor. —Ella se movía. Su voz era sólo un jadeo—: Mi amor...

—¿Qué pasa, pequeña? —cerré los ojos al soltar mis palabras.

—¡Te quiero taanto!

Sofía fue al baño. Me quedé en la cama, jugando con el control remoto de la teve. Chequeaba los programas. Apagué el aparato al verla regresar. Se echó a mi costado y se mira en el espejo (sin levantarse).

—¿Por qué me agarrabas el poto de ese modo? —preguntó sin apartar la vista del espejo.

—Se me ocurrió. —La miré en el reflejo. Entre mis dedos enrosqué uno de sus bucles—. Me dieron ganas.

—No me gustó. Es tan raro. —Se quedó callada un intervalo de tiempo justo como para darle al asunto un aire trágico, y entonces soltó el remate—. Son cosas sucias.

—¿Sucias? ¿A qué te refieres con sucias? —ya sabía por dónde iba el reclamo—. No creo que haya nada de sucio en lo que se ha estado haciendo.

—Querías metérmela por atrás, así lo hacen los maricones y los pervertidos.

—Si necesitas clasificarme lo dejo a tu criterio.

La conversación me desagradaba. Prefiero una chucha estrecha que una mente estrecha. Sin embargo, oculté mi enojo. Otra vez echémosle la culpa al amor.

—No sé —respondió Sofía—. Y además estamos en mi casa. Tirando en la cama de mi vieja. —Recién me miró a la cara—. Me siento culpable.

—¿Culpable? —me sorprendí—. Ten en cuenta que únicamente hablamos de sexo. Piensa con cuidado, muñequita. Si te desagrada cómo te toqué, lo tendré en cuenta.

—Olvidalo, son cosas mías. —Quebró las cejas en un intento de darle madurez a sus palabras. Y además, de hecho que eran cosas tuyas; únicamente tuyas.

Me levanté de la cama. La cogí entre mis brazos y la llevé hasta su cuarto. Abrí un álbum de fotografías y esperé a que las aguas volviesen a su cauce.

Faltando poco para las diez salimos de su casa. Haríamos un tour por varias discotecas gay de la city. Se arrancaría en el centro con *Sagitario*. No tuvimos problemas para entrar. El trago era baratísimo. La música no pasaba de *piel morena* de Thalia y harto techno dance. Bailamos un par de canciones y dejamos el lugar. Sofía se veía muy sexy aquella noche. Se había puesto un vestido verde agua con cuadritos blancos, muy corto de *Unitryb* y unos zapatos negros de *Parahoot*. Bajo el vestido se marcaba un calzón delicioso incapaz de contener las nalgas de mi amada. Fumábamos un bate trepados en una de esas casetas que utilizan los sucios polis para controlar el tránsito.

Estábamos stone.

Un carro con lunas polarizadas se pasó la luz roja. Sofía hizo con las manos como si le fuese a disparar. El carro se detuvo. Bajaron una de las lunas y un tipo sacó una pistola real con mira infrarroja y le apuntó a mi bella policía. Se escucharon risas en el carro y arrancó. Sofía se puso verde por

el susto. Yo no me hice paltas. Ya había sido encañonado en más de una oportunidad y al menos en un par con la pistola pegada a mi cabeza. Suponía que los fulanos del carro jugaban o algo así, aunque claro mi hipótesis no garantizaba que una bala no se les escapase.

—Necesito un trago —dijo Sofía recobrando el color de sus mejillas—, y larguémonos del centro.

—Estoy de acuerdo.

Conseguimos un par de sitios en la barra del *Perseo*. Ella iba por el segundo vaso de *Chivas*. Yo pedí otro vodka tonic. Esta discoteca no era muy agradable. Casi me peleó con un cabro levantador de pesas. El tipo se burlaba del poto de Sofía. Pidió disculpas y las acepté, a fin de cuentas estaba en su ambiente. No reconocí a nadie en *Perseo*. Un compacto número de tías agarraban en la pista de baile. Esas lesbianas eran viejas y gordas, mejor se les veía a los cabritos. Le tiré ojo a uno de unos dieciocho años que llevaba un polo rojo, de esos que se ajustan al cuerpo, con una inscripción que decía "soy el primero en la lista del amor". Se le podía hacer el favor al chiquillo.

Ya era tarde. Fuimos a la *Super Rueda* por unos tacos. Sofía pidió uno vegetariano. Yo preferí un sandwich de chorizo con un río de ají y ketchup. Unas fulanas me saludaron. Me hice el tercio. No quería ponerme a dar detalles de quién era quién en la *Super Rueda*. A las muchachitas les dediqué una sonrisa coqueta y la agarré con mi sandwich. Sofía preguntó de dónde las conocía. Le dije que no me acordaba. Uno ve tantos rostros, dije. No aparté los ojos de mi sandwich y eso bastó para despistar al enemigo. Ella cogió una servilleta, me limpió la mejilla (sucia de ketchup) y me exigió que comiese con delicadeza. ¿No tienes modales?, preguntó.

—No tengo, muñequita. Soy un lobo hambriento —respondí enojado.

Sofía se quedó callada. Acabó de comer y dijo que quería irse a dormir. Salió con el estúpido razonamiento de que aunque no hubiese nadie en su casa no podía regresar tan tarde. Lo hacía por un compromiso personal. Ya sabes: cuando el gato no está en casa el ratón es el rey, dijo. Eran las 2 y 30. Si su moral la mandaba ir a dormir, buenas noches, mi amor. La embarqué en un taxi y regresé a la *Super Rueda* a empatairme con el par de chicas que dejé abandonadas.

Mi corazón se sentía libre y al vuelo como una bandada de aves surcando el firmamento.

17 CONTRA EL TRÁFICO

Durante días le estuvimos dando a los ensayos. Lo que me llegaba al pincho eran los benditos calentamientos. Corriendo. Saltando. O doblando el cuerpo de modos inimaginables. Aunque cuando los ejercicios requerían que fuesen hechos entre dos procuraba pegarme a cualquiera de las actrices. Casi siempre elegía a Mirsa o a una china que tenía un cuerpo espectacular. Unas tetas paraditas, una cintura inexistente y un culo que se movía como alas de golondrina. Después de esos movimientos propios de un frenopático empezábamos con los textos. Aquí la cosa mejoraba. Ensayábamos con un libreto escrito por un colectivo dark gay de Amsterdam. El libreto contaba la historia de Totito Broy, un muchacho latino que se manda de ilegal a los yunaited y llega a N.Y. Una vez que está en la big apple le suceden un montón de peripecias. Comienza con un apresurado viaje por los caminos del sexo. Totito Broy iba feliz y contento con su vida de latino esclavizado hasta que una noche cae en una discoteca gay, característica que él desconoce. En la barra conoce a una chica y se computan. La chica era un sueco que había cambiado de sexo hacía un par de años. Van a hacerlo en el baño. Cuando

Totito Broy levanta la provocativa minifalda de Nirvana y mete fierro a fondo se da cuenta de que esa vagina es sumamente incómoda. Totito Broy le pregunta a Nirvana por qué tiene una vagina tan rara. Nirvana, que se ha enamorado a primera vista de Totito Broy, le cuenta su historia. El sorprendido Totito Broy da marcha atrás y le dice que no le entra a esa cosas, que él es un muchacho de lo más normal. A estas alturas del partido, jugador. En eso se abre la puerta del baño. Un puño noquea a Totito Broy, éste pierde el sentido y queda tirado en el piso. Un encapuchado destripa en un dos por tres a Nirvana. Cuando nuestro desafortunado conocido despierta encuentra el cadáver de la que pudo haber sido su amante. Para empeorar las cosas entran al baño dos transexuales amigos de Nirvana. Uno de ellos da un grito y el otro que tenía la cabeza más fría por haber sido guerrillero con el che en Bolivia coge a Totito Broy del cuello dispuesto a ahorcarlo. Pelean. Totito Broy logra escapar de la discoteca. Se inicia una persecución. La policía de N. Y. lo ha identificado por declaraciones de los testigos. Tienen su fotografía y la transmiten por los noticieros. Se le presenta como el sicópata que había estado aterrorizando a todos los gays de la ciudad. Lo acusan de veintiséis asesinatos y se ve convertido en un serial killer con todas las de la ley. Totito Broy no conoce a nadie en la ciudad y sabe que si se entrega no le creerán. Es latino e indocumentado. La única solución es alterar su aspecto para que no lo reconozcan. Se viste de mujer y decide buscar al verdadero asesino. Recuerda que el asesino tenía tatuada la frente. Una estrella invertida de la que salían las cabezas de dos dragones. Emprende la búsqueda por las ubicaciones más sórdidas y agitadas del N. Y. nocturno. Tiene que ingeniárselas para deshacerse de los tipos que pretenden levantárselo. Un trabajo difícil. La persecución de la policía no cesa. Él está desesperado. Conseguir dinero es

el problema número uno. Ha perdido su empleo como lavaplatos en un restaurante de comida italiana y un cachuelo como modelo de postales eróticas. Su moral va por los suelos. Una noche mientras busca un hotel barato donde pasar la noche se da cuenta de que alguien lo sigue. Sin embargo cada vez que voltea no ve a nadie. Al pasar por una calle oscura es arrinconado contra una pared. Trata de defenderse, pero no puede. Una mujer de rostro muy blanco y pálido lo tiene sujeto. Ella posee una fuerza descomunal, ni los antiguos logros de Totito Broy como levantador de pesas pueden ayudarlo. Siente un dolor inmenso en el cuello y es lo último que recuerda claramente. Luego sólo hay visiones borrosas y confusas. Arrodillado muerde la muñeca de la mujer y bebe su sangre. Cuando despierta está encerrado en un ataúd. Golpea la tapa tratando de salir y ... Hasta ahí nomás llega la historia.

Los autores del libreto fueron apresados por prácticas satánicas y canibalismo. El libreto fue impreso por un librero porno alemán y se convirtió en un suceso editorial.

El guión de la película lo traería el propio Kurry. Faltaban dos días para su arribo. Entonces comenzaría el trabajo de verdad, nos dijo Paquita Lamborghini. Cada uno tenía ya su papel escogido. La elección la había hecho el propio Kurry al ver las grabaciones.

Entre todos los actores no pasábamos de las diez puntas. Mirsa; la china, que se llamaba Karin; Visor, que también fue escogido; Chuto, un cholo apestoso que no dejaba de decir que era de *Yugascani*; Mónica, la chica de pelo a lo garzón; Luna y Matilde, dos gemelas y las más jóvenes del equipo, tendrían unos doce años; Tony Veneno, un enano que habían conseguido en un circo (por lo feo me recordaba a Visor); Eusebio, un viejo de pelo canoso; y Rufo, su atribulado amigo.

La llegada de Kurry ocupaba por entero el pensamiento de todos nosotros. En las conversaciones se trataba de adivinar qué papel le correspondería a cada uno. Los más desaforados y audaces rumores corrían de boca en boca los últimos días de entrenamiento. Se hablaba de una historia en los andes. Un arqueólogo en busca de unos pergaminos secretos y esa típica farsa de conocimiento recobrado a lo *Celestine prophecy*. Casi todos desechamos esa versión salvo Visor y Chuto que eran sus propulsores. Otro rumor era la de un muchacho golpeado sin piedad por el destino que tras innumerables sufrimientos inicia una carrera repleta de triunfos, pero oculta un pasado nada claro. Es un despiadado arribista capaz de hacer lo que sea para alcanzar sus metas. Eso podría ser opinaban algunos. Y la última versión era que el tema de la película iba a ser un grupo de jóvenes reventando por las calles de su ciudad. Sexo juvenil. Un poco de drogas suaves. Algunas peleas. Y un final escéptico. Esto me sonaba a mala literatura peruana joven.

—Esta noche en mi casa. —Era Mirsa.

—¿Qué cosa? —pregunté.

—Celebramos. Le he pasado la voz a unos cuantos. No vayas a fallar.

—Voy, no te preocupes. ¿Puedo llevar a Visor?

—¡Agg!, bueno. —Mientras manteníamos el diálogo no dejaba de acariciarse el vientre. Eso me excitaba—. ¡Sin parejas!, por si acaso.

—Como ordenes, amiga mía —respondí sin ningún remordimiento. Una cosa es el amor y otra el sexo.

Visor y yo llegamos a casa de Mirsa previa sazónada en Quilca. Tuvimos que deshacernos de Willy Trago y de Roy Vañez que querían acompañarnos a toda costa. En un descuido de nuestros compañeros de mesa la picamos hacia Wilson. Mirsa vivía cerca del Olivar. Desde fuera parecía estar buena la jarana. En el equipo sonaba *Sex machine* de *Twentyfingers*.

Moví un poco las caderas para irme acostumbrando al ritmo dance. Visor movió la cabeza. Soltó una carcajada. Tocó la puerta.

La casa estaba repleta. Los que conocía estaban dispersos entre los que no conocía. Mirsa se acercó a saludarnos. Como ya les dije, los desconocidos eran mayoría. Mirsa me presentó a unos cuantos tipos. Harta gente del ambiente artístico e intelectual de la city, aunque claro en su version light y aburrida. Éste es Bobby Devils que está dirigiendo *Macbeth* en el *Británico*, y éste es Julius, ha escrito *Nocturna* y *locap* por *los gatos de cola larga* y también colabora en *Somos*. (¡Oh!, cuánta mente brillante! Dios, me siento tan disminuido). Y ésta es Marcela, baila en *Cuerno de vaca*. Apenas pude me aparté de toda esa tribu de gente sensible, delicada y talentosa. Así los veía mi adorada Mirsa. Yo únicamente veía un conjunto de sujetos que querían borrar de sus existencias el hecho de ser gente simple, sin ningún talento maravilloso; y que pensaban que con el arte iban a conseguirlo. La cosa no era tan fácil. Ya tenía bastante en mi vida diaria como para seguir soportando tanta estupidez.

Me acerqué a Mónica que conversaba con Visor. Me serví un trago y alegré en algo mi noche. Mirsa bailaba con un pintor que tenía fama de ser una loca coprófaga. Mirsa estaba preciosa. Llevaba un smoking negro de *Liz Clairbone*, una camisa delgadísima de seda blanca de *Victoria's secret* y unos zapatos rojos de *Dr. Martens*. No parábamos de cruzar miradas y sonrisas. Definitivamente la noche terminaría con nosotros dos haciendo lo que el pudor y las buenas costumbres critican. Era cuestión de esperar y no perder la calma.

—No puedes pensar en otra cosa —dijo Visor al darse cuenta del juego que traía entre manos.

—No seas envidioso, cada quien a lo suyo. ¿Qué puedo hacer contra mi destino?

—¿De qué están hablando? —Mónica entró en el diálogo.
—Parece que Mirsa y Rufo se van a conocer mejor esta noche —respondió cachoso Visor.

Yo me reí y me serví otro trago. Había un *Something special* que me coqueteaba desde el bar. El whisky me ponía melancólico, me hacía recordar a Sofía. Tanto tiempo sin saber nada de esa preciosura.

—Hasta donde sé tienes enamorada, ¿no? —Mónica se indignaba sin razón justificada—. ¿O me equivoco?

—Cálmate muchacha. Es asunto mío.

—Y Mirsa sabe. También es asunto suyo.

—Tu querida amiga está al corriente de todo. Córtala ¿quieres?

Mónica bajó el volumen de su mal humor y comenzó a conversar con Visor de la exposición de Tola. Visor repetía con descaro las apreciaciones de mi alejado amigo Resina sobre la plástica del artista. Se fue aflojando la tensión. Mónica y yo nos dimos un abrazo y se olvidó la discusión. Ella me deseó suerte. Le dije que no la necesitaría. Todo está listo, criaturita. Ella rió y me lanzó un puñetito en el estómago. Ni lo sentí. Mis abdominales ya parecían piedra. No por gusto eran mi primera preocupación al despertarme. Nunca bajaba de cinco series de cien.

Mirsa se acercó y me dijo que quería enseñarme algo. Cogió una botella de whisky, una cubeta de hielo y un par de vasos y me arrastró escaleras arriba. Dentro de su dormitorio se quitó el saco y vi todo ese cuerpo. Unas tetas perfectas y su gloriosa pancita. Se le dibujaban los músculos y eso me volvía loco. Nos sentamos. Prendió la teve, un *Sony* de veintinueve pulgadas, y el vhs; me enseñaría la grabación de una actuación suya con un grupo de teatro danza. Corrió la cinta y la vi ahí en esa pantallita sin nada de ropa recitando unas palabras que aún hoy no recuerdo. Me empujé todo el

whisky que tenía en el vaso y desvergonzadamente me toqué la pinga. Se estaba poniendo dura. Y qué querían, uno no es de palo y tampoco tengo en mi curriculum un cursillo de entrenamiento yoga para controlar los instintos. Ella me miró y sonrió. El trago ya me había trepado. Le pregunté cómo hacía para tener unos abdominales tan perfectos. Que no me parecían reales, dije.

—Son de verdad, tócalos si quieres —y colocó mi mano en su vientre.

—¡Uf, qué ricos!. —No sabía si subir o bajar la mano.

—También trabajo los cerratos.

Y subió mi mano hasta un punto muy cercano a sus pezones. Yo no era Cristo en el desierto sino un muchacho con ganas de tirar. Para dar la contra me decidí por sus partes bajas. Metí mano bajo el pantalón y Mirsa arqueó su espalda soltando un "oh" demasiado precipitado. Le daría rudeza al asunto. Cogiéndola por la cintura la tiré sobre la cama. Le quité la camisa y el pantalón. Mirsa no llevaba ropa interior, únicamente unas medias rojas de nylon. También se las saqué y me dediqué a lamerle el cuerpo. Ejercité mi lengua y le preparé una buena sopa. Ella apretaba mi cabeza contra su entrepierna, yo me ahogaba entre los vellos de su zorra. Saqué la lengua y metí un par de dedos. Con mi otra mano cogí sus medias y la amarré por las muñecas. Ella disfrutaba al ser tratada con esa tosquedad. Se mostraba sumisa, pero exigente en las caricias. Me desvestí con prisa. Estaba grande, realmente grande, casi llegaba a los treinta centímetros (por algo me decían fin de mes. Mínimo veintiocho). Me incliné sobre Mirsa y le mordí el cuello. Ella se notaba más excitada y más mojada. Me besaba moviendo toda su lengua dentro de mi boca. Agarrándome el pene le rozaba las caras internas de sus muslos. Ella gemía y gemía de placer.

—¡Métemelo!, ¡métemelo!

—Espérate.

—Mételo, por favor.

Mientras su voz subía de tono se sacudía tratando de librarse de las ataduras.

Agarré una de sus tetas y me la metí en la boca. Chupeteaba y mordía los pezones. La puse boca abajo y le lamí el poto. Con los dedos le abrí el ojo del culo e introduje la lengua decididamente. Mirsa jadeaba y me suplicaba que se la metiera. Me lo agarré con una mano y le di una generosa escupida.

—¡No te conocía ese poto tan delicioso, Mirsa!

—¡Aaahh!... te gusta, ¡aaah! —Tomó un respiro—. ¿Quieres metérmelo?

—Con todo el empeño del mundo.

Único consejo que les daré: prueben el contranatura al modum ferarum. Ella dobló sus brazos por encima de su espalda. Apreté el glande y separé sus nalgas. Se lo introduje de golpe. ¡Plop! Se escuchó un grito de dolor y me estremecí con tanta felicidad. Me movía y los ¡ay! y ¡ah! y ¡ohs! de Mirsa me llevaban de fresa al delirio. Cogimos ritmo entre los dos.

—¡Muévete, muévete! —exigía Mirsa.

—¿Te gusta? —pregunté mañosazo.

—¡Me encanta!

Ya iba a llegar. Saqué mi pene de esa cuevita maravillosa y comencé a corrérmela. La sentí llegar, no aguanté más y descargué todo mi semen en la espalda y nalgas de Mirsa. Exhalé un último suspiro y me tumbé a su lado. Ella sonreía y cogió entre sus dientes la argolla que colgaba de mi tetilla izquierda. Con una mano le acaricié el culo firme y dorado, mientras que con la otra aflojaba sus ataduras. Ella se paró. Echó llave a la puerta y regresó a meterse conmigo en la cama.

—¿Seguimos? —me preguntó. Una sonrisa maliciosa y provocativa cruzó su rostro.

—Dame un break, mujercita.

Mirsa no pretendía perderse ni un minuto de esa noche. Cuando menos me di cuenta la tenía haciéndome una estupenda fellatio que buscaba ponerme al día con su desaforado vigor. Cerré los ojos y me quedé dormido.

18 AL PARTIR UN BESO Y UNA FLOR

Se perdió por varios días. Desapareció como el sol en el invierno. El silencio era penoso e insoportable. No había duda, se acercaba una tormenta. Una arrebatada furia de los elementos que mecería el navío. Pude comunicarme con ella, en una breve conversación telefónica. Se apagaron mis expectativas. Le pedí verla.

Cuando se me apareció esa noche la encontré más bella que nunca. Un rayo de luna acompañaba sus pasos sobre la tierra y yo desfallecía como la marea frente al llamado del astro. El encuentro se anunció triste y final. Yo, yo mismo; quien aprendió a caminar en los largos senderos de la desesperación había contemplado a esta mujer aparecida. Una mujer aparecida del mundo de los sueños. Tan bella y fugaz como el rojo en las cenizas. Y ahora se marchaba en busca de nuevos bosques, y yo solo con mis gritos quietos en el borde de mi corazón. Sabía que las palabras no bastarían para salvarme. Una lágrima recorrió mi abandono.

—Ya no puedo estar contigo —jugaba con el vaso entre sus manos y me evitaba con la mirada. Aquella que traía deseo e inquietud.

—¿Así, de pronto?—pregunté desconcertado—, me darás una razón.

Calló todo de pronto. Una súbita inmovilidad atacó al mundo. Una parálisis del sentimiento vino a instalarse entre nosotros.

—Yo no quiero... mira... es que somos tan diferentes.

—Diferentes, acaso hay necesidad de ser iguales —suspiré— Yo ...

—Lo que quiero decir es que tu mundo es muy diferente al mío —me interrumpió apresuradamente, como si el valor fuese a abandonarla si se demoraba demasiado—. Mis amigos, mi familia. Todos te ven de un modo extraño. Sé que no eres una mala persona; pero, comprende, los escucho todo el día y los consejos siempre van en tu contra. Además, debo confesarte que te tengo miedo.

—No te entiendo, muñequita. Acaso es tan importante la opinión ajena. —Sabía muy bien que para ella sí lo era—. Tú me conoces, o al menos eso creo.

—Yo te quiero, pero no es únicamente el amor lo que importa. Mira a los que te rodean, no se me pasa por la cabeza que sean buenas personas. —Entraba en el juego la ética, la más cruel arpía—. Yo no conozco a amigos como los tuyos.

—¡Ey!, acaso la pasamos con ellos. Que te cuenten historias no es culpa mía y no sé si son buenos o malos. Conmigo siempre se portan de la puta madre.

—No mientas —me advirtió—, si sabes que son malas personas. La fama que tienen no es inventada. Te querrán a ti, pero detestan al mundo. Y además esa fama también te alcanza.

—Eso sucede con cualquiera. Tienes que escoger. Quieres a unos y destruyes a otros. O si quieres lo digo con palabras más dulces.

—Creo que no vamos a llegar a ningún lado.

—Me duele decirte que tienes razón.

—Entiéndeme, por favor —me agarró la mejilla. Su mano estaba calientita, pero muy lejos de mí.

—Trataré, muñequita.

Dije que era mejor dejar de vernos por completo. Yo no soportaría tenerla como una amiga, para mí era una mujer. Mi amada mujer.

Me quedé perdido en la calle. Caminé un par de horas por Miraflores. Aún era temprano y no tenía ánimos para enfren-
tar la belleza de la noche. Sofía habíase marchado a una fiesta de sus tranquilos amigos. Recordé que había leído que los chacales enloquecen de amor cuando los separan de sus hembras. Son monógamos. Yo me sentí como un chacal azuzado por el olor de su hembra.

Llegué a casa con el corazón cuarteado. Prendí la teve a blanco y negro para intentar desvanecer mi dolor. Pasaban un programa periodístico. Aquél que conduce un entrevistador muy pequeñito y afeminado. Y para colmo de males entrevistaba a una cantante de boleros. Ambos deficientes hablaban del amor y de la mujer y de todo ese sucinto vocabulario romántico que se encuentra en esa manifestación del cante hondo. Lo que decían eran puras güevadas, yo no podía tratar de comprender en ese momento que sólo estuviesen haciendo su trabajo. Me encontraba condenado a escuchar toda esa cháchara en el peor momento de mi breve pero apasionada vida sentimental. Debo confesarles que, a pesar de todo, en el amor, en el loco amor, cuento con muy poca experiencia.

Estaba tirado en mi cama. Las sábanas sucias y deshechas. La ropa tirada en el suelo mezclándose con papeles, basura y un resto de vómito. Telas de arañas colgando del techo. Oprobio e infortunio. Mi fea habitación tornábase más fea y repulsiva con mi dolor. Creo que esos signos de mi desdicha física terminaron por exasperar a mi espíritu. Me levanté y,

acercándome al pequeño *Panasonic*, descargué un único y atroz puntapié contra la pantalla. El vidrio se quebró y saltaron algunas chispas eléctricas. Se escuchó un ruido como de fritanga por unos segundos. Apagué la luz y regresé a la cama. No tardé en quedar fuera de la realidad, pero la calma duró poco. Empecé con unos sueños en los que se asomaba deslumbrante mi muñequita. Si tenía en cuenta el consejo del nono de que mujer aparecida en sueños durante noche de azul luna llena es amor trágico y del cual no se tiene escapatoria, estaba fregado. El arcano 18 se veía inmenso y turbio a través de mi ventana. Ya no pude volver a agarrar el sueño. Me quedé despierto. Encendí un *Malboro light* y soporté el resto.

19 LIMEÑAN PSYCHOS

Entré al baño a vomitar todo el ron con *Coca Cola* que había bebido desde la mañana. Me mojé la cara y salí. Micci sugirió cambiar a cervezas. Aplaudí la idea. Teníamos que guardarnos para la noche. Salmonela me había prometido una estupenda borrachera en el *Leo*, festejaba la culminación de un trabajito. Le fue bien en la visión y estaba con plata para gastar con los amigos.

La conversación entre Micci y yo giraba en torno a las mujeres. El gordo alababa la buena estrella de vuestro amigo. El sexo débil es tan débil contigo, me dijo. Yo, con la intención de consolarlo, le contesté que tampoco él se quedaba atrás. Hay gente que le va peor. Piensa en Visor, ya le van a salir pelos en las manos si es que antes no se queda ciego, dije. Me felicitó por mi nueva hembra (Hélène), le caía de puta madre. Elogió la perfección de su poto y de sus piernas. Coincidíamos en ese punto, Hélène tenía lo suyo muy bien colocado.

—Cerdito, cuéntame algo sórdido. ¿Cómo te gusta el sexo?

—Normal nomás, causita. —Estaba clarísimo que el gordo pretendía toquearme.

—No me cochinees.

—Tú sabes, ¿no? Me gusta harto el uno dos. Las putas son mi perdición y ahora con las chibolitas de Camaná ¡uuff! Justo me vengo de meterme un polaco con una culoncita.

—Estampó una sonora carcajada y se animó a soltar la lengua—. Roxanita se llamaba. ¿Sabes cuántos años tenía?

—Negué con la cabeza. La adivinación no está en mi catálogo de habilidades—. Catorce velitas. ¡Qué rico! y su potito durito y apestoso, me hizo acordar mis tiempos de mostaza.

—O sea, ¿te gusta la niñez? —solté la pregunta como quien se saca los zapatos al meterse a la cama.

—Por las puras no soy profesor de escuela primaria.

La charla se tornaba interesante. Micci se había olvidado de su recato y arrojaría sus secretos sexuales sobre la mesa. Pedí más trago para contentar al gordo.

—¿Has chocado con tu alumnado?

—Con los de la clase, no. Pero la chibola que atiende en el kiosko de golosinas cobró en caja.

—Anda, güevón, ¿qué le hiciste?

—Servicio completo. Comencé con una medida de aceite y...

—¿Cuántos años tenía? —pregunté curioso.

—Doce —respondió de lo más tranquilo Micci.

—Te maleaste, gordo. —Cuidé que el tono de mis palabras no sonase reprobatorio. Sequé mi vaso—. ¿Y otra? Cuéntate una más bacán.

—En mi jato. Una amiga de mi hermana fue de visita con sus dos hijitos. Una parejita, de tres y cuatro años, unas güevaditas. —De pronto se le estiró el rostro. Se rascó la chivita y mirándome fijamente dijo—: ¡Conchetumadre! no le vayas a contar a nadie de esto, ¡me cagas!, ¡me cagas!

—¡Cómo se te ocurre! —La traición se alegró en mi interior—, ni una palabra saldrá de estos labios.

—Bueno, entonces sigo, la comadre conversaba con mi hermana en la sala y los chibolitos correteaban por la casa. Yo estaba en mi cuarto viendo *Anal invaders IV*, ¿la manyas?

—Asentí con la cabeza. Una porno asquerosa con Jeff Strikes y Moana Pozzi. Comentada sobre todo por ser la única película enteramente heterosexual de Jeff Strikes, el príncipe de la mostaza—. Estaba como fierro y en eso abren la puerta.

—El relato de Micci se ponía interesante. Sus ojos completamente desenfocados por el alcohol y la emoción—. Era la chibolita y de arranque se mete al cuarto y me pregunta "¿Qué ves?" Le dije que eran los *Tiny Tons* con actores de verdad. Se acercó y se sentó en la cama...

Interrumpí a Micci más que todo por estrategia. No fuese que me considerara uno de su calaña.

—¡Carajo!, no respetas ni tu casa.

—No te la des de indignado conmigo porque dejo de contar. —Se calló un ratito. Creo que perdió el hilo del relato—... y se sentó y yo estaba cada vez más burro. Le metí letra a la chibola y le di una bolsa de *chizitos* que tenía y me mandé.

—Así a la mala la agarraste.

—No seas bruto, Rufo. Acaso por las puras me he zampado cinco años de universidad. —Micci se rió—. Esperé que en la pantalla apareciera una escena de sexo oral y le dije a la chibolita que eso era una nueva marca de chupetines, se la creyó. Me la saqué y se la metí en la boca y llegué rapidito, porque sino la ahogaba. Le di un par de lucas para chocolatitos y la despaché.

—Oye, ¿y no tenías miedo de que te ampayasen? Me dijiste que en la sala estaban tu hermana y la mamá.

—Miedo tuve, pero es difícil de explicar. No sabes cuánto me he preguntado por qué lo hice. En el momento es imposible aguantarme, me llegan unas convulsiones y no puedo

apartar la imagen de hacerlo. Lo demás no existe. Si me vieras: se me va el aire, el cerebro me martillea, el pulso se acelera. Es horroroso. Tengo que hacerlo. No puedo evitarlo.

—¿No puedes controlarlo?

—No puedo, Rufo, no puedo. Por eso de alguna manera entiendo a los monstruos que aparecen a diario en los periódicos.

—Debe ser complicado y penoso.

—Como no tienes idea. Lo peor es cuando estoy en el aula con mis alumnos y se me cruzan las piernas de una chiquilla o una blusa desabotonada. —Micci se secó la frente empapada de sudor—. Se me mete el diablo en el cuerpo y quiero tirármela, quiero tirármela. Y las ganas no se van, no se van.

—Mejor cambiamos de tema. Vas hacerme llorar.

Micci asintió moviendo la cabeza.

Las cervezas no paraban de llegar a nuestra mesa. Micci y yo les llevábamos ventaja por lo del ron de mierda. Salmonela y el Chavo no se lograban poner de acuerdo en quién estuvo más osado en lo de su trabajito. Tortuga y Bombo de qué iban a hablar sino de *La Turba*. Micci y Linder le metían letra a la Pelucona. Yo me compartía con mis amigos y con unas chicas de una mesa cercana. Empezaron a hablarme con el barajo que me habían visto en el concierto de *Eutanasia*. Estudiaban Arte en la universidad y habían ayudado en la escenografía del concierto. Me ofrecieron grifa, les dije que pasaba. Una de ellas conocía a Hélene. Vivían en el mismo edificio.

—¿Es tu enamorada? —me preguntó la gordita que conocía a Hélene.

—Estoy viviendo en su casa.

—Conque somos vecinos.

—Al parecer.

—Se tendrá que hacer una visita.

No me quedó claro quién haría la visita a quién.

—Si estamos tan cerca, ¿por qué no?

—Leí un poema tuyo en *Necesidades Bizarrras* —intervino una japonesita preciosa. Pensé seriamente en hacerme budista o sino al menos estudiante de pintura. Deseché la idea, a estas alturas de la vida un cambio—. Trataba de una mariposa y una mujer. Me gustó mucho. Se lo dedicabas a, no recuerdo el...

—Sofía.

—Sí, ése ese el nombre. Y dime, ¿qué te gusta leer?

—Me interesa la teología negativa —mentía—. Ahorita estoy con Boecio. —La japonesita puso una cara de desconocimiento total.

Mis olvidados amigos no perdieron el tiempo. Hacían lo que más les gustaba: caos y desorden. Chavito cacheteaba al mozo y Salmonela discutía con la tía del local. Eso empeoraría. Fueron echados del bar y los acompañé en el destierro. Me despedí de mis nuevas amigas. Ya las volvería a ver.

Se compró trago en una licorería y caminamos en busca de otro place. Pasamos por *Carolinas*, una discoteca misia y pacharaca como mi país. En la acera, preparándose para entrar, chiquillas con facha de furcias y patitas de barrio urbanizado. Eran jóvenes de las urbanizaciones que se desparramaban a ambos lados de la avenida La Marina a partir de Universitaria, hasta el óvalo del Llauca. Zapatillas de colores. Camisetas huachafas. Risitas pendejas. Un peinado cuidado. Un conjunto humano que tumbaba al suelo a mi buen humor. Nunca he soportado a esa clase de perdedores. Parados en las esquinas de sus apáticas urbanizaciones a la espera de algo que nunca va a llegar. Sándwiches baratos. Grifa. Coca. Y la hembra que arrastran desde el colegio. ¡Fuera mierdas! si ser joven significa ser como ustedes,

renuncio a la juventud. Tienen familia. Una familia igual de apestosa que los alienta y apoya. "¿Cuándo se casan?", "construyan en el segundo piso, no se preocupen" o, "este año acaba Ricardito". Ellos son "*tan normales*". Gente sana y ordenada. Supongo que se debe tener paciencia. A veces me pregunto si no soy yo quien está equivocado. Algunos me han dicho que sí. Pero no les creo. Los miras y tienes la certeza absoluta de que el problema está en ellos, en sus monses e infelices vidas. Si eso es la alegría de la juventud prefiero quedarme en casa sin salir a la calle por el resto de mis días o quedarme ciego y librarme de presenciar tanta podredumbre. Paciencia, Rufo. Paciencia. Son el futuro de la patria.

Un par de parejas se cruza con nosotros. Miro las piernas de una de las chicas. Su pata me insulta. No le hago caso. Chavito escucha. Voltea y le agarra el culo a la chica. Su pata salta y se arma la bronca. La bronca es entre Chavito y el gil de la fulana hasta que Tortuga y Linder se la agarran con el otro pata. Una de las chicas corre por ayuda. El Salmonela le explica a la que se queda contemplando la pelea que la culpa es de su pareja. Ella lo manda al diablo. El Salmonela le cruza la cara con un par de cachetadas. El contrincante de Chavito le está dando trabajo y mi amigo decide acabar de una vez por todas. Coge una de nuestras botellas de trago y la revienta en la cara del patita. El otro está siendo reventado a patadas en el suelo. La Salmonela requinta a la chica. Micci grita que viene una mancha. Corremos pudorosamente.

—La gente está empiladaza —comenta Salmonela.

—Estoy recontra asado —dice Chavito.

—Tranquilos jugadores —habla Tortuga y se mata de risa con Micci y Bombo.

Los demás chupan lo que queda de corto o conversan agitados por la reciente huida. Yo no sé qué hacer.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—Vamos al parque a chupar tranquilos. La gente está que jode —me responde la Salmonela.

Pasamos por la antigua pensión de Salmonela. Lllaman a gritos a un lorna que vive ahí. Éste o no escucha o no quiere salir. Unas piedras rompen las lunas de la casa. Se encienden algunas luces en la cuadra y volvemos a huir. Compramos más trago y Salmonela anuncia que ya no pone plata para la siguiente ronda. Se arma la discusión.

—Putá, cómo te pones, Salmonela —lo increpa Linder.

—No le digas nada, déjalo —interviene indignado Tortuga.

—¡Calla camarón! —lo para Salmonela—. ¿Quieres plata? Roba, no te digo que trabajes, porque eres más ocioso y más imbécil que cualquiera.

—Puede ser —dice el Chavito y se frota las manos.

—Si no queda otra —dice Tortuga.

—Los acompaño —digo yo.

Chavito, Tortuga y yo nos separamos del grupo. Quedamos en darles el alcance en el parque. Unos minutos y aparecen las víctimas. Cuando pasan por nuestro lado Chavito y Tortuga se les colocan a los lados, yo soy destacado a la retaguardia. Chavito saca la punta y la coloca en el abdomen de uno que lleva un gorro grunge de lana. Tortuga abraza al otro como si fuesen amigos de siempre. El de Tortuga entrega la billetera y la casaca. Chavito continúa con su mala racha. Otro testarudo. Forcejean. Los demás observamos sin intervenir, un puñete cae en la cara de chavo. Éste se lanza sobre el agresor y le entierra el cuchillo en la barriga, levantándolo para hacer más hondo y grande el tajo. El pata cae al suelo agarrándose el vientre. No por eso la sangre deja de salir. El otro fulano se queda hecho piedra. Chavito mira en todas direcciones y guarda la punta. El que está en el suelo casi no se mueve, únicamente ensaya una especie de sollozo. La

sangre se esparce más y más en el pavimento. Pienso en un crepúsculo de primavera, cuando falta poco para que venga el verano. En esas tardes el firmamento parece una yema de huevo reventada, de color rojizo. Y ese color va deslizándose por encima del horizonte y uno parado en la tierra no aparta los ojos de ese cruel espectáculo. Tortuga me jala la manga de la camisa y nos alejamos. Chavito habla, dice que le llega al pincho el asunto. Revisamos las billeteras. Hay billete. Tortuga se clava la casaca.

No recuerdo cuánto más bebimos. Volví a vomitar y me senté en el gras con la cabeza apoyada en las rodillas. Dentro de mi inquieto espíritu ladraban los lagartos, necesitaba zafarme. Irme en un trip, lejos de ahí. La gente estaba a unos cuantos metros.

—¿Sabes qué quieren hacer? —Salmonela se acercó con cara preocupada.

—No me interesa. He vomitado hasta el cerebro. —Me agarro la mitra con ambas manos. El dolor es cada más fuerte—. Por hoy me planto.

La Salmonela no deja de mirarme fijamente. Noto que algo lo preocupa. Sin embargo, no abro la boca.

—Quieren tutearse a la Pelucona —Salmonela mueve la cabeza, levanta las cejas y lanza un solitario ay y añade—: Estos maldecidos se pasan. ¿Qué hago, Rufo?

—Ponte en la fila. Total. Le tienes ganas, ¿no?

Escuchamos un lamento de mujer. Tortuga y Chavito la tenían agarrada de los brazos y la arrastraban hacia unos arbustos. La víctima trata de gritar. Le zامpan un puñetazo en el rostro. Le tapan la boca. Tortuga dicta el orden. Primero vamos Chavito y yo, fuimos los de la idea. Luego, los demás. Desaparecen entre las ramas y la Salmonela vuelve a solicitar mi opinión. Le explico, como puedo, que para mí el sexo es

un asunto tan intrascendente como afeitarme las patillas. Le digo que no me cuadra la suerte que corre la Pelucona. Ésa no es conducta de caballeros. Sin embargo, le aconsejo que se coloque en la cola. La fulana está tan borracha que al día siguiente ni se va acordar de su (des)dicha. La Salmonela dice que la estima y que no se decide. Es una oportunidad que no se vuelve a presentar, si haces a un lado la amistad, te la clavas tranquilo, le digo. La muchacha no es ninguna de nuestras santas y debe saber con quién se junta. Le suelto unas cuantas frases más. Me toco la cabeza y le coloco una mano en el hombro para darle un toque dramático a la escena. Salmonela me insta a que lo acompañe a hacer fila. Me abstengo, le digo. En realidad, Hélene era mujer suficiente para mí y además iba bajocubierto con Mirsa. Por otra parte, la mujercita ya me conocía de la fiesta en *Cereban*. La Salmonela sonríe y se dirige hacia donde están los combatientes. Le grito que voy a meterme un sueñito, que si pasa algo no se olvide de despertarme. Asiente con la cabeza y lo veo colocarse tras de Micci en la fila.

Estaba harto de los interrogatorios acerca de Sofía. Ese afán del ser humano de andarse metiendo en la vida ajena. ¡Puag! Yo andaba con un genio de mierda. Tuve cuatro o cinco peleas que las comencé por cualquier tontería. Me agobiaba mi soledad.

Había quedado con el gordo Micci en la filmoteca. Lugar que, por cierto, me asqueaba. Íbamos a hablar de un programa radial que Micci dirigía en una estación chichera. Quería una mano para organizar un especial sobre vampiros. El gordo no se aparecía. Como en la canción veía a la gente pasar. De pronto cruza frente a mis ojos. Era ella. Mi perdida muñequita. Sólo reparé en su imagen, todo lo demás desapareció en un silencioso agujero negro. No la había contemplado por casi dos semanas. Visor me contó algunas cosas de ella: se encontraron un día en el centro. Sofía iba a la oficina de su padre. Conversaron. Me acerqué y la cogí por el brazo. Ella giró y me saludó.

—Hola, Sofía, ¿entras a ver la película?

—Sí, me han hablado tanto de *La Naranja mecánica*.

—Pero ésa la pasan mañana. Hoy dan el *Acorazado Potemkin* —hice un gesto—. Es un bodrio.

—Entonces, me equivoqué —recién me miró a los ojos—. Igual voy a entrar.

—¿Puedo acompañarte? —crucé los dedos.

—No veo por qué no.

El *Acorazado Potemkin* resultó ser peor de lo imaginado. Una película muda, rusa, una copia borrosa, épica y alegórica. Me acomodé en mi asiento para meter una dormida cuando Sofía me dice para irnos. Nos quedamos en el hall. Yo corto y confundido. Qué podía decir para entrar de nuevo en su corazón. Se empezó a hablar de cómo había marchado nuestra relación. Yo casi no dije nada. Ella, por el contrario, sacó una inmensa lista de quejas, dudas y lamentaciones. Primero mis amistades: ella pudo entender (me pareció) que ellos y yo éramos dos realidades diferentes; es decir que cada quien existía por separado y que mi único delito era ser amigo de ellos. Pero, yo pensaba que sus hábitos y conductas eran exclusivamente de su competencia. Luego siguió con mi sarcasmo: siempre me estaba burlando o no podía tomar en serio a nadie. No respetas a mis amigos, los consideras estúpidos o inmaduros, dijo. En este punto tenía que darle la razón por entero. Sus amigos —y el 95% de la gente— era una horda de fronterizos, débiles mentales, arribistas, prejuiciosos, esnobs, y todos los defectos que se pueden imaginar en un sujeto de conducta normal y ordenada. Sin embargo, lo más embarazoso fue el siguiente punto. Sofía no estaba completamente segura de mis gustos sexuales. Se puso de mil colores y confusamente me preguntó si era bisexual. Le respondí que si lo fuese ella ya lo sabría. No tenía por qué esconderle a una mujer que se acuesta conmigo si me gustan los de mi mismo sexo. Ella dijo que la gente siempre le decía cosas al respecto. Yo le había advertido al comenzar lo nuestro que se hablaba mucho de mí, además le conté lo necesario. Ella agregó no

imaginarse que las críticas fueran tan numerosas y tan incómodas.

—Me interesa saber lo que tú sientes, chiquita.

Tanto asunto por un detalle tan tonto. Si la niña ya había tirado conmigo. Momento inadecuado para evaluar lo que sea.

—Yo no creo eso, me parece que no. —Se quedó pensando y añadió—: Pero, "ponte en mi lugar". Las cosas que andan diciendo.

—Acaso cuando hemos tenido sexo has notado algo que te haga pensar en esos comentarios.

—No sé, esa obsesión tuya de tirar por atrás.

—Eso no es exclusividad de los gays. Esa obsesión mía se llama sexo anal, contranatura, contra el tráfico y nada más.

—¡Pero no es normal!

—No opino lo contrario. Digamos que es una perversión, mas una delicada perversión. Una variante del erotismo.

—En verdad no sé qué pensar. Nunca me ha pasado lo que me pasó contigo. Desde el comienzo todo ha ido tan rápido.

—Y qué hay de malo en eso, Sofía.

—Nada, creo que nada. Sin embargo me siento muy confundida.

—Yo... yo no puedo decirte cositas dulces. Sabes que te quiero, y es cierto: hay y habrá infinidad de desagradables comentarios sobre cómo soy. Dime, qué puedo hacer. Ya estoy cansado de irle rompiendo la boca a todo el que habla mal de mí.

—Trato de entenderte, pero...

Nuestra conversación fue interrumpida por Mimita. También se había equivocado con el día en que proyectaban *The Orange Clockwork*. No había película, así que iríamos a chupar. Esperamos a Chuky, el pata de Mimita. Los llevé al *Monarca*. Un bar viejo y tranquilo, ese día lo que menos

quería eran peleas. El place lo manyaba de mis tiempos con el Clínico. Nos emborrachábamos ahí para después caer por la *No Helden*. Yo no pisaba el *Monarca* desde que el Clínico se embarcó a Japón en plan de chamba y así dejó las drugs. Tuvimos una breve comunicación epistolar y finalmente se perdió contacto.

Después de un par de horas, se cambió de bar. Sofía y yo conocíamos un bar-pub-discotec o una mezcla de todo eso en el Jirón de la Unión. El sitio no era feo. Ubicado en los altos de una elegante mansión señorial. No tenía mucho éxito en lo de captar público pero los whiskies te los servían dobles. Nos acomodamos en la barra. Se podía decir que ya estábamos en tragos. Cada pareja conversaba por su lado. La amistad entre Sofía y Mimita era medio rara. Existía una competencia no declarada y mucha deslealtad de parte de la segunda. Yo no conocía muy bien a Mimita ni a Chuky (ésa sería la primera y última vez que lo veía), desconfiaba de la chica. Me había dado cuenta de que Mimita no consideraba en absoluto las opiniones de Sofía, no la tomaba en serio, y si la consideraba era como a alguien incapaz de asumir decisiones o de poder expresar una opinión. Pero era hábil la pequeña Mimita para ocultar sus verdaderas emociones, de verdad era hábil.

Noté que varias parejas entraban por una puerta y no se les volvía a ver. Le preguntamos al mozo qué había. Respondió que la puerta conducía a un hotel que funcionaba en el tercer piso. Reímos. Era todo un mundo ese lugar. Le di un beso a Sofía y no protestó. Nos pusimos a contar cuánto dinero teníamos entre todos. Cruzamos la puerta y tomamos dos habitaciones. Ni de vainas le entraba en plan orgiástico con Mimita y Chuki. Mimita era bonita, pero muy bajita y con un defecto imperdonable. Se definía como una mujer autosuficiente y liberada. Ese tipo de hembras me daban vómitos. Siempre he pensado que la mujer tiene su lugar a los

pies del hombre y no se debe discutir ese asunto porque no existe una posible alternativa. ¡No existe! Y Chuki era Chuky. Y además Sofía era una mujer con mucha clase, como diría el sublime Carrillo. Para compartirla.

Esa noche no se tiró bien. Mejor dicho, mal. Yo no podía sacarme algunas paltas de la cabeza. Acabé rápido, muy rápido, demasiado. Salimos del hotel y Sofía me jaló hasta Javier Prado. No habíamos regresado. Era sólo una salida. Un cómputo. Un asunto de atracción sexual. Quedamos en telefonarnos.

A los dos días estaba en el trabajo y el chato Freddy me llama a gritos. "Teléfono, jugadoor!" Pregunto "quién es" y escucho "Sofía". Corro.

—Hola.

—Hola, muñequita.

—¿Tienes planes para esta noche?

La pregunta me toma por sorpresa. La hizo bien la niña. Me quedo callado

—¿Tienes?

Su insistencia me estremece. Apenas puedo contestarle:

—No. No tengo nada que hacer.

Ya estaba quedando mal. Aquella mañana había visto a Marieta. Una chica de la Universidad que ponía mi corazón y algo más a vuelo de misil. Me invitó a bailar. Yo ya contaba con eso. Incluso había llevado algo de ropa para cambiarme en el trabajo y caer de frente en casa de Marieta. Sofía cruzó por mi mente con todos sus bucles al viento.

—¿Quieres salir conmigo? —le pregunté.

—¡Ay, claro! Si no para qué te llamo. Me puedo quedar a dormir contigo.

Inmediatamente me di cuenta de que valió la pena el sacrificio de renunciar a Marieta.

—Entonces a las diez en Barranco, frente a la iglesia.

—Ahí estaré, mi amor.

C'est la vie. Hay días que no tienes ni una y tienes que ayudarte con la mano y la imaginación. ¿Por qué? No quería dejar mi oportunidad de estar con Marieta. Ella era tan linda y yo tan débil y desafortunado. Si salía con ella era gozo asegurado para los sentidos. Me acordé de sus ojitos bailarines y de esa vocecita de pollita tierna con la que solía hablarme de sus llamadas fiestas tradicionales. Era antropóloga. Marieta era la chica más hermosa de la *Pontificia* y no era nada estúpida como el resto. Quizá el único inconveniente era su excesiva tranquilidad, ese clima de paz y serenidad que acompañaba cada uno de sus movimientos, pero con mirarla a los ojos... Era la única mujer que me dejaba con la boca abierta. Y esa noche la dejaría plantada. "My opportunity" se iba a pique. Qué estaba haciendo. Santa Sofía telefoneó y yo eché todo por la borda.

El amor, el amor, amigos míos.

Cuando desperté en ese hotel caleta de Shell y Vía Expresa tenía las ricas piernas de Sofía junto a mí. Ella continuaba dormida. La contemplé con calma. Sus rizos rojos cayendo sobre la almohada. Su boquita abierta y en la punta esos dientes de conejito azul. Su cejas de gata en celo sobre tejado caliente. Toqué su magnífico trasero (tenía la costumbre de dormir boca abajo). Bajé mis manos hasta sus piecitos. De pronto despertó y me regaló una linda y suave sonrisa.

—Quiero comer chicharrones y quedarme todo el día contigo.

—Lo que mandes, muñequita.

21 CON KURRY

Aquella mañana me tiré tres horas arreglándome. Hélène no paraba de decirme que no fuese tan vanidoso. Que ya estaba bien; pero yo desconfiaba de todo el mundo. Cada cinco minutos volvía a mirarme al espejo y encontraba un nuevo defecto. Me había probado toda la ropa que tenía en casa de mi amada y aún no me encontraba conforme con mi elección. Llevaba un pantalón a cuadros naranjas y plomos de *Parccos*, un polo blanco de *Lacoste* y unos zapatos marrones de *Paratroopers*. Creo que nunca hubiese salido rumbo a los ensayos si Hélène no me larga del departamento.

La cabeza me hacía tum-tum en cada vuelta que se daba por cuenta propia, y esta vez no era por el alcohol o las drugs. Hoy era el día. Kurry estaría cara a cara con vuestro amigo.

El trabajo en serio ya empezaba. A cada cual le tocaría desarrollar su personaje de acuerdo con el guión que traía Kurry. Yo en el écran. ¡Oh Santo profeta!, me parecía imposible. Yo en el cinemascopio. Si me viese el nono, a él que tanto le gustaba llevarme a las vermouths. Un cine para cada día de la semana. Lo recuerdo clarito. Cogía su sombrero. Sacaba dinero de la caja y yo me colgaba de su mano. Tenía

que apurar los pasos ya que él era inmenso y daba unas zancadas que me dejaban botado. Antes de entrar a la sala me abastecía de golosinas. Una bolsa bien honda de pop corn. Un chocolate triángulo o de moneditas. Habitas envueltas en papel de despachar que vendían las paisanas. Y una *Pasteurina* que nos daban advirtiéndonos que devolviésemos el envase. Mi abuelo les mandaba un par de carajos y les decía que la botella se las iba a meter por el culo. Compraba los boletos y luego me daba la parte que te entrega el tipo de la entrada. En casa tenía una extensa colección. Los guardaba en una lata de *Ovaltine* y en las tardes que no quería jugar con nadie los sacaba esparciéndolos sobre la mesa del comedor. Los contaba y volvía a guardarlos. Hoy no sé dónde habrán ido a parar al igual que tantos recuerdos de mi infancia. Sé que los he perdido y nunca volveré a recuperarlos. Tal vez es un castigo por algo que aún no he cometido. En algunas ocasiones el nono me llevaba a cazuela. Yo feliz y excitado desde que subíamos las escaleras. Nos sentábamos en primera fila y al apagarse las luces me animaba a que lanzara todo lo que quisiera contra los de platea. Comencé con escupitajos, pero fui aprendiendo de los compañeros de cazuela. El nono reía al verme contento y acariciaba mis cabellos cuando uno de mis lanzamientos daba en un buen blanco. A ambos nos gustaban las películas de vampiros y de espectros. *Drácula* la vimos veintisiete veces; a él también le encantaban las de cowboys. Yo tenía suficiente con los caballitos del *Gran Chaparral* que veía en la inmensa *JVC* de la casa.

Miré hacia las nubes, a lo mejor el nono había agarrado una butaca en primera fila para ver el maravilloso debut de su caro en el séptimo arte.

Llegué el último. Todos estaban sentados con unas caras solemnes aguardando la llegada del maestro. Cogí una silla y me adherí a la espera. Kurry resultó ser un gringo de lo más

posero. No dejaba un cigarrillo apagado que movía entre sus labios. Kurry habló con nosotros y entregó a cada uno su respectivo personaje. El papel que me tocó fue uno de los principales. Blake es un chico que comete un asesinato. Es capturado y se le declara perturbado mental. Lo internan en un hospital psiquiátrico. Se hace amigo de un interno ya muy anciano. Blake no soporta la convivencia con los otros internos. El anciano se compadece del muchacho y lo ayuda a escapar, le da una llave que abre la puerta del pabellón. Salir de aquí, ya no me haría feliz, le dice a Blake. Mi personaje escapa y se refugia en un circo donde le empiezan a suceder un conjunto de hechos realmente extraños. Conoce a tres muchachas que representan un número de magia...

A Visor le tocó hacer de taxista (bueno, no daba para más). Este taxista es el tipo a quien asesina Blake. El carro de Visor destacaba por su decorado. Un día, Blake sube al taxi y se desquicia con el criterio estético del conductor. Los asientos forrados en piel de vaca, con manchas blancas y negras (ese detalle me era familiar). Los ceniceros brillando. Un espejo en el techo del vehículo. Infinidad de letreros pegados en las paredes y en el respaldo de los asientos delanteros. Esos letreros proclamaban lemas religiosos o consignas extraídas de un optimismo barato, tipo triunfe en la vida. A Blake —o sea a vuestro amigo— le entran unos mareos terribles. Visiones de un matadero y unas hormigas rojas arrastrando una uña. Lanzo un grito. Cojo la cabeza del fercho y la golpeo contra el timón. El taxi pierde el control y nos estrellamos. Desde la ventana de un edificio, una chica observa la escena. La espectadora es una paralítica que tiene un morbo extraño con las imágenes (Mónica, la del pelo cortito, hace de chica paralítica). La paralítica testifica y magnifica la participación de Blake. Declarado culpable y perturbado mental, es confinado a un sanatorio. En la institución psiquiátrica hay un

galeno despiadado. Este doctor (Chuto es el que le da vida) tiene una sala de electroshoks clandestina adonde envía a los internos rebeldes. Como ya dije, me hago yunta de un anciano que lleva veintinueve años en el frenopático. El abuelo representa al anciano. One day el anciano se caga en los pantalones. Un enfermero lo abofetea. Salgo en su defensa y noqueo al agresor. Mi castigo es ser enviado a electroshock con el doctor Hell. Estoy un par de días inconsciente. Se ven sueños en los que aparece el taxista colgado junto con unas reses en un camal y un niño que corretea debajo de los cadáveres. El rostro del niño está cubierto de sangre y no se le puede distinguir. Sale del camal y se lava el rostro en un barril lleno de agua. Observo el reflejo distorsionado y es Blake cuando niño. Cuando recupero el conocimiento el anciano me aconseja que escape. Me entrega una llave, pero me pide un último favor. Mátame, dice. Le hago caso. Cojo una almohada y lo asfixio. Luego escapo.

Camino por la ciudad y encuentro un circo. Estoy viendo a los animales y una mujer muy hermosa con el cabello pintado de verde me pregunta si me gusta el circo. Blake responde que sí porque es lo primero que sale de su boca. La mujer le ofrece un empleo. Acepta. Necesita un lugar donde esconderse. Hago de todo bajo la carpa, menos salir a escena. Hay una chica que monta un número de magia, la ayudan dos gemelas. La china Karin es la maga y Lula y Matilde las ayudantes. Una noche veo desnuda a la maga y me enamoro de su espléndido metro sesenta. Empieza un romance. Descubro que las gemelas tienen poderes mentales reales y pueden modificar la materia. Castigan cruelmente a un bufón enano (Kiko Veneno) ya que éste era igual de cruel con un monito llamado Berástegui que usaba en su número. La maga me confirma que en su acto la magia es verdadera. La hacen las gemelas, ella sólo ejecuta instrucciones. Cada momento

es más oscuro y arcano en el circo. La mujer del pelo verde sostiene una relación sexual perversa con las gemelas. Sin embargo, la situación escapa a su control. Las gemelas dominan. Poco a poco se van atando cabos y resulta que Lula y Matilde controlan todo. La carpa, mi vida y el mundo. Estos hallazgos los realiza Blake a través de sueños y visiones. Asimismo adquiere la habilidad de meterse en los sueños ajenos —mismo *Freddy Kruger*—. Hay innumerables escenas rápidas y violentas y confusas. Blake descubre por este medio que las gemelas controlaban su mente cuando cometió el crimen y fueron ellas quienes lo atrajeron al circo. Pese a todo no pretenden lastimarlo. Lo que pasa es que necesitan tenerlo cerca. Le explican a Blake que junto con la maga y ellas dos forman parte de un único organismo viviente.

La peli termina con una mezcla de tomas. Harto simbolismo. Una función de circo en la que Kiko Veneno golpea despiadadamente a Berástegui. Las gemelas en la cama con Isis, la de pelo verde. Las caras sonrientes de las hermanas. Flashbacks violentísimos mismo *Blue Velvet* o *Orange Clockwork*. El *Bolero de Ravel* como música de fondo. Otra toma en la que la maga y yo nos bañamos desnudos y Kiko Veneno fisgoneando. Fogonazos. Luces tenues y resplandores. Fuego en la pantalla. Termina la de *Ravel* y se ve una ecografía con dos fetos que explotan en pedacitos. La explosión se traslada y arrastra a la mujer que lleva a los embriones y arrastra a la ciudad que alberga a la mujer embarazada. Se ven los restos de la ciudad y en medio de los escombros dos bebés que lloran. Fin.

Terminé de leer el guión. Salimos a un refrigerio. Telefoné a Hélene y nos encontramos en el *Montebianco*. Le conté sobre la película. Yo estaba feliz.

—Me alegra verte tan entusiasmado. —Hélene cogió una de mis manos.

—No pensé que esto fuese a pasarme.

Recordé esa ya lejana noche en que contemplaba el mar tratando de encontrar un sentido a mi vida. Sofía me había abandonado. Incluso ahora no sabía si ya tenía el rumbo de mi existencia, pero la película cautivaba mi interés.

—Y ahora que serás una estrella, angelito, ya no tendrás tiempo para mí —Hélene me dio un beso y se quedó mirándome con sus fieros ojos.

—Para ti siempre tendré tiempo, pequeña. Tienes mi vida a tu servicio.

—Te tomo la palabra.

Solamente le di un par de mordiscos al sandwich que me miraba desde el plato. No podía arriesgarme con semejante grasa. Mis abdominales decaían. Sofía y su apego a la buena mesa hacían peligrar la armonía de mis formas.

—Vamos a la playa —propuso.

—¡A la playa! La verdad no me anima mucho la idea y además estoy sin ropa de baño.

—Pasamos por tu casa.

—Mejor hacemos otra cosa.

No quería llevarla a mi cuarto. Creo que era vergüenza. No era lo adecuado para una muchachita como Sofía.

—¡No puede ser! ¿Por qué no quieres que sepa dónde vives? Soy tu chica y es el colmo que no conozca tu casa.

Las cosas se ponían de un modo difícil. No tenía otra salida. Muñequita conocería mi cubil.

—Está bien, Sofía. Vamos a mi casa. Saco la ropa de baño y a la playa.

Mi cubil quedaba en un barrio realmente feo. Las calles sucias y llenas de niños y de perros flacos. Ahí todos hablaban insultándose y gritando. En cada esquina encontrabas fula-

nos que le daban a la botella. Por las noches eran pocos quienes deseaban andar por esas calles. Varias cocinas cerca. Los pasteleros cuadrados bajo la luna acariciando la llama mágica del pay. A mí no me incomodaban los encantos del lugar, pero tampoco podía decir que me sentía feliz y contento de ser parte de esa ruda geografía. Parecía un cuento del maestro Bukowski. Recién llegado al rioba tuve que ganarme algo de respeto con los malandrines. Una tarde me dieron una paliza entre, por lo menos, diez sujetos. Fui rescatado por una viejecita que salió de no sé dónde y la agarró a palos con mis atacantes. Me salvó la bondad que reflejaba mi rostro. En los días siguientes me fui cruzando con algunos de ellos y no lo pensé dos veces, los reventé a golpes. Quedó claro que no me bajaba. A partir de ese ajuste de cuentas no hubo más problemas en mi camino. Sin embargo, consideraba la cercanía de zonas extremadamente bravas como un peligro real y no olvidaba ese detail. *Río Seco, Parque Alto, Malambito, The Untouchables*, se esparcían a manera de fronteras. No tenía amigos a excepción de Memo y Ulises a quienes conocí una noche que regresaba borracho. Compartieron su trago con vuestro amigo y nos unió el santo néctar.

Sofía se quedó en su carro mientras yo entré a mi cubil a sacar la ropa de baño. Me sentía algo incómodo por haber cedido a su chantaje. Metí en mi mochila una toalla amarilla de *Benetton*, un pomo de bloqueador *Valentine* con beta caroteno, mi trusa *Adidas*, una bermudas de *Faber y Faber* y un libro de poemas de Carlos Oliva —el mejor poeta de los noventa—. Subí al carro y ella arrancó.

"A la playa, a la playa. Todo el mundo a la playa. Moja tu cuerpo. Moja tu alma, así en la vida como en la playa". Se me vino a la mente la canción del broca Patricio Suárez Vértiz. Recliné algo el asiento y le dije a Sofía que quería ir a *La Herradura*. No había mucha gente en la playa. Escogimos un

lugar en la arena y tiramos las toallas. Me quité el polo, era de *Mossimo* y lo había conseguido en casa de Rodri Quijada. Me había quedado a dormir. Lo vi en el closet. Me gustó y me lo llevé. Todavía me quedé con las bermudas. Cogí un poco de bloqueador y me froté los abdominales. Me gustaba sentir su dureza. Me arrechaba sentir la fortaleza del músculo en mi propio cuerpo. Sofía llevaba una ropa de baño entera celeste llena de flores muy pequeñas. Me pareció que era de *Dolce y Gabanna*. Se echó boca abajo y me pidió que le aplicara bloqueador. Mientras distribuía la crema sobre su espalda eché un vistazo a las otras mujeres que decoraban el panorama. Un par de ninfulas llamó mi atención. Tendrían quince o dieciséis años. Ambas llevaban unos breves bikinis que apretaban sus dóciles y apetecibles culos. A una de ellas el calzón del bikini se le metió en la raya que forman los labios de la vagina. La niñita trataba de acomodárselo usando un dedo. Arqueaba la cinturita para un costado y metía el dedo. Jalaba el calzón y el cuerpo para el lado opuesto y se lanzaba el pelo hacia atrás con la otra mano. Se me puso dura. Unté un poco de bloqueador en las nalgas de Sofía. Me entraron unas ganas de tirármela en el acto frente a todos los bañistas. La tenía dura, como el mástil de un galeón pirata. Sofía me zampó un manazo y me dijo que tuviera un poco más de decencia. Había gente y le daba vergüenza. Por qué tenían que ser las cosas así con las mujeres. Justo cuando les demuestras que te traen loco, salen con reclamos desatinados.

Compré un par de cervezas y me tumbé a leer el libro de Oliva y a adquirir un poco de bronce. Era una mañana de arena blanca y mar azul. Me sentía calmado y ecológico. En comunión con la naturaleza. Sofía le daba la cara al cielo. Creo que dormía, tenía los ojos cerrados y protegidos por unos lentes de sol. Unos niños construían un castillo de arena

en la orilla. Pude escuchar una conversación de un grupo de chicas, hablaban de actores. Sólo conocían a los amanerados de Brad Pitt y Antonio Banderas. Me dio ganas de decirles que cerrasen la boca o les enterraría la cabeza en la arena. Llamar actores a ese par de locas. No voy a negar su atractivo físico, pero ahí queda la cosa. Actúan Brando, Rourke, De Niro, Bogart. Los ídolos de esas chicas harán cualquier cosa frente a cámaras, menos actuar. Decidí meterme una zambullida en el precioso océano para escapar de tanto mal gusto. Me saqué la bermudas y corrí hacia el mar. Sofía me alcanzó en la orilla, dijo que ella no podía bañarse sola. Tenía miedo de las olas. Le dije que no se preocupe. Yo era un pez en el agua. Aproveché para soltarle que en mis años mozos había ganado muchas competencias de natación y de clavados. La cogí de la mano y fuimos al encuentro de las olas. Ella llevaba consigo mucho más belleza ese día. Su hermosura conmemoraba al mundo. Su cuerpo mojado por la espuma y destacando sobre el reflejo de las aguas. Me acerqué a ella y cogiéndola de la cintura la atraje hacia mí. Con la lengua acaricié su cuello. Ella tembló y dejó escapar una risa cortita.

Ya se hacía tarde. Sofía me dijo que tenía ganas. Quería hacerlo en mi casa. Yo también tenía ganas, pero no me agradaba por completo la manera como Sofía llevaba la situación. Demasiada o muy poca astucia. Mi cubil estaba hecho una mierda y de por sí era otra mierda. Ella se empeñó en tirar en mi cuarto, en mi cama. No le bastaba con tener mi amor, ahora quería mi cubil y mi cama. Era de noche cuando llegamos. Ella pidió que encendiese la luz. No pude hacerlo, me la habían cortado por no estar al día en los pagos. Le dije que se habían quemado los fusibles. Encendí una vela. No había mucho que ver. Lo más atractivo eran la ropa y los libros. La ropa ya me la había visto puesta. Los libros no le interesaban.

Nos tiramos en mi cama y oliendo a mar peruano le dimos
a lo nuestro.

Sofía quiso quedarse esa noche conmigo.

23 EN EL CHINCHORRO (O A TRAVÉS DEL TIEMPO)

Era la última jarra de cerveza. El dinero escaseaba y las ganas de seguir bebiendo continuaban intactas. Hélene estaba fuera de Lima ese fin de semana. Yo había salido con Mirsa luego de la filmación. Lateábamos por el parque de Barranco dándole curso a un batecito. Escucho mi nombre. Volteo y me encuentro face to face con Giulia. Un amigo de la infancia y de la temprana adolescencia. Nos veíamos a la buena de Dios. Inmediatamente acordamos celebrar el encuentro.

Giulia propuso dejar *La Noche* y enrumbar hacia Barrios Altos. Ahí él se encargaría de abastecernos de licor y de lo que pidiese la costumbre. Mirsa se entusiasmó por conocer el lugar y no tuvo inconvenientes en unirse a la aventura. Como siempre, salí sin pagar la cuenta.

Barrios Altos es una suerte de prolongación de la Lima del Centro. Un olor a guardado y a pobreza impregna esta tierra. Las calles son estrechas e inclinadas —de ahí el nombre—, da la impresión de que asciendes una cuesta. Si levantas los ojos te encuentras con balcones que cuelgan de casas

viejas como uvas demasiado maduras. A pesar del maltrato ejercido por el tiempo y la fortuna, el lugar posee una fisonomía cautiva. Viejas iglesias con sus cúpulas levantadas contra el cielo y sus ángeles y santos bajo las naos. Tercas plazoletas salpicadas por entre sus calles. Quintas de ladrillos rojos y angostos callejones. Un generoso número de antiguos cinemas hoy convertidos en templos evangélicos. Bellas muchachas extraviadas en el arrabal y duros jovencitos escuchando la canción de las parcas. Y todo bajo un velo gris y espeso que lo protege de la cercanía de la muerte. Dios tenga misericordia.

—Espérenme un toque. No demoro.

Nos quedamos en una banca de la Plaza Italia mientras Giulia corría a través del gras hacia un grupo de gente.

—¿Traerá yerba?—preguntó Mirsa. Miré la ropa que traía puesta y deseé que por ese día hubiese tenido un poco de recato. Su look no era el conveniente para la zone. Sus perfectos pezones estaban a plena luz bajo una blusa de delgada gasa blanca de *Nigelis* y el pantalón estampado de flores amarillas de *Zootro* marcaba mucho sus firmes piernas de bailarina. Crucé los dedos para conjurar la buena estrella.

—Todo lo que quieras, amiguita. Giulia es un mago en abastecimientos. —La cogí por la cintura y la coloqué delante de mi pelvis—. Acá chupas y te drogas hasta que te olvidas, mejor que en esa canción dark de *Vox Propia*, y no gastas nada.

—¡Uy! y si es así de lindo por qué no hemos venido antes.

—Demasiada tentación, terminas malacostumbrándote —hice una pequeña pausa— y el rioba es de cuidado para los forasteros.

—No jodemos a nadie y normal, ¿no? —era optimista mi muchachita—. Y tienes patas...

—Sí, sí.

Giulia regresó con unas botellas de un líquido amarillento y con un sabor entre agua de limón, jugo de piña descompuesto y una buena dosis de pisco. Con la mano derecha armó un bate del tamaño de un tronco para Mirsa. Lo fumamos los tres. Me dijo que guardase pulmones para después. Una reserva especial nos esperaba. Ésa era una noche oscura del alma y prometía ponerse más oscura, misma *ciudad Gótica*. El *Batman* estaría feliz —yo soy la noche, yo soy la venganza, yo soy *Batman*—. La mayoría de los focos de luz de la plazuela o estaban destrozados o no funcionaban. El tañer de las campanas de la iglesia de Santa Ana se emparejaba con la pasión animal. Las bestias nocturnas marchaban en busca de un tanto más en sus vidas para reventarlo. Los hombres y mujeres que veía pasar traían el toque de la droga y de la desesperación en sus rostros. La llama dorada del pay alumbraba su infierno personal. Ya eran parte de un reino subterráneo que se asoma cuando duerme la ciudad. Los pasos duros. Los brazos tiesos y pegados a los lados del cuerpo. Y ese olor dulcete volando de sus bocas. Caminaban apresurados hacia su Nirvana. La locura como fiel hembra en cada uno de sus lances contra la realidad. Uno se acercó a pedirnos un trago. Giulia lo despachó con un par de insultos y me preguntó si mi flaca le entraba a todo. No supe qué responderle, no sabía mucho de los laberintos de Mirsa.

—Mira, preciosa... sabes,... eh... —Giulia se frotó las manos. Dibujó una sonrisa y aclaró la voz—: queremos ir a buscar provisiones para entrar en algo más bacán.

—¿Quieren comprar más trago? Los acompaño. No pienso quedarme sola.

—No, flaquita. Vamos al *Chinchorro* a comprar un par de clavos

Mis dos amigos no lograban establecer los principios básicos de la comunicación.

—Pasta, Mirsa. Pay. PBC —intervine.

—¡Aagg! paso, pero vamos.

—Así da gusto cuando todos nos entendemos —rió Giulia y maliciosamente remató—: ¡no vayas a pensar mal!

Una gorda rubia nos recibió en un hueco que decía ser un bar. *El Chinchorro*, amigos míos. Un espeso y seco maquillaje malograba lo que en algún instante de su vida pudo ser un bello rostro. Ahora el único testimonio de ese lejano encanto eran los ojos. Uno era turquesa y el otro de una tonalidad mucho más clara, casi un esmeralda selva. Sus gruesos dedos lucían en la punta una perfecta manicure y junto con el arreglo cosmético, preciosos anillos. Llevaba una túnica con dibujos de dragones y aves del paraíso peleando entre sí. Giulia me la presentó como Doña Emperatriz Pacheco viuda de Guiler. La gorda me atrapó con un abrazo y me besó en los labios. A Mirsa le pellizcó los cachetes y a mi brother le zampó una cariñosa bofetada. Agarramos un corredor muy angosto de paredes hinchadas hasta desembocar en un patiecito donde se agitaban los aromas de todas las drogas y licores inimaginables. *Guantanamera de la Orlando Contreras* sonaba en un tocasete *Aiwa*. Los concurrentes hablaban casi a gritos y gesticulaban innecesariamente al decorar su discurso. Varias chicas volaban de una mesa a otra llevando botellas de cerveza, copas de trago corto o simplemente su hermosura. Mirsa y nuestro amigo se quedaron sentados en unos ridículos banquitos amarillos. Giulia charlaba feliz con dos de las meseras. Eran unas morenas (no negras, si no lo hubiese dicho) divinas. Una de ellas se manejaba un cuerpo digno de envidia por cualquier instructora de aeróbicos, unos rizos largos le caían sobre los hombros. La otra era una criatura, unos trece o catorce años, y ya arrastraba esa turbadora belleza de las mujeres ruines o

de las vírgenes locas. Giulia hizo una seña para que me acercase solo.

—Mira, se puede fumar acá mucho más tranquilo; afuera tienes que estarte cuidando. Ellas tienen un cuarto y...

—Pero, ¿qué me hago con Mirsa? Si la dejo en medio de tanto lobo, cuando regreso no encuentro ni la ropa.

—Putá, Rufo. También que esa comadre es más rayada. El pelo verde y las tetas al aire, ¿qué quieres, pues? Estamos en la calle, no en Barranco o Miraflores. Esta es la vida, brother.

—Tranquilo.

—Mi amiga lamenta que hayas venido acompañado.

Giulia empujó suavemente hacia adelante a las más joven-cita y soltó una carcajada. La muchachita no se cortó y me miró con concha a los ojos.

—Soy Irene —se limpió las manos en las caderas. Se tocó la nariz y continuó—, y espero no quedarme sólo con tu saludo.

—Me llamo Rufo —volteé a mirar a Mirsa. Ella conversaba alegremente con un travesti. Eso me tranquilizó—. Opino lo mismo. Estoy a tu disposición.

—Todo listo —declaró mi pata—. ¡Vamos!

Cogimos otro pasadizo al otro lado del patio. Giulia le entregó unos billetes a la chica que estaba con él. Ella guardó el dinero y sacó unos paquetitos de un canguro que colgaba de su cintura. Me sorprendí por lo expuesto del escondite. Advirtieron el asombro y me dijeron que Doña Emperatriz tenía el negocio protegido. La sucia poli jamás pisaba su cancha. Tenían un trato. Conociendo a los guardianes del orden limeños, no era del otro mundo.

Sentado en la habitación me olvidé del mundo. La llama corría presurosa, con temor a apagarse.

Giulia y su mujercita se tiraron en un colchón frente a Irene y a mí. El decorado de la habitación me producía

náuseas. Miré un trapo que sobresalía de debajo de la cama. Estaba amarillento y tieso de la esperma que se había secado. La sábana que cubría la cama apestaba a sexo y meados. Un foco colgaba de las maderas del techo. El cuarto entero hedía a muerte. Un tufo tibio y pegajoso impregnaba el aire como si hubiesen cocinado una sopa de coles y cebollas. El aroma era agrio, como el de la ropa sucia de los bebés. Mi corazón empezó a latir más fuerte. Me abrí la camisa. Irene se sacó un chicle de la boca. Se acercó y pegó su cuerpo al mío. Empujó mis labios con su lengua. Apretó sus dedos sobre mis hombros y moviendo sus piernas se deshizo de su falda. La empujé hacia la cama. Ella se quitó un minúsculo calzón rosado. Me arrodillé junto a ella y me dediqué a descubrir sus olores. Su entrepierna destilaba un olor cálido a fruta madura. Levanté sus brazos y metí la nariz en sus axilas. Tuve la sensación de estar sepultado por cenizas y hojas secas. Saqué mi lengua y bajé por su flanco izquierdo. Irene todavía era una niña. Su carne era dócil y firme. Sin embargo, la lujuria —esa forma de la ambición— la atravesaba por completo. Una atmósfera eléctrica rodeaba sus formas, podías sentirla cuando pasabas la mano por su vientre. Acumulaba una extraña energía. No hablábamos, ella me pegaba a su cuerpo y movía la cabeza con los ojos cerrados. Su respiración era rápida y corta, como la marcha de los soldados. A nuestro costado escuchaba moverse a la otra pareja. Estábamos a oscuras, alguien había apagado la bombilla. Un solitario destello de claridad plateada se proyectaba a través de un agujero en el techo. Irene me dio la espalda y se tocó las nalgas. Comprendí lo que quería. Desabroché mis pantalones y los bajé hasta las rodillas. Terminé muy rápido. Unas cinco o seis arremetidas y punto final. Escupí en el suelo. Le di un beso a Irene y salí de la habitación. Querían seguir fumando, para mí era suficiente. Tenía que cuidar de Mirsa.

- ¡Qué tal carita!
- ¿Y tu amiga?
- Acaba de salir con un fulano —dio un suspiro—, me estaba preocupando. No venías y de las mesas no paraban de hacerme brindis y alcahueterías.
- Ya no te preocupes, ahora estás con Dios.
- Sí, sí, eso de tener un hombre al lado tiene sus ventajas —de pronto reparó en la ausencia de Giulia—. ¿Y tu pata?
- Pegadazo, por lo menos un par de horas.
- ¡Diablos! pero si has estado más de una hora fumando. ¿Tanto jala la pasta?
- Por el pay hasta el diablo se pierde, preciosa.

La PBC —pasta básica de cocaína—, conocida en Lima como pasta, paiche, pay, tabacos, etc., es una droga que se consigue por un proceso de desecho al elaborar la cocaína. Se obtiene un concho que es macerado con descomunales dosis de kerosene u otro combustible. Este preparado se deja reposar en huecos cavados en la tierra o en barriles, lejos de la luz solar por un periodo de dos a tres semanas. Luego se procede a una depuración del líquido. Los restos sólidos se secan y quedan listos para su consumo. La PBC es considerada la droga más dura de las que circulan en el mercado peruano. Su consumo se fija primordialmente en zonas marginales y populares. Rehuida con bastante alarma por la mayoría de consumidores de drogas y estupefacientes, lleva consigo un aire de malditez y de tragedia. Su consumo proporciona una total apertura del individuo hacia caminos cada vez más apartados del grupo. A diferencia de la estúpida yerba, sus efectos en la salud del consumidor se evidencian con mucha prontitud. Pérdida de peso. Falta de sueño. Irritabilidad. Abulia... Contrariamente a lo que se cree, no es una droga barata. Si bien es cierto el price de un quete o paco (nombres

con los que se identifica a la porción mínima comercializada) varía entre los 50 céntimos y un sol, la cantidad necesaria para un consumidor eficiente es infinita. Alguien con un claro entrenamiento y una economía competente puede adquirir entre setenta y cien clavos para una noche. El efecto producido por la PBC es un estado de conciencia cercano al embotamiento sensitivo. La percepción adquiere una severa fatiga y el cuerpo se torna rígido y duro. Los movimientos físicos son marciales y violentos. En determinado punto del viaje sensorial el cansancio desaparece, pero no es sustituido por algún tipo de euforia o dispersión de la mente, sino que, por el contrario, ésta tiende a cerrarse sobre sí misma.

Sábado por la mañana en Barrios Altos. Chiquillos correteando en las calles. Mujeres gordas, flacas, feas o viejas cargando sus bolsas del mercado. El cielo gris y triste sobre mi cabeza. Acabamos de abandonar *El Chinchorro* de Doña Emperatriz Pacheco. Mirsa y yo bajamos por jirón Puno y nos alejamos de ese pasado perfecto.

24 ESE ASUNTO DE LOCOS

Esa noche decidimos consagrarla al trago. Sofía, el whisky y yo. Estábamos en *Lokotas*, un snack inmundo que queda en Risso.

—Dime un poema, mi amor. —Me tomó la mano y puso una carita de niñita engreída. Yo negué con la cabeza—. ¡Ya pues!

—No sé ninguno de memoria. —Breve y estricto en mi respuesta.

—Pero si tú escribes. Dime uno de los que me regalaste.

—Los escribo, no los memorizo. —Era cierto. ¿Cuál era la necesidad de grabarlos en mi memoria?

—No te creo.

—Bueno, sé algunos versos, no el poema entero.

—¿Tan bruto eres? Yo no escribo y sé un poema de punta a punta.

—¿Cuál?

—*Lo fatal*.

—¿*Lo fatal*?

—De Darío. Me encanta Darío. Papá me lo leía cuando era chiquita.

—No me gusta.

—¡Es lindo! —Empezaba a emocionarse—. Mi papá dice que escribe muy bien.

—Le gustará a tu viejo. A mí me parece un adefesio. De Darío no se saca nada.

—¡Claro!, como tú eres tan iconoclasta. Sólo te gusta ese Bukowski y sus asquerosos poemas de prostitutas y de borracheras

Saco las garras para defender al maestro.

—Y te olvidas de los gatos.

—¿Qué?

—Mira, eso de los gustos es cosa de cada uno. No he querido criticar a tu padre.

—Está bien, yo tampoco quiero pelear por una tontería.

—Y además de ese Bukowski conozco otros escritores.

Había que dejar las cosas en claro. No podía confundirme con sus friends de universidad que hablaban de Hank por pura pose.

—¿A quiénes?, dime. —Se levantó un poco de su silla y me dio un beso.

—No son muchos. Artaud, un francés que fue despedazado a punta de electroshocks en un sanatorio de Rodez. Su delito, escribir y pensar como un Dios. Después, Mc. Cullers, una narradora norteamericana cuya pasión eran el alcohol y escribir las historias más tristes que puede imaginar tu corazón. Otro es Kessey con su *One flew over the cuckoo nest*.

—No los conocía, pero casi nadie los lee, ¿no?

—Así es. Son de poca demanda y de mucho talento. Y hay otros más igual de estupendos.

—Cuenta. Me interesa.

—Qué te digo. De los más contemporáneos: Amis, Urteaga Cabrera, Reinoso, Carrillo, Easton Ellis. ¿Conoces a Ellis?

Sus descripciones al estilo de Stephen King y sus personajes son o millonarios o sicópatas o las dos cosas juntas. ¿Paja no?

—Tipos crueles, ¡ah! como los de esa mujer que escribe de vampiros. —Yo había dejado en su carro *The queen of the damned* de Ann Rice—. Leí un poco. Había un vampiro que era cantante de rock, ¿cómo se llamaba?

—Ése es el vampiro *Lestat*. Aunque los personajes de Easton Ellis no son fantásticos y sensuales, son más humanos. Lo mejor que ha escrito es *The rules of attraction*, lo demás tiene mucho de serial killer.

—¿Serial qué?

—Asesinos en serie, muñequita, como *Jack the ripper*, *Ted Bundy*, *Hannibal Lecter*.

—Eso está de moda. En la universidad el idiota de Tower para diciendo que quiere ser o vampiro o serial killer.

—Podemos hacer una cosa, te paso algunos libros para que vayas enterándote.

Hay que educar a la mujer que se ama. Es un deber ineludible.

—Va. Tú dime con qué empiezo, pero despacio porque soy floja para leer.

—Puede ser con *The Orange Clockwork* de Burgess; ya que no viste la película, lee el libro.

—Me parece perfecto.

—Eso sí, no le vayas a enseñar los libros a tu viejo, ya he sido acusado de pervertir a la juventud. Lo que yo leo está escrito por tipos considerados casi desequilibrados mentales o algo cercano. Hay mucha gente a la que le desagradan.

—Se emocionaron mucho con lo de escribir.

—Demasiado, muñequita. A veces pienso que la mejor literatura es un asunto de locos.

—Un asunto de locos, ¡qué dramático!, pero deberían

haberse ocupado de arreglar un poco su vida. Mira ese francés que terminó con los sesos fritos.

—Es cuestión de opciones. Escoges. Tienes que escoger. Yo pienso que la buena literatura siempre ha sido hecha por anormales. Lowry, Carver, Bukowsky, Mc Cullers: alcohólicos. Plath, Hemingway, Esenin: suicidas. Burroughs, Trackl: drogadictos. Genet, Kavafis, Ginsberg: homosexuales. Y esas listas no tienen cuándo acabar.

—Ok. Ten minutes. Take a break.

Nuestro brillante director se compadeció de sus actores. Ya era hora.

—Estoy matado, Rufo. —El abuelo se sacó la pijama y chapó una toalla para secarse unas gruesas gotas de sudor que resbalaban por su ajado cuello.

—Este gringo no tiene compasión. Trabajamos peor que negros. —Yo estaba disgustado, habíamos repetido la escena más de diez veces. Kurry siempre hallaba un detalle por mejorar.

Salgo a dar un pequeño paseo por los jardines del Larco Herrera (ahí filmábamos las escenas que se daban en un frenopático). Observo a unos locos agrupados alrededor de unos caballetes de pintura. Hacen dibujos o al menos intentan hacerlos. Una chica les da indicaciones. Los locos miran sus dibujos, miran el cielo, se miran entre ellos. Algunos con una sonrisa. En otros, el semblante muy serio como si los acometiera un problema urgente ante el cual no hay solución.

Sentadas en una escalera, hay dos internas. Una es rubia, inmensa y despampanante. No parece sudamericana. Es lo

que se conoce como un buen lomo. Las tetas vibran, aplastadas, bajo el uniforme. La boca abierta, sin preocuparse del rezo aquel de las moscas. La segunda es más joven, digamos que anda por los veinte. Tiene un lindo lunar en forma de riñón en el cuello. No es algo como su amiga, pero también es una mujer hermosa. Lo que sucede con las comparaciones es que desde un comienzo son absurdas. Ambas conversan con un hombre vestido de blanco. Por sus actitudes, un doctor o un enfermero. Viendo bien su aspecto, me resulta familiar.

—¡Habla, jugador! —me madrugan con el saludo.

—¡Dónde te vengo a encontrar! —Era mi brother Pepe Resina. Nos cogemos con un fuerte y varonil apretón de manos—. Pero y ese uniforme.

—Soy psiquiatra. Discípulo de Lacan y apóstata de Freud.

—¿Psiquiatra?

Pepe Resina no había acabado ninguna carrera, ni siquiera una con postas. Abandonó la universidad casi obsesionado por la pintura expresionista alemana. Hizo un viaje a Frankfurt y le perdí la pista.

—¡Ja, ja! La paso de maravillas con mis pacientes. Mira, tú —y cogió a las dos locas por las caderas como quien coge unas zapatillas de ballet. Con mucho escepticismo. El gesto fue realmente elegante.

—A tanto llegas. —No me sorprendió, pero algo había que decir—, ¿y ellas no hacen ningún reclamo?

—Flaquito, ¿no tienes un cigarrillo? —la loca más joven interrumpió nuestro diálogo. Yo negué con la cabeza. Pepe me indicó que lo siguiese. Caminamos.

—Eso es lo que les gusta. Por unos fallos te dan de todo. Esta gente no puede olvidar la costumbre. La mayoría de internos en el pabellón que está a mi cargo se pasó de vueltas por su amor al humo. Sobredosis o degeneración paulatina

—Pepe Resina tomó aire— y supongo que el acto de fumar les recordará las extraviadas experiencias.

—Debe ser. Oye, y tú de cuándo acá eres psiquiatra.

—Baja la voz, baja la voz. Voy a contártelo. En París conocí a unos argelinos que integraban una banda dedicada a falsificar billetes, cheques y documentos de pagos. Su imprenta era genial —cambió el rostro de Pepe Resina—. Yo salía con la hija del jefe —no le creí—, y convencí a la flaca para que me hicieran unos diplomas. Un par nada más, me dije. Uno de psiquiatría por *La Sorbona* y un Phd de psicoanálisis en el seminario de Lacan en Lyon.

—Buena movida, doctor.

—Y no va a ser.

—¿Y por qué en un hospital? ¿No es un poco deplorable? Mándate a un sitio privado o móntate un consultorio. Psicoanalista francés. Suena un poco a sexo, pero te iría bien.

—Mucho riesgo, Rufo, pueden descubrirme. Yo no sé nada de nada de psiquiatría. Con las justas he oído hablar de terapia de grupo, electroshocks por Artaud y condicionado y no condicionado. Y eso es lo que uso. Además acá la paso fenómeno con mis loquitas.

—Creo que tienes razón. Debo reconocer que siempre has sido un hombre precavido. —Miré mi reloj—. Puta, Pepe, me quito. Voy a estar viniendo.

—Y tú ¿qué haces acá? —preguntó cauteloso mi amigo el psiquiatra.

—Con los de la película. Ahora la hago de actor.

—Me tienes que contar.

—De hecho.

Me alejé corriendo: Kurry tenía un genio de mierda con eso de la puntualidad. Negrero granputa.

Se había organizado una excursión al campo. Un picnic. Un encuentro con la nature. O como mierda quieran tomarlo. Íbamos todos los actores. Yo llevaba a Hélène. Salimos en tren hacia Santa Clara. Me tiré en el asiento y coloqué mi cabeza en las piernas de Hélène. Ella estaba con su periodo. Un olor fuerte y exquisito escapaba de su entrepierna. La cabeza me explotaba ante tal derrame de sensualidad.

El sol. Los pajaritos. El aire puro. El cielo azul. Algunas nubes. Los árboles. El césped (cediendo con blandura). Si hay suerte, un río. Este heterogéneo conjunto significa sosiego y felicidad para la mayoría de mis semejantes: ¡Virgencita, cómo odio esa última palabra! Yo sólo veía calor, ruidos extraños, viento y mosquitos. El campo siempre me ha traído colgado. Nancy que ver con la vida silvestre. I'm a bad boy from the savage city y no entro en cojudeces ecologistas. Déjenme con mi smock y mis cervezas. La comida iba a ser *Kentucky* y hamburguesas. Dos cosas que me repugnan por entero. Conseguí robarle una lata de espárragos a una de las gemelas (era krishna y vegetariana), con eso me las arreglaría. No pensaba ni oler esas inmundicias y además atentaban contra mis inclinaciones ideológicas —estrictamente y forever libertarias—. Hélène se hizo muy buena amiga de Mirsa. No dejaban de lorear. Conservaba la esperanza de no ser el tema de la charla. Los demás no paraban de gritar y reír. Cogí unas latas de cerveza, era lo único que llevé en mi mochila, y caminé hacia el río. Mi espíritu más retraído que los de esos anormales me pedía descanso. Las aguas del río no tenían ni una pizca de esa pureza natural, venían turbias y sucias, apestaban. Compadecí a las gemelas y al abuelo que se mojaban los pies en la orilla. Era obvio que lo mínimo que conseguirían serían unos molestos hongos si no se les caían los pies a pedacitos.

Ya era de noche cuando regresamos al seno de mi bella y salvaje madre. Mis amigos no paraban de rascarse el cuerpo. Los mosquitos habían hecho bien su trabajo. Qué otra cosa se podía esperar, esos insectos deben andar muertos de hambre porque los campesinos no creo que tengan sangre. Vuestro amigo, conocedor de la realidad de su patria, fue con pantalón y un polo de manga larga. Ellos se burlaban de cómo aguantaba el calor. Yo con la boca cerrada y esperando el momento de mi venganza. El que ríe último...

Filmábamos la última escena de la película. Era en el circo. El olor de los mojones de las fieras era inconmensurable. Imagínense una mezcla de heces provenientes de elefantes, leones, llamas, monos, caballos, etc. ¡Albricias!, acabaría pronto ese tormento. Kurry regresaba a E.U. en un par de días, se iría con Paquita y Mirsa. Mi íntima amiga había interesado a nuestro director, no precisamente por sus dotes histriónicas. Cogí mi ropa y empecé a prepararme para la escena.

—Voy a extrañarte. —Mirsa no dejaba de llorar. Estábamos en el aeropuerto—. No sé cuándo regresaré. Pienso aprovechar a Kurry y ver qué consigo.

—Ya, mujercita, seca esas lágrimas y alégrate. ¡Te vas a Hollywood!

—Se supone que debería estar feliz, pero, ¿sabes? Tengo miedo.

—No pienses en eso. El miedo es un invento de la bondad —la estreché entre mis brazos—. ¡Anda, apúrate!, llaman a los de tu vuelo. —Le di un beso y la empujé hacia la fila de pasajeros que avanzaba hacia la puerta de embarque.

—Chau, Rufo, no te olvides de mí. —Iba prendida de su maleta. Me di la vuelta y me alejé. No voy con las despedidas.

La loca historia de la película —y de la chica del pelo verde— había terminado. Podía decir que no tenía motivo de queja. Conseguí experiencia en las tablas y una simpática cantidad de dinero, pero no resultó ser algo iluminador. El mundo eran las mismas tinieblas. Aún tenía que buscar mi propio camino. Las respuestas o estaban muy dentro o muy lejos de mí. Sin embargo, eso no me desanimaba, por el contrario, lo hacía más excitante. Tenía a Hélène en el corazón, pero también el recuerdo de esa dulce muñequita de rizos rojos y encantadores. Mi razón de amor estaba algo desquiciada.

¿Qué es de ti, muñequita? ¿Qué es de tu corazón dulce y solitario?

Breves cartas de Mirsa

Querido Rufo:

Hollywood es lindísimo. Todo es tan hermoso que me siento tan avergonzada. La gente fea no existe en este valle (tu amigo Visor no podría ser parte de la fauna local. Lo exterminarían). Kurry me ha presentado a una productora. Voy todos los días a los estudios y estoy a la espera de un papel. No tengo ningún problema, la paso bien. Vivo con una inglesa que se muere de ganas por ser directora artística de películas de terror y SF y esas cosas. Te encantaría conocerla.

Nuestra película fue exhibida en una función privada para la gente de la "industria". Consiguió buenos elogios y ahora preparan su lanzamiento. ¿Qué tal te va con tu amorcito? No la vayas a dejar, es una chica preciosa y te quiere un montón.

Escríbeme, no seas flojo. Hasta ahora ni una sola carta.
Un beso grandote.

Mirsa

P.D.: Me olvidaba, la película se llamará *Human*. ¿Te agrada el título?

Otra carta de Mirsa

Amigo mío:

Aquí estoy volviéndote a escribir. No me contestaste. ¿Estás molesto por algo o no te interesaba saber de mí? ¡Dios!, qué cargosa soy. Los días son tan rápidos en esta ciudad. Conseguí un papel en una película, es un rol pequeño pero igual me entusiasma. Ya sabes, por algo se comienza. Cuando nos veamos tienes que felicitarme como solías hacerlo. Te extraño mucho.

Estoy a dieta, tengo que bajar dos kilos. Hago yoga con mi compañera de cuarto y corro por la playa en las mañanas. Conocí a Micky Rourke. Lo vi en una fiesta, yo fui con Kurry y unos amigos de los estudios. Estaba algo gordo y tenía un ojo morado. ¿Qué le habría pasado? Jacques, un amigo que es diseñador, dijo que a lo mejor intentó suicidarse.

Nuestra película se estrena dentro de dos días. Debo conseguir algo que ponerme para la función. Tú sabes, las fotos y esos movimientos. Hay que verse bien. Dirás que soy muy frívola. No te molesto más. Te dejo, se me hace tarde

para llegar a los estudios. Hoy debo recoger mi guión. Te quiere.

Mirsa.

Pensé en responder las cartas de mi amiga Mirsa y contestar a sus tontas preguntas. No, Mirsa. Por qué supones que me encantaría conocer a la inglesa. No me interesa la gente. Con mi amorcito me va de maravillas y ni me acuerdo de ti —¿eso es lo que querías escuchar?—. El nombre de la película me parece un plagio igual de descarado que el argumento. Enriquece tu limitada cultura. Theodore Sturgeon escribió en 1953 una estupenda novela de SF —*More than Human*—. No te pido que la leas, a lo mejor es demasiado esfuerzo para tu pobre mente, mas dile a tu protector que existe algo llamado imaginación y sería bueno que la use. Con Rourke lo que ha debido pasar es que lo habrán lastimado en un combate. Un cardenal en el ojo de un boxeador es como el rimmel en los de una puta. Tú debes saberlo, ¿no? Mujer tenías que ser. Y finalizando no diría que eres muy frívola. La elegancia en el vestir es indispensable y la frivolidad no daña a nadie. Lo que pasa contigo es que eres muy insegura y esnob y nunca decides por ti misma. La gente te aplasta con sus opiniones.

No podía mandar la carta. Sería un exceso de crueldad.

Wait a minute, amorcito. Hay un único punto en el que tienes mi absoluta aprobación. El derecho innato a exterminar a un ente tan repulsivo como es Visor. Really, really es peor que un vómito. Ya nadie lo aguanta con sus aires arribistas de medio pelo y sus poses de niño terrible (y ya pasa de los treinta y cinco). Creo que es la única persona que no tiene ni un solo amigo en la city. A lo mejor nos animamos

a hacer una colecta para comprarle un pasaje y mandarlo derecho a la city of Los Ángeles. Supongo que por esos lares habrá una suerte de comité encargado de la estética o something like that.

26 UN CABRITO Y UN LOQUITO

El cuidado del cuerpo ha sido desde siempre una preocupación en el ser humano. Es por eso que se reprimen tanto las opciones de vida autodestructivas. Ahora la construcción de un cuerpo esbelto, bello y lo más cercano a la perfección ha adquirido un brutal empuje. Decididos a recuperar los años perdidos, los gimnasios, los spa, los centros de estética, los solarium y esas obsesiones por dietas y suplementos vitamínicos han inundado las ciudades modernas.

La tranquilidad y la satisfacción que proporciona la contemplación del cuerpo labrado como una escultura en el reflejo del espejo parece no tener comparación. Hombres y mujeres corren a los gimnasios dispuestos a botar hasta la última gota de sudor. Sonríen felices al levantar descomunales pesos por sobre sus cabezas, o saltando cual conejos bajo las neuróticas órdenes del instructor de aeróbicos. Se realiza la transformación Hombre—Ejercicio—Reflejo. Todo se funde en un único ser.

Yo valoro la belleza del cuerpo. Cuido los abdominales y evito la gula, mas de ahí no paso. Jamás, jamás me inscribiría en un gimnasio. Considero peligroso y provocador ese des-

pliegue de narcisismo ante los otros. Puede estar bien para una mujer, pero un varón hecho y derecho, imposible. Con el pretexto de los músculos, te ves rodeado de un enjambre de fulanos que no dejan de contemplarse junto a ti en el espejo. Miran sus bíceps. Miran tus bíceps. Desean no sólo tus bíceps. Es un negocio de alto riesgo. Las ropas ayudan, esos ceñidos y cortos leotards aguantando la libre disposición de los enormes músculos. Los cuerpos desnudos bajo el agua en las duchas. No olvidemos la herencia helénica. No la olvidemos.

Sofía se había inscrito en un gym para bajar de peso. Parece que mis abdominales la avergonzaban. Yo me cuidaba de no hacérselo notar, era un trauma suyo. Para mi gusto estaba bella como la muerte. Bellamuerte muñequita.

Quedé en recogerla del gym para ver qué hacíamos esa noche. Llegué unos minutos antes y curioseé por el lugar. Sofía sudaba en una sesión de aeróbicos. Mis ojos pasaban de un poto a otro poto, de un par de piernas a otro par de piernas, de una entrepierna a otra entrepierna. Y en uno de esos brincos me encuentro con una surprise: el profesor, una loca teñida de rubio. Cambiaron a otro ejercicio que consistía en trepar a unas tablitas, dar una palmada por encima de las cabezas y bajar de las tablitas. El instructor trepaba a la tablita. Me guiñaba el ojo. No hacía la palma. Bajaba de la tablita. Ya no podía contemplar tranquilamente todos esos cuerpecitos. A mi disfrute se añadía una dedicada molestia. Ahora lo que tenía era un salto aquí un salto allá. La cara de ese bruto. Los lindos cuerpos de esas jovencitas. El bruto no se quedaba tranquilo, su coqueteo iba in crescendo. Lo premié con una sonrisa. Terminó la sesión. Sofía pasó por mi lado hacia las duchas. Me saludó. Olía riquísimo, macerada por el sudor. Le dije que no se lavara. Ella arqueó las cejas en

clara demostración de incomprensión y aceptó. Las demás muchachas dejaron la sala. Quedábamos el profesor y yo. Caminaba hacia la puerta cuando escucho que alguien se dirige a mí (indudablemente era la locaza).

—¿Te gustan los aeróbicos? —me zampó una mirada a la pinga demasiado descarada. Me sonrojé.

—No. Miraba culos.

—¡Ay! qué gracioso eres. —Se estaba secando el cuello con una toalla. Retrocedí para que no fuese a salpicarme alguna gota de sus fluidos corporales (como todo hombre sensato le temía al sida. Je, je)— Si te animas puedo conseguirte una beca. Sólo tienes que hablar conmigo.

—¿Y de qué hablaríamos? Yo no sé nada de aeróbicos y además soy poco comunicativo por naturaleza. —Se estaba poniendo muy lanza este moderno.

—Temas no faltan. Te he visto en *Gitano*, ahí está, podemos hablar de *Gitano*.

—No lo creo.

—Podríamos salir un día —sonrió picarón—, ya sé que paras con Sofía, no tiene por qué enterarse.

—Pese a las apariencias, no me interesan las personas de mi mismo sexo.

—Creo que me estás mintiendo.

Fue lo último que escuché. Uno de mis puños, ligero como el aletear de una mariposa, fue a clavársele en el estómago. La loca se dobló por el dolor. Aproveché y le pateé la cara. Quedó tirado en el suelo.

—Te equivocas, florcita. Mamita me enseñó a no mentir.

No podía chupar, el hígado me palpitaba como corazoncito enamorado. No encontrábamos qué hacer esa noche, casi siempre bebíamos o tirábamos. Se nos ocurrió bajar a lata a la playa. Cogimos bajada Balta y se inició el descenso. Me acordé del día aquel en que a mi brother in arms, el Salmonela,

le destrozaron los dedos con una botella. Fue en una fiesta de los de Derecho. Las botellas volaban por el aire. La gente corría. La música dejó de sonar en el stereo, pero no en mi corazón. Las chicas miraban asustadas. Yo miraba al enemigo y el culo de la Llosa —tendrían que verlo, amigos míos. Lo único bueno de esa deplorable facultad—. Finalmente Chavo y yo le dimos un apoyo a la Salmonela. El agresor se llevó un tajo de sesenta y dos puntos en la face. Chavo le reventó una de litro en pleno cacharro. Yo, como escaseaban las botellas, sólo pude agarrar una mediana y colaboré con mi granito de arena. Por única vez se nos dio la razón. Aunque algo de culpa había. Yo me había burlado de dos rucas retacas que estaban con el enemigo. A decir verdad no eran tan retacas; rucas, sí. Quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra. Me olvidaba de contarles que el pata era de la selección de basket. Dos metros. El Chino Mamá se pegó a la jodienda. El gigante nos sacó al fresco y este pechito jamás le huye al peligro. Es mi drug. Me le adelanté. Pegué un salto —era muy alto— y lo tumbé al suelo con un jack. A unos metros Salmonela, Miya y Mamá chupaban tranquilamente. El gigante se levantó y corrió. Al toque la paré que buscaba venganza. Fui hacia el grupo, los puse al tanto y no me hicieron caso. Nuestra fuerza de choque (Tortuga y Chavo) bailaba dentro del tono. En eso aparece el gigante como con cincuenta botellas. Mismo pulpo, me las arroja. Le sobran manos. Tenía unos tiros de mierda. Buena puntería, pero no la suficiente como para acabar conmigo. El pobre Salmonela llevó las de Caín. Una botella le destrozó los dedos de la mano izquierda. Después vino el inevitable ajuste de cuentas y el ser amenazado con una denuncia policial. Otra raya más al tigre. Vuestro amigo no le teme a nada, venga lo que venga. Para mí, la vida es como un huevo duro. Llevamos a nuestro herido a recibir atención médica. Saliendo del

hospital terminamos chupando un vodka con sabor a melón en la bajada.

Sofía no tenía miedo de mandarse a pata a la Costa Verde en plena noche. Supe que me estaba sobrevalorando. Por un momento me sentí como mi héroe el *Batman*, dueño de la noche. El más tremendo de los granputas. En fin, podía defenderla, pero no hay que forzar al destino. Fortuna rueda en círculos grandes y pequeños. Supongo que eso no lo entienden. No importa, no se preocupen. Me dijo que quería hacer el amor. Se pegó a mí y empujó con su pubis. La agarré del poto y le metí un beso.

El sexo no era tan fácil. Los pantalones a la rodilla. Su casaca de cuero marrón de *Charro* sirviendo de manta. La arena metiéndose por donde menos te imaginas. Una sombra pasó cerca de nosotros y se escondió en las rocas del espigón. A cada movimiento nuestro un mirón sacaba la cabeza. Sofía no se había dado cuenta hasta que se lo dije. Se asustó. El voyeur al ver que nos acercábamos escondió la cabeza entre las piernas. Parecía un erizo o un caracol evitando el peligro. No se movía. Un tipo raro, realmente raro. Me desabroché la bragueta y oriné encima de su espalda. Seguía sin moverse, sólo hacía un ruidito con la voz. Parecía un mantra. Lo dejamos mojadito en meados.

La mar se rompía cariñosa contra las piedras del espigón. La noche encendía sus estrellas. No había luna. Sofía me cogió del brazo y nos alejamos.

27 DEVIL'S DOLLS

El Partido Comunista del Perú Sendero Luminoso hizo pública su existencia en mayo de 1980 durante las elecciones presidenciales convocadas por el agotado gobierno militar. Justas en las que ganó el arquitecto Belaunde, un opaco político de centro derecha. La primera acción de *SL* consistió en la destrucción de material electoral (ánforas y cédulas) en la localidad de Chuschi, departamento de Ayacucho, sierra central del Perú. Una de las regiones más pobres del país.

Pero su existencia se remonta a varios años atrás. Las aulas de la Universidad de *San Cristóbal de Huamanga* acogieron a finales de los sesenta a un prometedor grupo de intelectuales, entre los cuales se encontraban Abimael Guzmán Reynoso, Osmán Morote Barrionuevo, Jorge Díaz Martínez, etc. Éstos se comprometieron a desarrollar los presupuestos efectivos de la lucha de clases en la nación peruana. Ya desde el 63 existían como facción al interior de la izquierda. Su marcado radicalismo, así como su ebria ética, los empuja a cerrar filas contra lo que denominan revisionismo o apartarse de una línea de desarrollo semiburgués. Renuncian a sus tiendas políticas y en 1970 nace como partido lo que en los

próximos veinte años sería la única opción de cambio y al mismo tiempo el máximo terror en estas tierras del señor. La línea directriz del partido es el marxismo maoísmo en un comienzo. Luego despega lo que consideran una ideología más superada y acorde con la propia realidad, *el pensamiento guía del Presidente Gonzalo*. Tal presidente que nunca ha sido electo y que no le interesa serlo es una de las mentes más notables del país. Filósofo de carrera. Comunista de convicción. Un innegable líder. Y un despiadado estratega.

El *PCP* propone que la lucha de clases debe desarrollarse a través de una vanguardia que es el partido. La existencia de un *ejército popular* es imprescindible para acabar con el ordenamiento fascista y corporativo del Estado peruano. Su discurso político se llena de extraños adjetivos y de una evidente intención hipermoralizadora. En 1977 ingresan a la clandestinidad y ya no se tiene noticias de ellos hasta 1980. En dicha fecha se inicia una efectiva y despiadada lucha entre este ejército popular de *SL* y las fuerzas armadas del Estado peruano. Los excesos y atropellos a los derechos humanos provienen de ambos bandos. Ayacucho y gran parte de la sierra central en sus zonas rurales pagan las consecuencias. Pueblos, comunidades campesinas y caseríos son exterminados por *SL* y por el ejército peruano. Los campesinos se encuentran entre dos fuegos y para escapar de este afinado concierto de violencia inician un éxodo masivo hacia las ciudades de la costa. Pero el *PCP* no pretende quedarse únicamente en el campo. Su política del terror debe llegar a la ciudad, y la ciudad en el Perú es Lima. Se despliega una serie de atentados que van desde los asesinatos selectivos (militares, políticos y líderes sindicales), voladuras de torres de alta tensión, coches-bomba dirigidos a instituciones públicas o privadas, incursiones y amedrantamiento en organismos sindicales, desarrollo y captación de nuevos miembros en

universidades (principalmente la otrora decana de América y una universidad a las afueras de Lima dedicada a preparar profesionales para el magisterio). El número de víctimas como resultado de la guerra es alarmante. Los derechos humanos se evaporan como parte de un acto de magia. El Perú está en guerra y la población civil tiene miedo. Se acostumbra a no salir a las calles, a los apagones, no quiere morir por la explosión de un coche bomba, ni quiere ser parte de las equivocaciones y errores del ejército. Primero se dispara, después se pregunta —no olviden, estamos en guerra—. El terrorismo no logra ser derrotado en los gobiernos del arquitecto Belaunde y del doctor García Pérez. Es en el gobierno anticonstitucional del ingeniero Alberto Fujimori que se hace retroceder a la amenaza. Con la entrega del control gubernamental y legislativo a una alianza compuesta por una mayoría fujimorista en el congreso y el ejército se logra para tranquilidad del pueblo golpear directamente a *SL*. Se captura a sus principales dirigentes, entre los cuales está el Presidente Gonzalo. Se les aplica cadena perpetua, sentencias que cumplen en cárceles militares. Se establece la ley de arrepentimiento que acoge a senderistas cansados de pelear por el Estado de nuevo tipo. A cambio de declaraciones y colaboracionismo se les otorga penas menos severas. Surgen los tribunales militares y los jueces sin rostro. Atroces excesos son cometidos por el ejército en su afán de erradicar la nefasta plaga. Recordemos el asesinato de *La Cantuta*. En fin, podríamos decir que son usos de la guerra.

Actualmente aún subsiste una facción del *PCP*. Una facción más dura y radical que se niega a aceptar el "acuerdo de paz" firmado entre nuestros dos presidentes (Gonzalo y Fujimori). La lucha se desarrolla en la zona de ceja de selva, esperando la gloria o la derrota. Al mando se encuentra el camarada Feliciano Mejía, antiguo estudiante de la *Uni-*

versidad Nacional de Ingeniería. Hijo de un comandante del ejército, digamos que de ahí viene el amor por las armas.

Nuestro país es un país cruel y lleno de contradicciones. Un intento de nación. El peor error en nuestros tiempos es pretender ser sentimental y justo. No se puede combinar la pasión con la búsqueda de la verdad. Éste fue el defecto del PCP. Mucho se ha hablado de los años de barbarie terrorista. Yo he crecido en medio de esa guerra. Los muertos también. A pesar de lo brutal y sanguinario de su intento de cambio, de lo estúpido que es el socialismo, pienso que tiene el mérito de haber estado dispuesto a enfrentarse contra la adversidad. Valoro ese choque y esa ruptura. Pienso que el problema arranca con el ser parte de una fe, el abrazar una opción política que finalmente termina por destruirte. Me es imposible poseer la pasión suficiente para sentirme parte de un todo. Un eslabón de una cadena dispuesto a someterse a una disciplina ateniense, a una fe casi mística, y sobre todo a malinterpretar mi odio contra el mundo. Tengo un camino muy aparte. Sé de la desgracia y el dolor que recorre a mi pueblo, pero no tengo ganas para luchar por quienes no conozco. Me pregunto de qué han servido tantas muertes si igual seguimos muriendo. Es cierto, han derrotado a *Sendero* pero las condiciones socioeconómicas que permitieron su nacimiento y desarrollo aún existen. No han podido derrotarlas. Comunismo, extraño delirio del romanticismo europeo.

Sin embargo, a pesar de nuestros desencuentros. Bienaventurados todos los caminos que conducen a la destrucción.

Me remangué la camisa, dejando al descubierto mi antebrazo. Un sello rojo quedó estampado sobre la piel. Coco y yo estábamos en la cola antes de las diez. El viaje resultó

infernol. Pasamos por Abancay, cruzamos el río, el micro se demoró un siglo en Acho y luego dobló hacia la derecha. Tierras que yo jamás había pisado. Nos alejamos de la ciudad. Ya era mediodía. Tenía hambre y me arrepentía de haber realizado ese esfuerzo. Aún faltaba ver a Petardo. No lo veía por lo menos un par de años. Primera vez que lo visitaba. No aguantaba la idea de entrar a una cárcel aunque sea de visita. Atravesé el portón metálico. El mundo real quedaba afuera, dentro existía un remedo del mundo, una mala copia. Tenía las manos frías y mojadas, me las sequé en el culo de mis pantalones. Cómo la pasaría Petardo entre rejas. Al menos cuatro años guardadito, cuatro años, cuarenta y ocho meses, mil cuatrocientos sesenta días. La primera vez que cayó sus viejos pudieron sacarlo gracias a sus relaciones. El padre era director de *Desco*. Una cagada de ong. Volvió a caer y con volantes senderistas en la mochila, a un par de cuadras habían dinamitado una agencia bancaria. Él declaró que lo de los volantes era un invento de la *Dincote*, pero cuando le preguntaron qué mierda hacía en Villa El Salvador, se vino abajo su coartada. Dijo que estaba comprando una manguera para regar su jardín. Él vivía en Orrantía del Mar y obvio que hay ferreterías más cerca. Uno de sus compañeros de célula sí vivía por la zona. Intervienen su casa y encuentran una caja repleta de cartuchos de dinamita, propaganda, una pistola y la perdición para los dos. Esa vez sus viejos ya no pudieron ayudarlo. "Perdiste, jugador" cuentan que le dijo un capitán de la *PIP* cuando lo encerraban al encontrarlo culpable de ese horrible delito llamado terrorismo.

Coco ya lo había ido a visitar. Me contó que Petardo aceptó plegarse al "acuerdo de paz" y ver si le reducían la pena. Como él ya estaba preso y no tenía a quién delatar tampoco tuvo suerte. Nos lo encontramos en el patio de visita junto con los demás internos del penal Castro Castro. Me

quedé sorprendido, con la boca y el corazón abiertos. Ese conjunto de seres humanos era escalofriante. Habían perdido la confianza en sí mismos y la libertad, ese derecho inalienable del hombre moderno. Cursi, ¿no? Algunos seguían creyendo en el avance de la revolución, en un oportuno salto estratégico. Otros optaron por la bella traición. Todos se veían destrozados. Les mirabas las caras y te dabas cuenta de que hombres ya no eran. Alguna manifestación parecida tal vez; pero hombres, ya no. El encierro los había conducido de frente a la aniquilación. No sé quiénes estaban en lo correcto, aquellos que continuaban con sus ideas o los otros que saltaron del barco cuando empezó a hacer agua. No me correspondía juzgarlos, ya sufrían bastante.

Hablé con Petardo. Difícil. La charla más triste, absurda y hermética de mi existencia. De qué hablarle a un sujeto que no tiene contacto con el mundo desde hace cuatro años. Su vida era su celda. Siempre entre cuatro paredes. Bajo llave. Un aislamiento total. Me preguntó por algunos del colegio: las hermanas Pozo y Lucía. Le conté lo que sabía de las hermanitas, una terminó sociología y la otra se metió de top model. Su amada Lucía hacía teatro y vivía con un viejo que era catedrático en una universidad. Quería saber qué orquestas de salsa sonaban en la calle. Me había informado especialmente para esa pregunta. Sabía que la haría.

Recordé cómo nos conocimos a la salida de clases. Yo no tenía amigos. Él discutía con el cargoso de Páez. Nos volvimos a cruzar en el micro. Petardo punteaba a Lucía. Nos bajamos en el mismo paradero, yo iba a casa de una prima que vivía por su casa. Sonrió, se acercó y conversamos. Era la primera vez que hablábamos. Resultó ser un muchacho cortés y simpático. Insistió en que entrara "un ratito" a su casa. Lo primero que hizo fue enseñarme su extensa colección de discos de salsa.

El tiempo de la visita pasó rapidísimo. Le dejamos cigarrillos y unas conservas. Nos abrazamos y le prometí que lo iría a visitar más seguido. Ambos sabíamos que no era cierto, pero igual, se intentó creerlo.

La amaba demasiado. Sofía se había apoderado de mí y permití que eso sucediese. No hice nada para evitarlo. Decidí apostar por su amor. Lo único que me interesaba era estar con ella. Podía dejar de hacer cualquier cosa y correr a su lado. Descuidé el trabajo, hice a un lado a mis amigos y ya ni pensaba en otras mujeres. Sólo bastaba verla para olvidarme del mundo, pero con una mujer como ella podías olvidar infinitas cosas. Sus rizos y sus piernas me tenían hipnotizado. Cuando se levantaba la falda y me enseñaba esos dorados y soñados muslos, me quedaba con la boca cerrada. Qué iba a decir frente a tanta perfección.

Sabía que no estaba haciendo lo correcto. Era demasiado lo que estaba ofreciendo por una mujer. Nunca conviene pegarse demasiado. Ellas son tan complicadas, tan imprevisibles, y lo peor de todo tan necesarias y bellas. El precio que te piden escapa a tu presupuesto y aun así tienes que pagarlo. La sensatez y la libertad me habían abandonado en sus manos. Cruzaba los dedos para que sólo viviésemos de amor.

Ella también me quería y trataba y trataba de entender lo que hacía conmigo. Realmente me desconcertaba todo lo de

tiempo que dedicaba a comprender lo que hacía. Quería encontrar una razón hasta para cosas que nunca la han tenido. Y mientras hacía todo ese ejercicio cerebral se acercaba a mí con toda su belleza, yo intentaba responder a sus dudas e inquietudes. A veces era difícil, muy difícil. Yo ponía lo mejor de mis neuronas a trabajar para resolver sus preguntas. Lo más jodido era su deseo de planificar ciertos aspectos de mi vida. Había una bomba de tiempo flotando en la bañera. Su amor por mí tenía el defecto de ver el mundo desde su lado. No había una segunda intención, era claro, pero la estrechez de mente era un peligro.

Las cosas mejoraban y de pronto iban para abajo. Sofía se preocupaba con mucha pasión de dos cosas: los demás y nuestras diferencias. A ella le preocupaba en exceso la opinión de los otros —los que ella conocía y de los que de algún modo necesitaba su aprobación—; por el contrario, a mí no me interesaba nada lo que pensaba el mundo de las cosas que hacía o dejaba de hacer. Y las diferencias, ella las encontraba hasta cuando nos sentábamos a la mesa y empezaban las discusiones. Yo casi no discutía, prefería evitar que la cólera se apoderase de mí. Por experiencia sabía que cuando eso pasaba me iba hasta los extremos. A fin de cuentas, las discusiones no obedecían a una lógica explícita, seguían un orden que nunca comprendí. A lo mejor Sofía poseía un extraño y singular sistema de pensamiento. Esa semana casi no nos vimos. Ella había iniciado clases en la universidad y estaba como poseída por las ansias de adquirir nuevos e inútiles conocimientos. Yo igual, iba en la segunda semana de clases, aunque claro, a mí el asunto me deprimía. Lo único que deseaba era acabar con los pocos cursos que arrastraba en mi alma mater y escapar de ese arcaico y estúpido modelo educativo. Había pensado en abandonar mis estudios, pero una promesa hecha a la living memory de mi

viejita comprometía mi honor. Y vuestro amigo, no da su palabra en vano.

Sofía apareció por mi universidad. Llegó con dos amigas, eso me molestó. Yo no quería a la gente y ella viene con dos muchachas a quienes tienes que sonreírles y conversarles y mirarlas. Ella se aprovechó de su encanto y yo le di a mis relaciones públicas una oportunidad de lucirse. Las muchachas no eran malas personas, lo que sucedía es que yo esperaba únicamente a Sofía y a nadie más. Almorzamos juntos. Sofía se veía mágica. El sol entre los árboles y ella vestida de negro a mi lado. Discutimos no sé por qué y la alcancé en el estacionamiento. Sus amigas nos miraban extrañadas. Unos minutos antes nos insultábamos y luego como si no hubiese pasado nada sonreíamos de nuestra felicidad. Quedamos para la noche. Fuimos a un hotel. Fue rápido y extraño, pero delicioso. Terminamos sentados en una pollería conversando de mis desastrosos modales.

Ese viernes no había mucho de dónde escoger. Lo mismo de siempre. Lima es una ciudad pequeña y cojuda. Cuando quieres divertirte tienes o que ser muy imaginativo o muy imbécil. En *Delirium Tremens* había un concierto semi subterráneo, semialternativo, semirokero. Algunos patas míos iban a estar. Convencí a Sofía de ir a torturarnos los oídos. Tocaban varios grupos, ninguno de ellos me interesaba. Nos encontramos con Dora y Vicky y fuimos a tomar unas cervezas mientras empezaba el concierto. Comencé a beber muy aprisa y cuando regresábamos hacia *Delirium* yo ya estaba algo picado. Entramos y perdimos de vista a mis dos amigas. Sofía quería un bate. No había. Fuimos a la barra y compramos más trago. Recuerdo que de pronto el lugar era poco acogedor para el ritmo de nuestras caricias. Salimos hacia mi casa. En el trayecto paramos a comprar más trago.

Ella quería un trago corto, yo compré cervezas.

Abrí un par de chelas y empecé a besarla. Su pantalón cayó al suelo. Llevaba una trusita muy curiosa, con una abertura horizontal. Ella me dijo que no sabía para qué diablos servía. Yo me la cogí y se la metí por ese hueco. Reímos. Terminamos de deshacernos de la ropa y ya estábamos en mi cama. Sentía a Sofía como si la estuviese agarrando en medio de un sueño, sus ojos no se apartaban de mí. Estaba demasiado borracho, no se me paraba. Ella no se dio cuenta de eso. La eché al borde de la cama con las piernas hacia el piso. Cogí una cerveza y la derramé sobre su pubis angelical.

Fue el mejor trago de mi vida. Lo bebí con locura mientras le destrozaba con la boca esa entrepierna tan maravillosa.

Le dimos un poco a los besos. Ella retribuyó mis favores. Otra vez la tenía dentro y estaba ahí, lejos de las penas, moviéndome, pero de nuevo llegó el problema. Mucho trago o poco vigor sexual, escojan ustedes. No podía controlar el asunto. La saqué. Me levanté de la cama. Fui al baño a mojarme la cara, espantar la borrachera, tomar un poco de aire, elevar mi autoestima y regresar al tálamo. Sofía estaba como nunca y me esperaba. Regresé, siguiendo aquel consejo maternal de no dejar las cosas a medio hacer. Comencé de nuevo. No recuerdo qué dije o qué no dije. Dejé de moverme. Ella se levantó hecha una furia. Me insultó y mientras su hermoso culo desaparecía dentro de un bonito pantalón negro de *Orange*, no paraba de recordarme que se largaba, que me dejaba, que le era imposible soportar ese trato en el sexo, que no había comunicación, etc., etc. No sé cómo se armó un lío del demonio. Te acompaño, le dije. Ella no quería, arrancó la discusión. Me quedé callado. Ella hablaba y hablaba de cruces y de martirios y de sacrificios.

Plena madrugada. Discutiendo casi a gritos. El cielo estrellado misma escena de *Star Wars*. Yo le di a la letra y solté cosas sin sentido. Dije algo que no es conveniente

decirle a una mujer: que la quería con todo el empeño y la fuerza de mi triste corazón, y para qué servía la vida si no la tenía, y un par de ritmos parecidos. Supongo que algo sabrán de esos rollos. Estás perdidamente enamorado —o crees estarlo—, estás borracho y la mujer a quien amas te está diciendo que ya no pasa nada, que es el fin de la telenovela, que quiere dejar de verte. Entonces era yo quien pedía explicaciones y trataba de sacar razones de donde sea. Era simple. Sofía estaba furiosa y no quería tenerme a su lado, pero yo tenía miedo, mucho miedo. Me sentía terriblemente solo en medio del universo. Sofía lo único que decía era que deseaba largarse. Me indigné tanto con su falta de valor y de cariño. Entiendan, para mí, ése era un momento trágico. Un giro catastrófico en mi personal history, algo comparable al saqueo de Roma u otro asunto tristón y grandote. Mi miedo seguía riéndose y ella no decía nada. Solamente "me voy, me voy, déjame" (me olvidaba de decirles que la tenía agarrada de las muñecas). La miré a los ojos y no sentí nada en esos lindos espejitos de miel. Mi entendimiento desapareció dejándome desamparado en medio de la pasión y la confusión. Sofía soltó el llanto. Temblaba. No quería que la toque. Cruzó corriendo la pista y yo la seguí. La apreté entre mis brazos y ella me miró aterrorizada. Mi desamparo se hizo más grande. Sentí que se había destruido todo el amor. Me pregunté por qué había llevado las cosas por ese rumbo. No encontré respuesta. Ella no dejaba de llorar. Me angustiaba saber que yo era el responsable de su dolor. Pero, no me culpen tanto, todo fue tan rápido, tan nebuloso y tan absurdo. Ahí no sólo se hablaba de amor, algo más estaba en juego. Para ella el golpe implicaba la destrucción de muchas otras nociones que yo desconocía. El dolor era completo, en cuerpo y alma. La había jodido. De más tratar con las palabras, ella continuaba en el llanto. Nada quedaba sino alejarme. La embarqué en un

taxi y regresé a mi cubil. Tenía frío, con el apuro había salido en short. Terminé las cervezas frente al espejo, mirándome la panza. Descubrí un naciente rollito. Lo cogí con mis dedos y lo apreté. Pensé, ¿a quién echarle la culpa? ¿La había? El trago, el destino, la misma Sofía. Eso de justificarse con uno mismo es todo un caso. A quien tienes que convencer es a ti mismo. Las aguas estaban claras: si había que culpar a alguien, ese culpable era yo. No era la primera vez que me jodía la vida.

Apagué la luz, estrellé la botella vacía contra el espejo. Y me metí a la cama con mi tristeza y mis vodkas y mis cervezas en las tripas.

29 POR EL AMOR DE OTRA MUJER

Hoy por la mañana me di cuenta de que me estoy haciendo viejo. Estaba dándole a los abdominales. Paré a mitad de la cuarta serie y corrí hacia el baño a vomitar todo el gin de la noche anterior (había quedado con mi yunta Pepe Resina y hablando de pintura limeña nos secamos tres botellas en *Chatarra*). De todos modos quería terminar los abdominales. Pensé. Eché a andar el cerebritito, a veces se puede hacer un esfuerzo. Mis ojos se clavaron en el estante de los casetes. Escogí el *God save the Queen*, era un fanático de esos animales. Busqué la segunda canción del lado B —*Anarchy in the UK*—. Encendí el equipo y coloqué la cinta. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Qué tal música. Era como meterte una caja entera de *Tenuate dospan*. Electricidad corriendo por tus venas. Coraje suficiente para destruir a lo que se te ponga enfrente. Mejor que fumarte un mixto o soplarte solito un par de chamos bien despachados. Era mi soma. La drug por excelencia. Con este incentivo era de sobra para los abdominales. Lo usaba cuando flaqueaba por las resacas o por algún otro exceso. Pero hubo una novedad. No pasó nada. Sentí esos cien mil dragones escupiendo fuego en mi interior y

nada más. No acudió el vigor. No pude terminar la siguiente serie, sólo hice sesenta y nueve. Trapo. Me metí a la ducha y de ahí a la cama.

Hélene aún dormía. Mi diosa dormía boca abajo. Lo único que la cubría eran un ligero rojo de *Victoria's secret* y mi mirada. Decidí santificar la ocasión. La belleza no está hecha para la contemplación, debe ser profanada. Acerqué mi rostro a sus nalgas. El contraste del color de nuestros cuerpos me embolsó. Me dediqué por unos cuantos minutos a olerle las dos hendiduras. El aroma de la mujer es uno de sus dones más preciados, y qué hacen ellas, lo echan a perder supultándolo bajo litros de perfumes y colognes. Hélene sí se interesaba por sus propios olores, detestaba los perfumes. Como un cachorrito saqué la lengua y le lamí el culo. Ella se despertó, pero no abrió los ojos. Una sonrisa en sus labios y levantó la grupa para facilitarme la labor. Cambié de hueco. Soltó unos gemidos. Me puse *Platero y yo*. Allegro. Cambiamos de posición, ella se sentó sobre mí, dándome la espalda. Un recio gancho la penetraba en ese huequito tan suyo y pese a que permitía la presencia de ese intruso conservaba el enigma de sus profundidades. Siempre me he preguntado qué piensan las mujeres cuando la tienen dentro. Analicemos. ¿No se les ocurre nada? ¡Caramba! Lo que quiero es establecer una conversación. No se trata de un monólogo. Yo les he preguntado y las escasas siempre han entendido que me refiero al sentir. Eso ya lo sé: si están con yoni, están con Dios. Entonces, un momento. Me estoy olvidando, creo que debo aclarar que esta disertación se reserva exclusivamente a varones, a lo mejor algún brita se pasa de contrabando. Pero si tú, lector, eres una delicada dama, brinca unas seis líneas hacia abajo. Regresando al tópico, ellas me hablan del sentir y lo que quiero saber es lo que piensan. Debe ser extrañísimo tener una cavidad destinada a acoger un miembro foráneo.

Para mí es toda una incógnita. Ahora, lo que yo pienso en esos instantes de fascinante dulzura, parafraseando esa detestable muestra del criollismo, es algo simple y fundamental. Vasallaje, mas éste es un vasallaje no a lo medioevo, sino algo más crudo, más bizarro, más brave. Componente de un erotismo a lo horda de Atila, a lo savage sword de *Conan*, a lo Charles Manson.

—Necesito que me ayudes.

—Dime, preciosa.

—Un viejo que sale conmigo me ha pedido que consiga un chico ... —una pequeña pausa en el ambiente—. Es un tipo raro, tiene sus gustos.

—¿Y qué haría yo?

—Quiere que me maltraten y él contemplar el espectáculo.

—Pero si se me pasa la mano. Uno a veces no mide su fuerza.

—Usarías un látigo y después quiere que me amarres y hagas gotear sobre mi linda barriguita una vela inmensa.

—Oye, y tú, normal.

—Vale la pena por la paga y prefiero hacerlo contigo.

—Que sea como tú quieras.

El viejo nos recogió en el *Twist*. Vivía cerca, no tardamos en llegar a su casa. Sirvió tres vasos de whisky. Mientras nos poníamos a tono para la escena curioseé por la habitación. Era la biblioteca. Sobre la mesa de despacho vi *El pitufo sodomita* y *M. C. de Carrillo y Rilo* respectivamente. Dos novelas hechas para perturbar los sentidos. Se recomienda su lectura. Me levanté de mi asiento a servirme otro vaso de whisky. Cogí a Hélène por los hombros y miré al anciano que sonriendo tras la mesa nos indicaba que era hora de dar comienzo a la función.

No fue tan complicado. Al viejo ni se le notaba. Un sujeto discreto y muy generoso. Salimos de su departamento, nos

fuimos de compras. No encontré nada de mi gusto. Cada día era más difícil vestirse. La moda era un adefesio y peor aún si eras hombre. Hélène se compró un vestido blanco de noche de *Earthquake* y un chaleco en cuero natural de *Harley Davidson*. De pronto me dieron ganas de vomitar. Lo hice en plena calle. Los transeúntes me miraban asqueados. Mi diosa reía. Arrojas los escrúpulos, dijo. Dile adiós a tu moral, angelito mío, añadió.

¿Qué había pasado? Tres vasos de whisky no podían dejarme en esas condiciones. Acaso era un malestar moral el que me atormentaba. Entonces las palabras de Hélène tenían algo de razón. ¡Ah! qué importa, lo novedoso en este encuentro sexual (aparte de mi rol de castigador y del espectador) se llamaba dinero y a quién no le gusta el dinero. Soluciona todas las desgracias del mundo moderno. El 95% de las personas lo consideran indispensable y hermoso. La vida me había enseñado que uno tiene que adecuarse a las circunstancias.

30 "YOU'RE NOT WRONG FOR LOVING ME"

¿O SÍ?

—Aló, Sofía —mi cuerpo temblaba pegado al teléfono—, quería disculparme por...

—¡Andate a la mierda! —la ira la acompañaba—. ¿Qué te has creído? ¿No que sabes tratar a una mujer? Nunca he pasado un momento como el de anoche.

—Déjame explicarte. Yo sé que no tengo justificación, pero ...

—¡Qué conchudo!

—Podríamos vernos un rato para hablar.

—Encontrarme contigo, para que me mates. ¡Tú estás loco!

Me quedé con el teléfono en la mano y la pena en el alma. Me lo había buscado. Arreglar el problema era una posibilidad cada vez más lejana, pero no había perdido la fe. Quizá con unas palabritas y un par de miradas se olvidaba todo. Aunque conociendo a Sofía, el obstáculo principal era su terquedad que asomaría bajo la forma de orgullo y principios morales. Estaba metido en una buena y me sentía como una cucaracha a punto de ser aplastada. Decidí quedarme en la cama. Era lo que hacía cuando el mundo se ponía demasiado

exagerada. Gasolina de avión para salir en el *Toyota* a dar una corrida. Demasiado combustible. Mierda, ya había aprendido la lección. Córtenla. Suéltanme. No se dan cuenta de que no voy con las instrucciones. Soy un *steppenwolf* en la morada ciudad. Sofía no entendía el asunto o era severa en el castigo. Yo tenía la impresión de que cargaba con la culpa de otros. Esas culpas que nunca se exigen, pero que se meten muy dentro de nosotros y nos persiguen hasta el fin de los días. Traté de decirle que no estaba siendo justa conmigo y que se excedía, al menos me conocía lo suficiente como para saber cuáles eran mis límites, ¿o me equivoco? Ustedes qué opinan, me gustaría saberlo. Muñequita no entendió lo que dije o sencillamente no lo considero válido.

Perdiendo el partido por goleada. Mínimo un seis a cero. Mis cartas no ayudaban y el final estaba cerca.

Volví a insistir. Saqué argumentos de cualquier lugar y nada. Ella firme en sus trece. Yo estaba más desesperado que broca cholo y misio. La mandé de frente y le dije que le faltaba valor para soportar algo desagradable; que cuando las cosas empezaban a ponerse feas daba la vuelta y desaparecía. Incapaz frente a las grandes pruebas del espíritu. Lo de esa noche en parte fue por eso. Ya no había amor de su parte, tendría que comerme las tostadas sin mermelada. Aprende a enfrentar tu dolor, le dije. No lo voy a hacer, no tengo intención de cambiar, dijo. Me va muy bien con mi cobardía, añadió. No era tan fácil. Hay capacidad de aguante, pero no milagros. El único loco no era yo, ella también caminaba por los abismos. De algún lado tenía que venir la atracción. Su mundo interior se alzaba amenazador y la empujaba a hacer las más osadas piruetas para adecuarse a la realidad. Supongo que Sofía sabía cómo iba su rollo, pero intentaba creer lo contrario. El manierismo ha dejado el arte y se ha ido a alojar en el alma de muchos seres del siglo XX. Ella esperaba que

la gente lance sus aprobaciones y elogios al enterarse de SUS decisiones, de SUS proyectos. No por algo la frase que más detestaba escucharle comienza con "me he propuesto". Sofía terminó por ponerse como una leona y esos rizos rojos la ayudaron. Se veía preciosa. Ya no resistía mi canto sobre el valor. Me echó de su carro y de su vida.

—Lárgate. —Esta vez sus cejas tenían una caída natural—. Ya me cansé de escucharte. No sé por qué siempre escojo lo que no debo.

—A cada quien lo suyo. Estoy seguro de que no cometes ningún error al amarme.

Solté ese par de frases para no quedarme callado, para evitar que se vaya. Además me sentía desprotegido en medio de la calle.

—Tienes razón, no creo que se trate de un error; se trata de una locura.

—Entonces no hay nada de malo en que estés un poco loca, muñequita.

No había nada de agresión. Es lo que pienso. Puedes estar mal de la azotea como estar mal de los pies, o del corazón. En los tiempos modernos para todo hay cura.

—¡Imbécil!

—Nunca has comprendido cómo es mi amor, muñequita.

A partir de esa última frase todo fue rápido, como en las carreras de caballos. Y es que fue rápido, casi un minuto o un par de segundos más. El cañón de una pistola apuntándome. El sonido de un disparo. Yo continuo entero, lo que significa que el tiro no ha dado en el blanco. Nos quedamos mirando a los ojos, no sé cuánto tiempo, a mí me pareció una eternidad. No había nada que decir. Sofía continuaba siendo la mujer a quien amaba. No supe si había fallado el tiro o desde un principio yo no era el blanco. Eso no me interesaba en absoluto, quizá porque en una ciudad como madre el

miedo a la muerte se pierde con mucha facilidad o quizá porque el amor es ciego y entonces yo nunca pude ver. Arrancó su auto. Las llantas rasparon la acera haciendo ese ruido de las películas de policías. Di un suspiro. No me tomé el trabajo de buscar alguna lágrima para conmemorar el destierro.

Metí las manos a los bolsillos del pantalón, corría viento. El invierno no tardaría en llegar y mi amada madre sería toda gris y opaca. La gente no saldría mucho a las calles, preferirían el calorcito de sus hogares. La familia entera alrededor de la tele o en casa de alguien que te quiere (quizá la hembra o tu cabrito); pero para mí había un inconveniente. A lo mejor me pueden ayudar, amigos míos. Tengo veintiún años y una chica que acaba de dejarme. Díganme, qué haces cuando no tienes a nadie sobre la tierra. A ver, díganme, ¿qué hacen?

Índice

1	AMOR SOLO	9
2	ALGÚN TIEMPO ATRÁS	17
3	EN LA ARENA	23
4	UNA NOCHE DE VERANO	29
5	SIN RUMBO	37
6	SOMOS NOVIOS	47
7	PURO VERSO	55
8	DIME CON QUIÉN ANDAS Y TE DIRÉ QUIÉN ERES	63
9	UN CONCIERTO	69
10	EL PRINCIPIO DEL ETERNO FEMENINO	75
11	SHOULDA STAY OR SHOULDA GO	81
12	CHRITSMAS MERRY CHRITSMAS	85
13	SÓLO GARRA	89
14	VOYAGE AU BOIT DE LA NUIT	95
15	CONFESIONES	101
16	WHEN THE CAT IS OUT OF HOME, THE MOUSE IS THE KING	105
17	CONTRA EL TRÁFICO	113
18	AL PARTIR UN BESO Y UNA FLOR	123
19	LIMEÑAN PSYCHOS	127
20	REENCUENTRO	137
21	CON KURRY	143

22	ARENA BLANCA MAR AZUL	149
23	EN EL CHINCHORRO (O A TRAVÉS DEL TIEMPO)	155
24	ESE ASUNTO DE LOCOS	163
25	LIGHTS CAMERA ACTION	167
26	UN CABRITO Y UN LOQUITO	177
27	DEVIL'S DOLLS	183
28	LA ÚLTIMA NOCHE QUE PASÉ CONTIGO	191
29	POR EL AMOR DE OTRA MUJER	197
30	YOU'RE NOT WRONG FOR LOVING ME, ¿O SÍ?	201

Otras publicaciones:

- *Al final de la calle*, Oscar Malca (Ficción)
- *El jinete pálido*, Oswaldo Chanove (Poesía)
- *Juegos sin fronteras. Aproximaciones al rock contemporáneo*, Pedro Cornejo (Ensayo)
- *Me perturbas*, Rocío Silva-Santisteban (Ficción)
- *Entre mujeres solas*, Giovanna Pollarolo (Poesía)
- *Blanco y negro*, Carlos Herrera (Ficción)
- *El europeo*, Fátima Carrasco (Ficción)
- *Tres novelas*, Mario Bellatín (Ficción)
- *Escena de caza*, Iván Thays (Ficción)
- *Damas chinas*, Mario Bellatín (Ficción)
- *Condenado amor*, Rocío Silva-Santisteban (Poesía)
- *56 días en la vida de un frik*, Morella Petrozzi (Ficción)
- *Hybris, violencia & mestizaje*, César Delgado Díaz del Olmo (Ensayo)
- *La caída del equilibrista*, César Gutiérrez (Poesía)
- *Pista de baile*, Martín Rodríguez-Gaona (Poesía)
- *Las musas y los muertos*, Carlos Herrera (Ficción)

Desde el trajinado vientre de Lima madre misia y pacharaca, asoma su alucinada cabeza Rufo, sofisticado cultor del sarcasmo, el sexo contranatura y la violencia gratuita. Delicadamente machista y ególatra hasta el delirio, nuestro divertido héroe pasea su bizarra lucidez o su indómita arrechura por los más recónditos huecos de la metrópoli: vetustos bares o disforzadas discotecas gay miraflores, rugientes estadios de fútbol o farsescos circuitos literarios.

Al imperturbable Rufo le obsesionan por igual las hembras, las broncas callejeras o los abdominales. Y es perfectamente capaz de blandir con igual **cachet** un gin con gin en un **vernissage** o un **kete** de PBC. A su lado se mueve, siempre incondicional, la mancha, los **broders** que pasan sin cambiar de ritmo del polvo al paso a la agresión arterial.

Con humor y uso maestro del idioma de la calle, Rilo irrumpe con la pierna en alto en el ahuevado ambiente de la «joven literatura peruana» para enrarecerlo por completo. Sus mejores armas son el ácido aroma del sexo furtivo, el dulce extravío del alcohol, el estruendo aterrador de las barras bravas.

Después de **Contraeltráfico** el significado de palabras como submundo, truculento o marginal será relativo. Porque cada imagen posee la incontestable contundencia de un rodillazo. Cada página es un vuelo nuevo y diferente. Alguien que se atreve a narrar lo inenarrable.



Ediciones
El Santo Oficio

